


8.
651



POESIAS

DE

Don Alberto Lista.

« Me quoque dicunt
vatem pastores: sed non ego credulus illis:
nam neque adhuc Varo videor, nec dicere Cinna
digna: sed argutos inter strepere anser olores.»

VIRGIL.



MADRID.
Imprenta de don LEON AMARITA,
plazuela de Santiago. = 1822.

A Albino.

La ilusion dulce de mi edad primera
del crudo desengaño la amargura,
la sagrada amistad, la virtud pura
canté con voz ya blanda, ya severa.

No de Helicon la rama lisongera
mi humilde genio conquistar procura:
memorias de mi mal y mi ventura
robar al triste olvido solo espera.

A nadie sino á ti, querido Albino,
debe mi tierno pecho y amoroso
de sus afectos consagrar la historia.

Tú á sentir me enseñaste: tú el divino
canto y el pensamiento generoso:
tuyos mis versos son, y esa es mi gloria.



POESÍAS SAGRADAS.

I.

La muerte de Jesus.

¿Y eres tú el que velando
la excelsa magestad en nube ardiente,
fulminaste en Sinà? y el impío bando,
que eleva contra tí la osada frente,
¿es el qúe oyó medroso
de tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado
¡ay! pendes sobre el Gólgotha, y al cielo
alzas gimiendo el rostro lastimado:
cubre tus bellos ojos mortal velo,
y su luz extinguida,
en amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena,
amor, mas poderoso que la muerte:
por él de la maldad sufre la pena
el Dios de las virtudes; y leon fuerte,
se ofrece al golpe fiero
bajo el vellon de cándido cordero.
¡O víctima preciosa,
ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
por vez primera el alba nacarada,
y hostia del amor tierno
moriste en los decretos del Eterno.

¡ Ay ! ¡ quién podrá mirarte ,
ó paz , ó gloria del culpado mundo !
¿ Qué pecho empedernido no se parte
al golpe acerbo del dolor profundo ,
viendo que en la delicia
del gran Jehová descarga su justicia ?

¿ Quién abrió los raudales
de esas sangrientas llagas , amor mio ?
¿ quién cubrió tus mejillas celestiales
de horror y palidez ? ¿ cuál brazo impío
á tu frente divina
ciñó corona de punzante espina ?

Cesad , cesad , crueles :
al santo perdonad , muera el malvado :
si sois de un justo Dios ministros fieles ,
cayga la dura pena en el culpado :
si la impiedad os guia
y en la sangre os cebais , verted la mia.

Mas ¡ ay ! que eres tú solo
la víctima de paz , que el hombre espera.
Si del oriente al escondido polo
un mar de sangre criminal corriera ,
ante Dios irritado
no expiacion , fuera pena del pecado.

Que no , cuando del cielo
su cólera en diluvios descendia ,
y á la maldad , que dominaba el suelo ,
y á las malvadas gentes envolvia ,
de la diestra potente
depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
de los montes el agua vengadora :
el sol , amortecida la alba lumbre ,
que el firmamento rápido colora ,

por la esfera sombría
cual pálido cadaver discurria.
Y no el ceño indignado
de su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado,
domador de la muerte y del Averno,
tu cólera infinita
extinguir en su sangre solicita.
¿ Oyes, oyes cual clama;
padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama,
que en tu furor al mundo derramaste:
de la acerba venganza
que sufre el justo, nazca la esperanza.
¿ No veis como se apaga
el rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
por el semblante de Jesus doliente:
y su triste gemido
oye el Dios de las iras complacido.
Ven, ángel de la muerte:
esgrime, esgrime la fulminea espada,
y el último suspiro del Dios fuerte,
que la humana maldad deja expiada,
suba al solio sagrado,
dó vuelva en padre tierno al indignado.
Rasga tu seno, ó tierra:
rompe, ó templo, tu velo. Moribundo
yace el criador; mas la maldad aterra,
y un grito de furor lanza el profundo:
muere..... gemid, humanos:
todos en él pusisteis vuestras manos.

II.

La resurreccion de N. S.

De tu triunfo es el dia,
ó santo de Israel. La niebla oscura,
que la maldad impura
al orbe difundia,
con celeste vigor rompe á deshora
inesperada aurora.
Aquella noche horrenda,
que ciñó el mundo de enlutado velo,
robó la luz al cielo
y al sol la ardiente rienda,
y amenazó á la esfera diamantina
su postrimer ruina:
Y aquel pavor, que el seno
estremeció de la confusa tierra,
mezclando en dura guerra
los ayres con el trueno,
cuando vagó el cadaver animado,
del túmulo lanzado:
Y el silencio ominoso,
que al pavor sucedió de la natura,
y el luto y la tristura
del suelo temeroso,
disipa, inmenso Dios de la victoria,
un rayo de tu gloria.
Tú del sepulcro helado
no esperaste á forzar la piedra dura:
que apénas en la altura
del Aries sonrosado
señaló de tu triunfo el sol brillante
el decretado instante:

Con poder silencioso
á la muerte su víctima robaste,
y la tierra agitaste
en pasmo delicioso;
y la prole, ya siglos sepultada,
restituyó admirada.

Entonces vió rompida
el tirano su bárbara cadena,
y la mansion de pena
de santa luz herida:
brama y humilla á su señor la frente
la vencida serpiente.

Que en su sangre bañado
entró una vez al santuario eterno,
y lanzó en el Averno
la muerte y el pecado,
y convocó á sus blancos pabellones
ya libres las naciones.

Mas tú, pueblo inhumano,
estirpe de Jacob aborrecida,
tiembla: mira erigida
la vengadora mano.
Huye, pérfida turba, la sagrada
de Sion dulce morada.

Jerusalen divina,
ensalza, ensalza tu cerviz gloriosa:
ya prole numerosa
el cielo te destina,
por tí no concebida, que á la gente
tu inmortal gloria cuente.

El fuego soberano
espera ya, que en abrasado aliento
inflamará el acento
del niño y del anciano;

y su vision, las vírgenes turbadas
cantarán inspiradas.

III.

La ascension de N. S.

Himnos de honor las puertas eternales
resuenan : el empireo « gloria » clama :
« gloria » el inmenso espacio reverbera.
Los giros celestiales
deja , luciente sol : mas pura llama
que la que crece en tu inmortal hoguera ,
los cielos dora : el redentor glorioso
asciende vencedor esclarecido :
su nombre aplaude el pueblo redimido
en cántico gozoso.
« Elevad , canta , príncipes celestes ,
las puertas elevad : los atrios de oro
abrid á vuestro rey : al rey triunfante
abrid , aladas huestes. »
Y « ¿ quién es nuestro rey ? » el santo coro
entona en las almenas de diamante.
« El fuerte , el grande , el Dios de la victoria :
abre , ó cielo , tu alcazar refulgente ,
de las virtudes el señor potente
es el rey de la gloria ».
Ya , ya la puerta del empireo gira
sobre el aureo quicial , y del Inmenso
descubro la mansion. ¿ Voces mortales
la dirán ? tú me inspira ,
Querub, y cantaré. Fulgor intenso
circula por las gradas eternales :
el padre Dios la inaccesible cima ,

velado de su ser, augusto mora:
brota á sus pies la llama engendradora,
que cielo y tierra anima.
El hijo de María entra glorioso,
de angélicas escuadras aclamado,
formandole su grey noble corona:
y el hombre venturoso,
en la mansion celeste ya heredado,
el himno alegre de victoria entona.
«¿Quién sube del Eterno al solio santo?
El varon de inocencia, el justo, el fuerte:
el que bajó, triunfando de la muerte,
al reyno del quebranto.»
Enamora los cielos su mirada;
y cual la luz de la naciente aurora
vence el sol del cenit, su frente brilla
de triunfo coronada.
Postrado el ángel su beldad adora,
y el abrasado serafin se humilla:
del Eterno á la gloria merecida
sobre cielos de cielos se levanta,
y el trono huella con sublime planta
del padre de la vida.
«Padre, dice (y los orbes enmudecen
para escuchar su voz) vencí: la tierra
liberté ya de su enemigo eterno.
No en ella se enfierecen
ya los querubes pérfidos, que encierra,
ligados por mi diestra, el hondo Averno.
En los torrentes de mi sangre yace
su maldad extinguida y tu venganza:
y el mortal abatido á la esperanza
y á la virtud renace.»
Libres vienen, mi triunfo acompañando,

los siervos de la antigua tiranía.
Tu inmudable decreto ya he cumplido.
Ora el supremo mando,
la gloria, el esplendor, la gloria mia,
la que me diste ante los tiempos, pido.
Yo te ensalcé en la tierra: la criatura
por mí tu augusto nombre allí bendice.»
Habló el hijo eternal; y asi le dice
el Padre de la altura.

«Ven, hijo de mi ser, triunfa y domina:
yo vi tu humillacion, tu triunfo ahora
cielo y tierra verán. El monstruo impío
de tu planta divina
será vil escabel. Pide, y la aurora
y el ocaso serán tu señorío.»
Dijo: de nuevo el cielo se alboroza
en himnos; y en su seno reclinado
el gran Jehová recibe al hijo amado,
y eterno en él se goza.

IV.

Al santísimo Sacramento.

La gloria de Dios vivo
en la morada de los hombres brilla:
mortales, humillaos: suba el incienso
en ondeante nube
y el ruego humilde al trono del Inmenso.

Mas, ó Dios de la altura,
¿tú herido, tú mortal? ¿qué blanco velo,
cuál lienzo mortuorio,
cubre la magestad que adora el cielo?

Amor omnipotente,

que te entregó á la cruz, cuyo mandato
consumaste al morir esclavo suyo;
renovando en el ara
aquel de caridad dulce misterio,
conserva las señales de su imperio.

No ya con voz de trueno
y rayos funerales
aterra á los mortales
el Dios de Sinaí.

Que dulce y amoroso
del cielo se desprende,
y víctima desciende,
que inmolará Leví.

Y sobre el ara santa
repetirá propicio
el grande sacrificio
que consumó por mí.

Gustemos, mortales,
del pan de la vida,
del vino sabroso,
que vírgenes cria.

La eterna sabiduría
mora en el humano pecho,
y el amor de la criatura
es su delicia y recreo.

Gustemos, mortales, etc....
En este manjar suave,
que oculta cándido velo,
tus dones, rey de la gloria,
por tu poder se midieron.

Gustemos, mortales, etc.....
Tu misericordia eterna
recibimos en tu templo,
y los términos del orbe

la salud del mundo vieron.
Gustemos, mortales,
del pan de la vida,
del vino sabroso,
que vírgenes cria.

V.

La natividad de Ntra. Señora.

Cuando amanece al angustiado mundo
la sacrosanta vírgen,
de la mancha primera preservada,
detiene absorta la celeste esfera
su raudo movimiento,
y retiembla de gozo el firmamento.
Júbilo nuevo en las etéreas cumbres
el angélico bando
siente añadirse á su placer eterno:
Jehová depone el rayo vengativo:
y la inocencia amada
brilla otra vez del hombre en la morada.
Entonces Uriel, á quien fue dado
el gobierno del dia,
y en el ardiente sol fijó su trono,
esparciendo su voz por cuanto alumbra
el flamígero vuelo,
asi cantó el placer de tierra y cielo.
«¿Cuál es esta, que sube vencedora
del seno de la nada
á ilustrar las mansiones de la vida?
La plateada luna no es mas bella
entre el coro estrellado,
ni el sol mas puro en el cenit rosado.»

«¡Cómo nuevo verdor y vida nueva
recobran las montañas,
dó á ser delicia de la tierra nace!
Júbilo, Nazareth: salud, Carmelo:
de Jericó la rosa
ya florece en tu suelo mas hermosa.»

«¡Cuánto pavor infunde su semblante,
del ángel dulce encanto,
á la hueste infernal de las tinieblas!
¿Oís, oís cuál brama enfurecido
el orgulloso bando?
¿cuál sus puertas se cierran restrallando?»

«No mas terrible intrépida falange
al débil enemigo
marcha para el combate y la victoria.
Triunfa, hermosa muger: el Dios potente
su rayo te confia,
y su terror ante tu faz envia.»

«¿Quién como tú, gran Dios? Angeles puros,
altas inteligencias,
bendecid su piedad. ¿No veis cuál mira
la triste tierra con benignos ojos?
¿no veis ya disipado
el ceño, que ocultó su rostro ayrado?»

«Himno de triunfo al verbo, al amor santo
bendicion sempiterna.
Mortales, respirad, que ya fenece
el largo cautiverio: el sol divino
ya seguirá á la aurora,
cuyo esplendor vuestras mansiones dora.»

«Angeles, ensalzadla. Del Dios sumo
hija, madre y esposa,
y reyna vuestra es. ¡Dichoso el dia
que nace para el bien de los mortales!

á su belleza y gloria
himnos de amor cantad y de victoria. »
Dijo Uriel, y con el cetro de oro
señala en la alta esfera
el instante feliz. Cánticos nuevos
las empíreas regiones enamoran;
y á su hermosa criatura
ledo sonríe el Padre de la altura.

VI.

La concepcion de N. S.ra

« *Nunc facta est salus.* »
APOCAL.

¿Cuál desusado canto, lira mia,
se agita entre tus cuerdas? ¿Vago acaso
de Helicon fabuloso en las praderas,
ó el fuego inspirador al pecho envía
la deydad del Parnaso?
Ah! no el falaz ruido
oygo ya de las ondas lisongeras:
no ya el laurel mentido,
que del Permeso alhaga la corriente,
al sacro vate ceñirá la frente.
Tú, diva madre, que en celeste trono
de eterno rosicler brillas gloriosa,
aurora del empireo, tú me inflama:
tú del Averno el enemigo encono
domaste victoriosa:
el triunfo esclarecido
concedeme cantar. La pura llama,
que al alumno querido

se desprendió de Patmos en la arena,
bañe mi labio en abundante vena.
Cantaré, ó diva; y el alegre canto
alegre oirá Sion: las trenzas de oro
sus bellas hijas ornarán de rosas:
y ya olvidadas del cautivo llanto,
tu nombre en dulce coro
ensalzarán al cielo;
el himno en sus cavernas sonorosas
repetirá el Carmelo;
y despedido de su cima umbría
volará al golfo donde muere el dia.
Libre del hierro infame alza la frente
el hijo de Abraham, y vé rompido
el yugo del pesado cautiverio.
La soberbia señora de occidente,
que á sus plantas rendido
vió el orbe silencioso,
ya á mas suave y celestial imperio
dobla el cuello orgulloso:
ya nace la salud: cantad, mortales:
cayó el antiguo solio de los males.
Y si tal vez de mi enlutada lira
voló lúgubre el son, cuando al humano
de Eden perdida lamenté la gloria
y el justo ardor de la divina ira;
ora de su tirano
cantaré salvo al hombre:
ciñe flores, y ensalza la victoria,
lira, y el sacro nombre,
que redobla el bramido y lloro eterno
al rencoroso rey del hondo Averno.
Al rey, que enmedio el lago tenebroso
ya en cadenas de fuego gime atado

al trono adusto, que erigió el delito:
deshecha la corona, el cetro odioso
yace aparte arrojado:
los ásperos clamores
feroz repite el escuadron precito:
ah! en vano: sus furores
oprime un mar de fuego denegrido,
y envuelve entre la llama el ronco ahullido.

Su reyna en tanto en el sagrado muro
corona el ángel, y al humilde suelo
desciende el himno dulce de alegría:
enagenado mira el rostro puro,
placer de tierra y cielo;
el serafin amante:
y canta en harpa de oro el bello dia,
que el temido semblante,
en ira y ceño desde Eden velado,
mostró Jehová á los hombres aplacado.

¡Cántico eterno de virtud y gloria!
la gran naturaleza conmovida
señora de ambos orbes la apellide:
Jehová se goza en la inmortal victoria
de su esposa elegida:
el rostro soberano
blanda sonrisa entre el fulgor despide:
y de la augusta mano,
que siembra en las estrellas lumbre ardiente,
nace el dorado sol mas refulgente.

¿A quién la inmensa fuerza, que atesora
tu brazo, revelaste? Esclava muere
de Adan la prole mísera y culpada:
culpada sí; mas tu clemencia implora.
Su humilde ruego hiere
los ejes diamantinos:

el rayo apartas de la diestra ayrada;
y los ojos divinos,
dó en regalada luz la piedad mana,
vuelves benigno á la mansion humana.

Miras del hondo Averno nube impura
ceñirla en torno: el humo ennegrecido,
que de tu solio la inaccesa lumbre
ya presumió eclipsar, tizna tu hechura:
el querub foragido
desploma sobre el hombre
de su eternal furor la pesadumbre;
y en tu sagrado nombre,
que del labio mortal el crímen lanza,
si en tí no puede, ejerce su venganza.

De vil metal cabe encendida pira
se erige ídolo vil; y el padre impío,
dando sus hijos á la llama ardiente,
Dios lo adora. Ministro de tu ira,
el tirano sombrío
se ceba en sangre y lloro,
y lo aplaude su Dios la insana gente:
brinda en copa de oro
el impuro placer funesta llama,
y la torpe Citera Dios lo aclama.

Tú, prole de Jacob, sola tú lloras
la esclavitud comun: flores engaza
á su dura cadena el mundo ciego:
feroz Luzbel las sienes vencedoras
del triste lauro enlaza,
que le ofrece el humano.
Lo mira el Dios excelso: en vivo fuego
arde contra el tirano
el rostro de Jehová: su voz tonante
estremece los muros de diamante.

« ¿ Y qué, dice, la gente aborrecida
al mundo imperará ? Del reyno umbrío,
que destinó mi diestra vengadora
á ser de pena y de maldad guarida,
bástele el señorío.
¿ Quién fijó al mar herviente
de arena el valladar ? ¿ Quién á la aurora
la senda refulgente,
cuando al nacer la luz del bello dia,
el empireo aclamó la gloria mia ?

Arroje el cetro injusto : allá abatido
reyne el querub, dó en lumbre tenebrosa
cercado siempre el denegrido trono
le fue y el triste imperio concedido.
Cual sierpe venenosa,
allí ponzoña fiera
exhale libre su inmortal encono :
otro señor espera
del hombre la mansion : tú, alma alegría,
tú al orbe tornarás : nazca María. »

Dijo, y nace María : cual cercana
al claro sol la vespertina estrella,
brilla apacible entre su luz radiante,
tal parece del ángel soberana
la inocente doncella :
y por las gradas de oro
al seno de Jehová volando amante,
la ve el alado coro
inundar, en sus brazos reclinada,
de grato ardor la celestial morada.

Y « ¿ quién es esta ? cantan : semejante
no se vió en el empireo : su hermosura
los relucientes cielos enamora :
alba, purpurea, mas que el sol brillante,

mas que la luna pura.
¿ Cuál gloriosa guerrera
alza feliz la frente triunfadora ?
vence , ó diva : « la esfera
« triunfa , vence , » resuena alborozada :
« gloria , honor á Jehová : ¡ triunfo á su amada ! »

« Triunfa , si : » dice el padre soberano ,
con la voz grata , que los orbes mueve :
« humana , mas no esclava , la corona
de cielo y mundo te ciñó mi mano.
Ve , y al monstruo conmueve
de la usurpada silla.
No temas del veneno , que inficiona
la tierra , vil mancilla.
Triunfa , ó pura , del hórrido enemigo :
el poder de mi diestra va contigo. »

Habló Dios , y del gremio sacrosanto
vuela la vírgen por el cielo abierto.
La luz divina , que en sus ojos mora ,
rayos lanza al monarca del quebranto.
Así del corvo puerto
rompe nave guerrera
de los salados mares domadora ;
y cortando velera ,
el vasto golfo en argentada raya ,
lleva el terror á la enemiga playa.

De celestiales huestes rodeada
desciende del empireo , y la ancha esfera
con espléndido albor risueña dora :
del radiante cenit la cumbre alzada
riega por su carrera
encendidos rubíes :
y vertiendo el palacio de la aurora
sus rosas y alhelíes ,

desde el Can á la helada Cinosura
vuelan aromas de eternal dulzura.
Se aparta el sol de su encendido cielo,
y orlando á la alma vírgen, ledo brilla
en rededor sus luces derramadas.
Plega la luna el argentado velo,
y á sus plantas humilla
las pálidas centellas,
y del sereno solo desgajadas
las lumbrosas estrellas,
tejen sobre el cabello reluciente
aurea corona á la nevada frente.
Toca ya el leve viento, y dilatado
bajo la hermosa planta se enardece.
Como tal vez en noche tempestosa,
si Noto de la Libia desatado
los astros oscurece,
por entre el negro velo
rompe súbito el alba: rie gozosa
la faz del mustio suelo;
y el Euro matinal, regando albores,
pinta los campos de argentadas flores:
Calla el silvoso viento; herida vaga
del puro rayo la tiniebla fria,
y dó la Sirte entre las ondas sube,
busca deshecha la nativa plaga:
asi al brillar María,
despues de Eden al mundo
primer risa alhagó. La impura nube,
que le ciñó el profundo,
brama, en cárdena luz su seno anega,
y sobre el patrio Averno se replega.
Ve el querub de su imperio el fin cercano,
y mayor ira exhala; el ayre embiste

con grito horrendo la tartarea gente.
¡ Ay de la tierra ! asciende su tirano :
y con gemido triste
retiembla pavorosa :
¡ ay de la mar ! sobre su faz ardiente
se agita estrepitòsa
la tempestad : y horrisona rugiendo ,
responde ronca al avernal estruendo.

Ya la funesta puerta se estremece ,
y estalla fragorosa : entre humo y trueno
dragon sañudo , por la dura escama
vertiendo sangre y roja luz , parece :
preñados de veneno
siete cuellos enhiesta :
arde ceñida de insaciable llama
cada ominosa cresta :
y de diez negras hastas coronado ,
aterra al hombre atónito y postrado.

Rompe del negro lago : contra el cielo
vibra el monstruo feroz la cola ardiente ;
y en pos teñidas de horrorosa lumbre
estrellas mil y mil arroja al suelo.
Así rugiendo herbiente
incendio proceloso ,
rompe del Etna la abrasada cumbre ,
y entre el humo nubloso
globos de fuego pálido desgaja ,
y de ardido alquitran los mares cuaja.

Ya por los vientos sublimado anhela ,
entreabiertas las fauces devorantes ,
buscando presa y lid : cual ominoso
cometa rojo en el espacio vuela.
Con ojos llameantes
la pura vírgen mira :

y contra el bello rostro, que amoroso
placer celeste inspira,
vierte negro raudal, clamando guerra,
de la ponzoña que infestó la tierra.
Mas ¡ oh! primero nube congelada
bajo el cerco lunar la faz radiante
manchara al sol, ó en pos la noche fria
corriera de la aurora nacarada,
que el virginal semblante,
dulce esplendor del cielo,
sintiese de Luzbel la nota impía:
cae sin fuerza al suelo
la lava infausta, y por abierta cueva
al Orco patrio su veneno lleva.
Miguel entanto armado resplandece
contra el monstruo, cual súbito en el viento
de ennegrecida nube brota el rayo.
«Hijos de Dios, esclama, (y se estremece
el tartareo cimiento)
guerra y triunfo: el querube
ya fue de nuestras iras triste ensayo:
ora atrevido sube
y lid al cielo mueve: lid le demos:
los triunfos del empireo renovemos.»
Dijo, y no así del bronce desatada
densa nube de balas, ruina y muerte
lleva al muro enemigo, cual clamando
victoria al gran Jehová, la hueste alada
sigue al caudillo fuerte.
Sus furiosas legiones
mueve el Orco, en sus peñas tremolando
los negros pabellones.
Corre los ayres pavorosa llama:
gime alterado el mar y el polo brama.

Vibra Miguel la fulgurante lanza,
y grita en voz de trueno: «siente, impío,
siente mi brazo domador: su rayo
le confió Jehová, Dios de venganza.»
Hiere; y cual vuela umbrío
ante Aquilon, silvoso
el nublado polar, en vil desmayo,
rugiendo silencioso
huye el monstruo á exhalar la acerba pena
del mar remoto en la desierta arena.

«Salud, felicidad,» clama natura
en uno y otro mar. El Boreas frio,
al descender de la invernal montaña,
que en yelo eterno riega Cinosura,
callado el soplo impío
canta blandos amores:
«amor» resuena la feliz campaña,
donde en lecho de flores
nace cándida el alba, y ante el dia
las dulces auras de su seno envía.

Todo es placer: entre rosada lumbre
alegre primavera vierte al mundo
el Aries rojo del cenit dorado;
y de Ararat la blanquecida cumbre
y el Eufrates profundo
huye el nubloso enero:
no ya asuela los campos encrespado
el Istro ó Volga fiero:
mas tranquilas sus ondas lisonjeras
besan blando las plácidas riberas.

Himnos de honor y cantos de victoria
entona el almo coro: «fue arrojado
el antiguo dragon: triunfo á María
cantemos, y á Jehová la eterna gloria.

¡Cuál fuiste despeñado,
astro de la mañana,
del orbe juzgador! Tu fuerza impía
voló cual niebla vana:
ya es reyno nuestro el usurpado mundo:
arda en ira y furores el profundo.
¿Quien como tú, Jehová? tu nombre augusto
¿qué nombre igualará? dijo el querube:
en alas de Aquilon al escondido
solio me ensalzaré, dó reyna injusto.
Venid: la oscura nube,
que lo oculta, rompamos:
y á par de Dios con mando dividido
el empireo rijamos.
Tú, Sabaoth, hablaste, y no parecen,
y al tartáro lanzados enmudecen.
¡El impío! los coros celestiales
rebeló: de la tierra fraudulento
destronó la inocencia. Se arrojaron
al mundo entonces los avernos males.
Ora el bando sangriento
devorar preparaban
la esposa de Jehová. Se disiparon:
no parece dó estaban:
júbilo y gozo al ángel: paz al suelo:
confesion de salud al rey del cielo. »

Así en alegres cánticos resuena
el coro celestial: habla María:
pendiente el ángel de su voz suave,
calla y la mira. El firmamento enfrena
su escondida armonía.
El curso presuroso,
en el viento librada, para el ave:
y al mundo ya dichoso

en su amable beldad, noble y sencilla
la inocencia de Eden mas pura brilla.
Y dice: »huyó el tirano: alzad la frente,
hijos de bendicion: prole escogida,
el largo lloro enjuga: á tí glorioso
el rey vendrá de la futura gente.
Por cuanto el sol despida
los rayos voladores,
dominará con cetro poderoso.
Los últimos furores
no temais del querub. Dios ha vencido:
preparad los caminos á su ungido.
Descenderá de la inaccesa cumbre,
dó con glorioso pie huella la esfera
el que del mundo las maldades lava.
Nace, esperado sol: ya de tu lumbre
brilla el alba primera:
al Todopoderoso
plugo elevar á tanto honor su esclava:
yo del amor hermoso
madre elegida soy: cantad, vivientes:
él de mi seno nacerá á las gentes.
El nombre del cordero sin mancilla,
naciones, celebrad. Manso cordero,
tú, de las huestes pérfidas estrago,
eres leon de Israel: tú lo acaudilla.
Fulmina: el monstruo fiero
á tus plantas rendido,
la opresa grey desatarás del lago:
y en tu sangre teñido,
sangre, que sella el testamento eterno,
romperás los candados del Averno».
Dice: y cual corren encendidas lumbres,
que exhaló al ayre el sosegado cielo,

y en los montes se pierden á deshora,
vuela á ocultarse en las desiertas cumbres,
que tu florido suelo,
Palestina, rodean:
dó al Dios inmenso, que Salen adora,
mil víctimas humean;
y olor de suavidad en densa nube
de puro incienso ante su trono sube.

VII.

Al nacimiento de N. S.

Huyó del polo el Aquilon sombrío:
y el cielo, ya sereno,
piadoso vierte el cándido rocío,
que ocultaba en su seno.
En tus entrañas, tierra, agradecida
recibe el don fecundo,
y la salud producele y la vida
al angustiado mundo.
Florece, ó Terebinto, y de tus flores
brille la pompa ufana
al desatar sus claros esplendores
la plácida mañana.
Y de ellas el aurora refulgente
orne sus manos puras,
cuando hoy anuncie á la oprimida gente
el sol de las alturas.
Corre alegre, ó Jordan, y en tus riberas
de Jericó las rosas
embalsamen del aura lisonjera
las alas vagorosas.
El cedro inmenso la cerviz erguida

levante al alto cielo;
y su aroma dulcísimo despida
la cumbre del Carmelo.
Pasó la nieve del invierno triste;
y del Hermon la falda
depone el yelo rígido, y se viste
de carmin y esmeralda.
Albricias, Israel: ya compadece
el cielo tu gemido:
vuelve al benigno sol, que te amanece,
el semblante afligido.
Mira el libertador, que de tu mano
y del cuello doliente
romperá las cadenas, y al tirano
quebrantará la frente.
Alza del polvo: ya empezó tu Santo
la lid y la victoria:
y cíñete, ó Sion, el regio manto
de tu esplendor y gloria.
Y convertida en gozo la amargura,
con festivas canciones
convoca el universo, y su ventura
anuncia á las naciones.

VIII.

La conversion de los Godos en el reynado de Recaredo.

Cantemos al señor. Desde la cumbre
del alzado Pirene
hasta el remoto mar, donde la lumbre
del claro sol á sepultarse viene,
al hijo sacrosanto

se exhala ya de adoracion el canto.
¡Pueblo feliz! Anuncia á las naciones,
que en el sagrado leño
reyna el Dios del amor: los corazones
ya reconocen su triunfante dueño;
y el pérfido arriano
la antorcha funeral agita en vano.
Qué asaz gimió la Iberia esclavizada
bajo su yugo impío:
la blasfemia, en el solio coronada,
ambiciosa de infando señorío,
émula del Averno,
presumió destronar al verbo eterno:
Y el nombre divinal, salud del mundo,
de los labios mortales
por siempre desterrar: bramó el profundo:
lanzaronse las huestes infernales:
gimió el orbe admirado
de verse en el error encadenado.
¡Cuánta sangre vertió! ¡Cuántas crueldades
en el hispano suelo
su oprobio irán diciendo á las edades!
Tú, víctima real, del justo cielo
impetraste ferviente
la libertad de la española gente.
Habló el Inmenso, y cual la ardiente llama
con ímpetu devora
la seca arista y la marchita rama,
que el agosto sediento descolora,
el súbito castigo
asi desciende al bárbaro enemigo.
La santa fé coloca Recaredo
sobre el augusto solio;
y alegre mira la imperial Toledo

enlazarse por siempre al capitolio
su iglesia venerada,
con sangre de mil mártires regada.

Entre el cántico dulce de alegría
el inspirado acento
alzó Leandro, de los fieles guia:
el que domó con celestial aliento
al tirano sañudo;
siendo, divina fé, tu firme escudo.

Y dice: «¡para siempre! el monstruo impío,
ó venturosa España,
ya para siempre huyó. Del boreas frio
los tristes golfos probarán su saña,
y el pueblo del oriente,
con su necio saber vano y demente.»

»Sí, impura Grecia, sí: tus pabellones
para el vicio adornaste:
en sutiles y gárrulas cuestiones
la ley sencilla del Señor trocaste:
la esclavitud mas fea
y gárrula impiedad tu suerte sea.»

«Mas tú, español, la religion sagrada
conservarás, que hoy brilla
á este suelo feliz. Si miro alzada
sobre tu cuello incógnita cuchilla,
confesarás muriendo
la ley, que defendiste combatiendo.»

«¡Cuántos siglos de lid! Mas ¡cuan brillante
te aguarda la victoria!
A tu cetro y tu fé la mas distante
nacion vendrá, llamada de tu gloria:
tu inmensa monarquía
el círculo verá de todo el dia.»

«Será un tiempo, que lleve el fuerte hispano

los lindes de las tierras
á las playas del último oceano:
y fije en nuevas y encumbradas sierras,
sepulcro de la aurora,
del hombre Dios la insignia vencedora.»
«Este es el premio, que á tu fé constante
reserva el justo cielo.»
Dijo Leandro: el Tajo ondisonante,
al resbalar por el florido suelo,
suspendió blandamente
de sus doradas aguas la corriente.

IX.

El sacrificio de la esposa.

En la solemne profesion religiosa de la madre sor Maria Fernanda de la Trinidad Blanco y Crespo, en el monasterio de santa María de los reyes de Sevilla.

> »Nuestro lecho florido,
> de cuevas de leones enlazado,
> en púrpura teñido.»
>
> San Juan de la Cruz.

A el ara sacra del amor divino
un nuevo corazon de nueva esposa
vuela feliz: ¿qué lumbre deliciosa
rompe del cielo el muro diamantino?
Pura llama, desciende:
desciende, ó llama del amor triunfante.
¿No veis, no veis cual prende
en la víctima el fuego devorante?
¿No veis, ya consumida,
cual renace en el gremio de la vida?

Se aceptó la oblacion. Del alto cielo
mira Jehová con divinal agrado
la esposa, que siguiendo al hijo amado,
toda fé, toda amor, se roba al suelo.
¡Oh, cual brilla en su frente
la corona nupcial! ¡cual en sus manos
el anillo luciente!
lejos, lejos de aquí, viles profanos:
Dios, Dios...de su presencia
llena está la mansion de la inocencia.

¡Mansion de dulce paz, donde domina
virtud sencilla en puros corazones,
y despliega sus blancos pabellones,
reyna del bien, la caridad divina!
Aquí entre abrojos crece
la rosa virginal: lirio fecundo
de casto olor florece;
y al ver manando en crímenes el mundo,
gemidos sin consuelo
la penitencia exhala al justo cielo.

O bien la esposa conmovida entiende
la voz suave del esposo santo,
y de gozo y loor el dulce canto
de sus amantes labios se desprende:
y en la mortal criatura
al ver su amor angélico emulado,
de la celeste altura
la escucha el serafin arrebatado;
y á su gemido tierno
une los himnos del hosanna eterno.

Entra ya, dulce esposa. El mundo impío,
que ignora la virtud, gime al perderte;
y las falaces lágrimas, que vierte,
opone astuto á tu invencible brio.

¿Adonde, clama, adonde
la juvenil beldad, que me ilustraba,
eclipsada se esconde?
y si ardor de virtudes la abrasaba,
¿por qué el puro modelo
robar pretende al corrompido suelo?

¡Aduladora voz! ¡clamor aleve,
conque el rey del orgullo delirante
aterrar piensa el ánimo constante
que á hollar su pompa y vanidad se atreve!
¿Dí tú, jóven esposa,
si á esconder vas los dones celestiales
bajo olvidada losa;
y si inútil á ti y á los mortales,
estéril inocencia
en brazos gozarás de la indolencia.

¡Ah! en el sagrado y solitario huerto
miro entre humildes flores erigido
el tronco augusto, en que de amor herido
el Dios de los amores pende yerto.
Aquí la paz del mundo,
y la salud y vida de las tierras,
y el terror del profundo
entre tus brazos venturosos cierras;
y el raudal sacrosanto
colora en sangre tu virgineo manto.

¡Sangre de redencion! que vió vertida
de Palestina el monte portentoso,
y que ora al sacrificio generoso
de tu ser precio da de eterna vida.
Para el hombre culpable
logra del cielo la piedad propicia
tu holocausto aceptable;
y entre el delito puesto y la justicia,

sobre la insana gente
que descargue sus iras no consiente.
Te ofreces, si. Mas ¡ay! ¿qué niebla oscura,
de horror, de pena y de afliccion cargada,
en denegridas luces inundada,
amenaza feroz tu frente pura?
Yo escucho del Averno
las serpientes silvar: ya la tristeza
clava el puñal interno:
el sol huyó: la oscuridad, que empieza,
y la imágen del crímen
tu desolado corazon oprimen.
El rostro de inocencia lastimado
vuelves buscando en tu dolor consuelo;
y ves la cruz, y en ella al rey del cielo
á la inmensa justicia abandonado.
Bebió el vaso infinito,
dó rebosaron las divinas iras,
por ageno delito.
O tú, que al nombre de su esposa aspiras,
por tu culpa y la agena
debes gemir: tu dignidad lo ordena.
¿Lloras? ¡llanto feliz! ¡tierno rocío,
que de afliccion las flores fecundando,
produce de clemencia el fruto blando,
logrado en tu penar al mundo impío!
¿Padeces? ¡ay! padece:
por tu tormento en la angustiada tierra
la paz y el bien florece:
desparece, ó maldad: huye, impía guerra;
y al reyno del espanto
víctimas robe tu encendido llanto.
Que tal poder el soberano esposo
dió de la esposa, que suspira, al ruego.

Tiende al mundo los ojos. ¿ Ves el fuego
de la maldad quemarlo? ¿ ves ansioso
la cuchilla el hermano
sobre el hermano alzar? ¿ al pie no miras
del pálido tirano
yacer el hombre? ¿ el humo no respiras,
humo de sangre y muerte,
que la discordia enfurecida vierte?

Jehová, el justo Jehová desde la cumbre
de su gloria eternal tambien lo mira.
Vela su rostro el ceño de la ira;
y en vez de blanda y regalada lumbre
furor y ardores lanza:
ya, ya en su mano súbito se enciende
el fuego de venganza;
y ya rugiendo asolador desciende
sobre el mundo enemigo
el rápido ministro del castigo.

Mas ¡ oh! si de terror y espanto llena
cubre los orbes nube denegrida,
y el rayo ardiente, que bramando anida,
ya en el culpado corazon resuena,
las manos virginales
y el rostro ardido en caridad levantas;
en bien de los mortales
brota tu corazon lágrimas santas:
y en el pecho doliente
nace el suspiro de piedad ferviente.

¡ Salud, ó mundo! Por tu bien suspira,
y de amor é inocencia coronada,
ya contra tus maldades fulminada,
sobre sí llama la celeste ira.
Del Dios, que tú has herido,
¿ no ves como á la cruz los brazos ciñe?

¿ no ves como el vestido
en los torrentes de su sangre tiñe,
y su ruego inocente
de Jesus une al ruego omnipotente?
Venza al del crímen tu clamor ¡ó esposa!
Venza, y al pie del tronco ensangrentado
gime, donde el cordero no manchado
víctima eterna del amor reposa:
ruega, que acepto sube
tu ruego y sacrificio al santo cielo.
Ya la funesta nube
despareció: respira ¡ó triste suelo!
la vengadora espada
Jehová depone de la diestra airada.

X.

El canto del esposo: en una profesion religiosa.

«Pues ya, si en el egido
de hoy mas no fuere vista ni hallada,
direis que me he perdido.»
S. Juan de la Cruz.

El amante sagrado,
que de la cruz pendiente nos convida
al seno regalado,
á la preciosa herida,
del mísero mortal asilo y vida:
Cual suele tierna el ave
su consorte arrullar desde la rama,
con dulce voz suave,
que caridad derrama,

la nueva esposa á sus vergeles llama.

Oye, feliz esposa,
oye su voz: que el céfiro callado
ni juega con la rosa,
ni vaga en el collado,
por no turbar su acento enamorado.

«Ven ¡ay! esposa mia,
dice herido de amor: ven: ¿ floreciente
no ves la cumbre fria
del Líbano eminente,
que de alto yelo coronó su frente?

Mas ya corre sonoro
á fecundar las plácidas praderas,
volcando arenas de oro:
ya alfombra sus laderas
de guirnaldas de flores placenteras.

Huyó el sañudo invierno:
huyó del prado la tiniebla umbría,
y ya el Favonio tierno
al valle su alegría,
y su luz clara restituye al dia.

Ya verdes resplandecen
las viñas de Engaddí: del fruto amado
sus vides se enriquecen:
ya en el bosque ha sonado
de la tórtola el canto lastimado.

Ven ¡ay! dulce amor mio:
de las vertientes del Hermon nevosas
baja el blando rocío:
sus florestas hermosas
Jericó esmalta de purpúreas rosas.

No es ya la noche dura,
cuando cubierto de escarchado yelo
entre la niebla oscura,

amante y sin consuelo
me vió á tu umbral entristecido el cielo.
    En el silencio vieras
pasar del monte con feróz rugido
las despiadadas fieras:
y mi pecho afligido
buscar en tí consuelo á su quejido.
    Y la naciente aurora,
al derramar sobre el sediento prado
las lágrimas que llora,
me oyó, de amor llagado,
dulce quejarme de tu pecho helado.
    Mas ya sereno el dia,
en que mi amor triunfase, resplandece:
ven, pues, esposa mia:
ya mi huerto florece,
y sus frutos dulcísimos te ofrece.
    El tronco de la vida,
entre olorosas flores levantado,
da sombra apetecida:
pende el fruto sagrado,
de sencillas esposas deseado.
    Y yo seré, amor mio,
de mirra para tí manojo tierno,
que no ajará el estío
ni lo helará el invierno,
y que arderá por tí de amor eterno.
    De los demas pastores
desoye el canto y deja la guarida:
sepulta tus amores
en mi huerta escondida:
muerte dulce es mi amor y dulce vida.
    Aquí yo las manzanas
de suave olor arrojaré en tu seno:

y cuando á las mañanas
brindare el sol sereno,
lirios te cogeré del prado ameno.
Del prado, que mil fuentes,
del altísimo monte despeñadas,
riegan: de relucientes
azucenas preciadas
harémos nuestras cándidas moradas.
Aquí apacible sueño
en mi divino gremio recogida,
mientras vuela risueño
el aura de la vida,
gozarás entre flores adormida.
Y á las vírgenes tiernas
pediré de Sion, mientras fogoso
penetra en las cavernas
del sol el rayo hermoso,
que no turben tu plácido reposo.
Y luego en despertando
aromas pedirás, pedirás flores,
y con gemido blando
te quejarás de amores,
y exhalarás la vida en mis loores.
¿Pues qué, si adonde mana
el blando vino en solitaria parte
te llevo, dulce hermana,
por mas enamorarte,
y afirmo de mi amor el estandarte?
¡Ay! ven: mas que la muerte,
mas que la saña del horrible Averno
la caridad es fuerte.
Ven; y en mi pecho tierno
muere para vivir de amor eterno.»
Así cantó el esposo,

y el aura celestial lleva su acento
con susurro amoroso,
y de su blando aliento
siente la esposa perfumado el viento.
Tras los dulces olores
corriendo va de su inmortal amado:
y hallóle entre las flores
del huerto reclinado
y de cendales cándidos velado.

XI.

El cántico de Zacarías.

Bendice mil veces, bendice, alma mia,
en himno sonoro al Dios de Israel:
que manso y clemente visita su pueblo,
y fuerte quebranta el yugo cruel.
David, ya en tu casa, cual padre amoroso,
el cetro temido fijó del poder;
Judá vió en sus montes tras largo infortunio
salud y ventura al pueblo nacer.
Así anunciadora de eterna palabra
la voz de sus santos su oráculo fue,
y desde los tiempos primeros del mundo,
profetas y ancianos suspiran por él.
Su mano nos salva del crudo enemigo,
que quiso abrevarnos de llanto y de hiel:
ni ya temerémos que al pueblo escogido
los fieros se atrevan de Edom y Betel.
Si fue á nuestros padres un Dios de clemencia,
y libres salieron de Egipto y Babel,
la santa promesa no olvida, que oyeron

de fuego bañadas las zarzas de Oreb.
Abram nuestro padre oyó su promesa;
juró el Dios inmenso, altísimo y fiel
bajar á sus hijos, y manso y benigno
del crímen antiguo la víctima ser.
Y libre y contento Israel ya no debe
ni mano enemiga, ni espada temer:
adore á su Dios, y observe obediente
la ley promulgada al santo Moysés:
Y goce en eterno serenos los dias
que van á nacerle de gloria y placer.
Candor y justicia la plebe coronen;
que el Dios de sus padres desciende á Salen.
Y tú, feliz niño, profeta llamado
serás del Señor; porque irás ante él,
abriéndole paso por rudos desiertos,
y de áridas peñas brotando la miel.
Ahuyenta la culpa del pecho malvado,
y siembra en las almas divino saber:
prepara los frutos al sol de justicia:
salud é indulgencia será en Israel.
¡O dulce clemencia! ¡ó entrañas de padre!
¡ó Dios bondadoso! El hombre ¿quién es,
que así de la altura naciendo benigno
sus tristes mansiones ilustran tus pies?
La luz nace al mundo, que en densas tinieblas
y en sombras de muerte lanzado se ve.
Mortales, seguidla: pues ella nos muestra
la senda dichosa de paz y de bien.

XII.

A Silvio en la muerte de su hija.

¿Y quién podrá, mi Silvio, el lloro triste
á tu lloro negar? Ya de mi pecho
ronco se exhala el canto del gemido;
y en torno vuela á mi enlutada lira
el genio del dolor. ¡Ay! tu alegría
se sepultó en las sombras de la tumba!
No darán ya tus paternales labios
el ósculo de amor.... Las dulces gracias,
recien sembradas en el rostro hermoso
por la inocencia cándida, volaron
ante el helado soplo de la muerte.
Así tal vez la rosa que mecieron
los céfiros de abril, destronca impío
el Noto silvador, cuando á deshora
de la espumosa Sirte se desata.
¡Oh Dorila! ¡oh beldad! ¡oh tierno padre!
¡oh nombre de dolor, que en otro tiempo
tu corazon, mi Silvio, enagenaba
en gozo celestial! Del seno herido
¿quién te podrá arrancar la aguda flecha?
Cuando del Bétis á la amena orilla
veniste á ser de la injuriada Témis
severo vengador, con triste acento
te anunció lucha eterna contra el crímen
la voz de la amistad. El brazo armado
cantó del malhechor, la espada impía
contra el amigo pecho enerbolada,
y la calumnia atroz, que sobre el justo
tiende de la maldad el negro velo.
Mas ¡ay! que no anunció tan cruda pena

su profética voz. La parca esquiva
tu placer acechaba desde el Bétis.
¿Cómo despareciste, lumbre clara,
de los paternos ojos, con tu ausencia
á lágrimas sin fin ya condenados?
¿Qué nubes te eclipsaron, tierna aurora,
en tu primer albor? Brillaste pura,
como el astro sereno de la tarde
se mece entre los plácidos reflejos
del sol occidental. ¡Ay! luce apenas,
y á las mansiones lóbregas de ocaso
baja en curso veloz. ¡Súbita huiste,
y en la noche del túmulo te ocultas!
No hay mas amor, ó Silvio. Aquí encerrados
yacen los tuyos so la losa fria,
y eternos yacerán.... Gemidos, lloro;
lloro desolador... ¡hé aquí tu suerte!
No alhagará ya el aura del consuelo
tu frente dolorida: no en tus labios
hallará la amistad blanda sonrisa.
Porque «¿dó está? mi bien, mi dulce encanto
¿dó está, dó huyó?» al acento lastimero
las hórridas mansiones de la muerte
«¿dó está, dó huyó?» te vuelven despiadadas.
¿Dó está? Mortal, si á la morada oscura
te conduce el dolor, donde dominan
los lúgubres horrores, y la parca
alza sobre cadáveres su trono,
desciende, el llanto calma, y oye atento
la enseñadora voz de los sepulcros.
Descendamos, mi Silvio, y los sollozos
oprime, que no es dado á humano afecto
su centro penetrar. Pavor sombrio
mi cabellera criza. Destemplada

de mi trémula mano cae la lira.

¡Region de soledad! A tus umbrales
muere el dolor y el gozo; y en tu seno
la inmoble eternidad augusta manda.
Contempla, Silvio, esos despojos frios,
reliquias de tu bien, y busca en ellos,
si puedes ¡ay! el rostro de belleza
que al tuyo sonrió. ¿Dó estan los brazos
que en rededor el cuello te alhagaban
con ternura infantil? ¿Dó fue el asiento
de aquellos dulces ojos, que al mirarte
cual claros astros del amor brillaban?
Murieron y no son. ¿Y qué, los cubre
noche eterna en su velo tenebroso,
ó al seno revolaron de la nada?
Mi Silvio, ¿oyes la voz, voz de consuelo,
voz de gozo, que nace cual la aurora
de entre las nieblas de la noche oscura?

«Mansion de eterna vida mora el justo
que muere en el Señor.» Vive, mi amigo;
y vive para tí. Será que un dia
restituya el sepulcro devorante
los despojos del mundo: y animado
ese aterido polvo, en lazo eterno
al celestial espíritu se anude.
Y tú padre serás. Esta esperanza
repose entre las penas de tu pecho,
como entre espinas la purpúrea rosa.
Salve, santa esperanza: tú en los brazos
del divinal amor serás cumplida,
cuando el padre, el amigo, el tierno esposo
las dulces prendas, que perdió, recobre
á nunca mas perderlas. Sí, mi Silvio:
el augusto silencio de la tumba

«vida sin fin al virtuoso» clama.
¿ Qué es el placer humano? La aura leve,
cuando derrama en las nacientes flores
la lluvia matinal, no mas ligera
vuela fugaz sobre el sediento prado.
¿ Qué es la edad? ¿ qué es la vida? Cual arroyo,
que por los verdes campos serpentea,
complacido en regarlos, va á perderse,
á pesar suyo, en el remoto golfo;
así el tiempo arrebata en su carrera
al hombre y sus afectos, y en su seno
la eternidad terrible los abisma.
¡ Desgraciado el mortal, que su ventura
al caduco deleyte necio fic!
Santa virtud, que vivirás gloriosa
despues que todo muera, tú eres sola
el bien de los mortales: tu hermosura
no deslustran las nieblas de la muerte.
Ella, mi Silvio, á la mansion de dicha
condujo tu Dorila. ¡ Venturosa,
que el hermoso candor de la edad tierna
llevó consigo al plácido sepulcro!
¿ Y nosotros lloramos? Blandas flores,
no funesto cipres ni mustio helecho
debemos derramar, mi dulce amigo,
en la tumba feliz de la inocencia.
Aquí su pura y amorosa sombra
sentirémos vagar. La pena aguda
alanzarás del dolorido pecho:
y ya tranquilo esperarás el dia
que vueles en las alas de la muerte
al dulce bien, que te robó sañuda.

XIII.

La Providencia.

De la miseria en el profundo seno
el infeliz decia:
«no hay Dios: en vano su esplendor sereno
el padre de la luz al orbe envía.
»En vano sometida á ley constante
gira la inmensa esfera,
y en curso igual el Orion radiante
sobre el mar del ocaso reverbera.
»¿Qué es el lazo eternal, con que natura
los seres encadena,
si un Dios injusto su mejor hechura
á delinquir y á padecer condena?
»Yo vi, yo vi á las nubes sublimado
y triunfante al impío:
y de placer y gloria circundado
por la tierra estender su señorío.
»Y mientras goza, el inocente gime
en la prision oscura;
y al son de la cadena que le oprime
llora infeliz su indigna desventura.
»El pan de la afliccion es su alimento,
y el lloro su bebida;
y ansiando por el último momento
arrastra el peso de su amarga vida.
»No hay Dios donde hay maldad: la espada impía
es el Dios del humano:
su trono, la sañuda tiranía,
y la triste virtud un nombre vano.»
Dijo: y del cielo al muro diamantino

lanza gemido ardiente:
y el poder blasfemando del destino,
cubre entre el polvo vil la faz doliente.
Mas la verdad sus rayos brilladores
desde el empíreo envía;
y el velo disipó de los errores,
que la ofuscada mente oscurecia.
Vió entonces derrocarse en el Averno
el solio del malvado:
y eterna maldicion y llanto eterno
exhalar de su pecho atormentado.
Y al justo en las mansiones de la vida
unido al Dios, que implora,
bendecir la inocencia perseguida
de las pruebas del hado triunfadora.
Mortal, necio mortal, que un solo instante
para morir animas,
¿ presumes tú dar leyes al tonante
que hace temblar las celestiales cimas?
Deja que á la virtud hermosa y pura
la adversidad persiga,
y que al malvado la fortuna impura
de rosa y de laurel corone amiga.
Deja al desórden que domine el mundo:
vendrá el terrible dia,
que arranque á la maldad el cetro inmundo
y grite el cielo: «la venganza es mia."
El alma es inmortal: puede una hora
labrar tu eterna suerte:
ejerce la virtud... á Dios adora...
y lo demas te enseñará la muerte.

LIRICAS PROFANAS.

I.

A la restauracion de Buenos-ayres en 1806.

¿Quién roba de mi cítara suave
las rosas, que algun dia
Venus, Cupido y Febo le ciñeron?
¿Cuál numen soberano me presenta
el lauro refulgente,
en vez del mirto que adornó mi frente?
Dulce cantar, del corazon delicia,
himnos, que di engañado
un tiempo á la beldad perecedera,
huid con su ilusion: que ya sublime
con generoso anhelo
al arduo templo de la gloria vuelo.
¿Qué nuevo grito de victoria escucho
girar por su alta cumbre?
¿Es el scita feroz, de quien el trace
ya acobardado y fugitivo tiembla?
¿Es el galo animoso,
del Vístula y del Albís victorioso?
Mas; ¡oh! que desde el márgen apartado
del Paraguay inmenso
vuela sobre los golfos de occidente:
victoria, clama, *á la indomable España;*
y el eco repetido
la playa aterra de Albion vencido.
¿Dó está la fuerza y el orgullo osado,
que el piélago espumoso

abrumó con mil naves? Si soberbio
al dilatado mar impone leyes,
ya entre sus turbias olas
huye de las banderas españolas.

Tú en tus murallas dominar los viste,
metrópoli opulenta,
reyna del Paraguay; cual pronto brilla
relámpago veloz, y luce apenas,
cuando á la parda nube
á sepultarse entre sus sombras sube.

De la traicion, no del valor vencida,
su yugo padeciste:
allí cantaron himnos de victoria
los fieros de Albion: de tus tesoros
su codicia saciaron,
y el cetro de la América empuñaron.

Empero ¿cuál cohorte valerosa
á tus muros se acerca?
Llega, combate, aterra: el orgulloso,
que nuevos triunfos de ambicion soñaba,
humilde gime ahora,
y la piedad del vencedor implora.

Ilustres vencedores, ya respira
la América angustiada:
ya el tirano del húmido tridente
huye al seno del mar; y un solo dia,
una sola victoria
os sublima al alcázar de la gloria.

Mas ay! velad: no el sueño del descanso
funesto os sorprehenda
á la sombra falaz de los laureles.
¿No veis cruzar por el cerúleo estrecho
las naves empinadas,
de muerte y de furores recargadas?

¡Ay! que ya de guerreros nuevo enjambre
en ira y rabia ardiendo,
la tierra infesta apenas libertada.
¿No ois tronar el bronce, hervir el golfo?
¿No veis al golpe duro
cual se desploma el tresdoblado muro?

Ya la mal defensible fortaleza
cayó que os guarecia,
tristes pueblos: doblad, doblad la frente
al fiero vencedor. El yugo impío,
que os imponga orgulloso,
haga la sumision menos gravoso.

Sí; que ya marcha en escuadron cerrado
de inumerable gente
no á lidiar, á rendir: viene en su furia
imágenes sombrías meditando
de robo y de matanza,
á saciar su rencor en la venganza.

Volvieron, si: mas en la lucha fiera
otra vez encontraron
hijos de España. El rayo de Mavorte
brilla en sus diestras: las guerreras frentes,
coronadas de gloria,
ciñe el sacro laurel de la victoria.

El pueblo, sus hogares defendiendo,
al soldado se iguala,
y el soldado á los héroes: truena ardiente
el cañon, y en mil ecos alternado
su horrísono estallido,
dilata hasta los Andes el sonido.

En sus armas y número confia
el escuadron britano,
y ardiendo en saña el animoso ibero,
en su constancia y su valor. La patria

ve espuesta al trance fuerte,
y arrostra por su amor la cruda muerte.
¡Cayó el tirano en fin : ¡ victoria á España!
¡á los ilustres hijos
del Ebro y Tajo inmarcesible gloria!
¿acaso siempre triunfará el impío?
El hispano ardimiento
¿ cederá al genio de Albion sangriento?
¡Ah! no: aquellos valientes en un dia
las victorias vengaron,
que el envidioso mar robó á la España.
De Trafalgar los manes insepultos
las playas recorrieron,
y en la lid sus espadas dirigieron.
¡Pueblo español! tres siglos de infortunio,
de esclavitud horrenda,
á mancillar tu gloria no han bastado:
el valor, la constancia es tu divisa;
y esclavo ó soberano,
la suerte tuya fijará tu mano.
Las águilas del Tiber, los enjambres
del báltico nevoso,
y el árabe feroz y mil tiranos
pasaron: mas tú augusto entre ruinas
de un trono y otro hundido
sobrenadas al tiempo y al olvido.
¿Cuál tu suerte será? Si tu cadena
alguna vez rompieses,
y esa constancia indómita animase
la santa libertad, ¡ay! aquel dia
en sempiterno abismo
se hundirá el insolente despotismo.
Sobrevivió del galo á los furores:
el taciturno isleño

al mar lo desterró; viciosa Italia
sobre el altar que le erigió lo mofa:
mas su postrer ruina
al denodado ibero se destina.

II.

La victoria de Baylen.

Tronó la alzada cumbre de Pirene,
y sobre el suelo hispano
lanzó horrorosa nube de asesinos:
y las madres de Iberia al triste pecho
los hijos estrecharon,
y piedad y venganza reclamaron.
Pasa el dorado Tajo y las vertientes
del Mariano monte
la caterva sin ley. Nuevas matanzas
viene y nuevos destrozos meditando:
y en su furor sañoso
dijo entonces el bárbaro orgulloso.
«Venid, y en la florida Andalucía
de oro y sangre saciemos
nuestros sedientos pechos. Sus, varones:
¿no sois los invencibles que llevaron
muerte, luto y rüina
del Rin á la remota Palestina?
Mirad vuestros laureles. Reteñidos
estan de sangre humana,
y de inocente lloro salpicados.
Teñidlos mas y mas. *Que gima el hombre:*
la Bética asolada
nuevos triunfos reserva á nuestra espada.
Y ¿qué, la España aclaman y Fernando

esa mísera gente?
¿El yugo esquivan que se digna darles
el gran Napoleon? ¡Necios! perezcan;
y allá en la tumba fria
los laureles recuerden de Pavía.»
Así dijo aquel fiero, que tendiera
sobre el Arno florido
los silenciosos velos de la muerte.
No olvidarás, Arezo, su barbarie,
ni tú, playa tirrena,
de cuerpos muertos de tus hijos llena.
Y marcha, y sobre el Bétis centelléa
el águila ominosa
y en los muros de Córdoba asolada:
el campo hermoso, que la estéril nieve
burló de enero yerto,
el hórrido cañon vuelve en desierto.
Mas ¡oh! ¿cuáles banderas se despliegan
contra el águila altiva?
Forjóse el rayo en el ardiente seno
de Híspalis la leal: ya despedido,
venganza amenazando,
los ayres que atraviesa va quemando.
¿Huyes, fiero? ¿Ya tiemblas? ¿Nuevo enjambre
de bárbaros no miras
que *sangre* y *oro* enfurecidos claman?
¿Huyes, y el ancho Bétis interpuesto
y la sierra fragosa
aun no aseguran tu crueldad medrosa?
Españoles, volad. Hijos de Marte,
que el Gauges y el ocaso
hicisteis resonar con vuestro nombre,
volad; arrebatad á esos perjuros
sus laureles odiosos,

á la mísera Europa tan costosos.
Castaños inmortal, nombre de triunfo,
dulce alumno de Palas,
y querido de Marte, á tí encomienda
su justa causa España: la victoria
tus estandartes guia,
y su temido rayo te confia.
A la gloria conduce y la peléa
la juventud ardiente,
que el sol occidental benigno mira.
Esgrima, esgrima el paternal acero,
que de sangre agarena
tiñó mil veces la española arena.
Marchas, guerrero; y lentitud prudente
los ímpetus enfrena
de ese escuadron de héroes: al soberbio,
que en su terror afecta despreciarte,
tus fuerzas ocultando
la inevitable tumba vas labrando.
Así vuela tal vez cándida nube,
cuyos bordes colora
el sol naciente de risueña grana:
cuando la tempestad horrible lleva
contra el cielo sereno,
y el rayo asolador ruge en su seno.
O cual águila augusta, que divisa
la garza descuidada
en la otra parte del tendido cielo:
sube tranquila á la region suprema,
donde el viento enmudece:
y en el alto cenit audaz se mece.
Ve y se complace en la segura presa,
y mas veloz que el rayo
rápida por los ayres se desprende,

el redoblar de sus batientes alas
á lo lejos resuena,
y de triste pavor las aves llena.
Así glorioso con torcida marcha,
que el mismo Marte guia,
el enemigo bando acometiste;
y avaro así de la española sangre,
el laurel de tu gloria
no manchará los fastos de la historia.
¿Quién sube por el Bétis? ¿Quién terrible
el defendido paso
rompe ya de Mengibar? ¿Quién asciende
á las alturas de Baylen y al campo,
dó huméa todavía
del sarraceno infiel la sangre impía?
Y ¿qué, Dupont, vacilas? La alta sierra
te niega sus gargantas,
por sus audaces hijos defendidas.
¡Misero! ¿Dónde irás? Tienes delante
cabe el Bétis undoso
al fuerte ibero de tu sangre ansioso.
Huye, infelice, huye: negra noche,
escudo de malvados,
cubre en tu horror su vergonzosa fuga:
mas ¡ay! que en tu camino se interpone
nuevo escuadron valiente
que *rendirte ó morir* solo consiente.
Truena el cañon: del monte despedido
el horrísono estruendo
las campiñas del Bétis va llenando;
y entre el rumor del parche estrepitoso
desolacion y guerra
anuncia atroz á la afligida tierra.
Mas ¡oh! cede el impío: la fiereza

y el orgullo altanero
postra al valor del inmortal Castaños:
yace abatida el águila rapante,
terror de las naciones,
al pie de nuestros fuertes escuadrones.
¡A Castaños victoria y á la patria!
A los hijos valientes
del almo Bétis, gloria inmarcescible!
¿De España acaso triunfará el impío?
El ibero ardimiento
¿sabrá humillarse al opresor violento?
¡Ah! No. Allá triunfe sobre el Rin nevado,
ó cual tigre rabioso
en las selvas del Wístula domine,
ó al otomano estúpido, que el yugo
trueca ledo y tranquilo,
fácil sojuzgue en el remoto Nilo.
Guerreros valerosos, en un dia
vengasteis los baldones,
con que el tirano envileció la España:
del mayo infando las llorosas sombras
en la tumba se alzaron,
y al vengador ilustre saludaron.
No, no es inútil la vertida sangre,
ni el valor desgraciado,
que la fortuna injusta nó corona.
La sangre de Leonidas fue á los persas
la señal de ruina,
y los lauros regó de Salamina.
Vive, glorioso vengador: tu nombre
tiembla el galo vencido,
y venera la Europa belicosa:
Vandalia, madre antigua de guerreros,
su claro honor te llama,

y España libre tu valor aclama.
¡España, España! ¡amada patria mia!
patria de los válientes
que el largo oprobio de tu faz borraron!
Cuando tu afecto de mi pecho salga,
mi cantar abatido
sepúltese en el polvo del olvido.
Ni en las umbrosas faldas de Helicona
honor tenga mi lira,
y mustio de mi frente envilecida
cayga el laurel sagrado de los vates,
cuando á tu excelsa gloria
el cántico no entone de victoria.
¡O patria! ¡nombre amado, que al oirlo
las almas enagena!
¿Quién no se goza en tus gloriosos triunfos?
¿Cuál es el corazon de duro bronce,
que tus males no llora,
ni al bienhechor que te defiende adora?
¡Hijos de España! ¡pueda el canto mio
vuestras heroicas almas
enardecer! Al campo de la muerte
volad; y los fortísimos aceros,
de la patria esperanza,
esgrimid por su gloria y su venganza.

III.

A las ruinas de Sagunto.

Salve, ó alcázar de Edetania firme,
ejemplo al mundo de constancia ibera,
en tus ruinas grandiosa siempre,

noble Sagunto.

No bastó al hado que triunfante el peno
sobre tus altos muros tremolase
la invicta enseña, que tendió en el Tíber
sombra de muerte.

Cuando el Pirene altivo y las riberas,
Ródano, tuyas, y el abierto Alpe
rugir le vieron, de la marcia gente
rayo temido.

El raudo Trebia, turbio el Trasimeno
digan y Capua su furor: Aufido
aun vuelca tintos de latina sangre
petos y grevas.

Digno castigo del negado auxilio
al fuerte ibero: que en tu orilla, ó Turia,
pudo el romano sepultar de Aníbal
nombre y memoria.

Pasan los siglos, y la edad malvada
y el fiero tiempo con hambriento hierro
gasta y la llama de la guerra impía
muros y tronos.

Mas no la gloria muere de Sagunto:
que sus ruinas del fatal olvido
yacen seguras, mas que tus soberbias,
Rómulo, torres.

Genio ignorado su ceniza eterna
próvido asiste: que infeliz, vencida
mas gloria alcanza, que el sangriento triunfo
da á su enemigo.

Resiste entera tu furor, ó peno:
para arruinada tu furor, ó galo:
lucha y sucumbe, de valor constante
digno modelo.

A la fortuna coronar no plugo

su santo esfuerzo : mas la antigua injuria
sangrienta Zama, Berezina helado
venga la nueva.

IV.

En loor de Druso.

Traduccion de Horacio.

Como el ave, del rayo devorante
ministradora fiel, á quien benigno
el Dios mayor de las olimpias sedes
sobre los ayres y la grey volante
le concedió el imperio (premio digno
al robo del purpúreo Ganimedes),
jóven ya, mas de empresas ignorante,
huye el risco natío
á dó la impele el heredado brio:
Y al ahuyentar las brumas heladoras
el vernal viento, que florece el año,
del no usado volar la da enseñanza,
meciendola en las alas tembladoras;
ora enemiga al tímido rebaño
sobre el redil con ímpetu se lanza,
ora contra serpientes luchadoras
ardiente la espoléa
el amor de la presa y la peléa:
O bien cual en los prados florecientes
al sabroso pacer la cabra atenta
del pecho de la roja madre mira
separado al leon probar sus dientes,
oye el rugido, y mísera se cuenta
primera presa á su inesperta ira:

así, Druso, del Alpe en las vertientes
guerrear victorioso
te vió el grison y el bávaro selvoso.
El bávaro feroz, la diestra armada,
cual amazona, de segur luciente:
quien en sus selvas la esgrimió el primero,
musa mas docta lo dirá; ni es dado
investigarlo todo á humana mente.
Vencedor largo tiempo el pueblo fiero
las márgenes corrió del Rin nevado:
mas ya gime vencido
á los pies del mancebo esclarecido.
Y prueba cuanto en nobles corazones
puede la ilustre condicion, criada
bajo faustos auspicios: cuanto inspira
su valor en los jóvenes Nerones
de Augusto el alma paternal. Copiada
el fuerte sú virtud gozoso mira
en hijo fuerte. Heredan los bridones
y el novillo animoso
de sus padres el ímpetu fogoso.
Débil paloma el águila atrevida
jamas engendrará: mas la enseñanza
los generosos pechos robustece,
y la innata virtud, que allí se anida,
del futuro valor alta esperanza,
brota á su sabia voz. Dó quier fallece
la santa norma de inculpable vida,
maldad corrompedora
las bien nacidas índoles desdora.
Cuanto debes, ó Roma, á los Nerones,
diga vencido Asdrúbal y el Metáuro
y aquel sereno y delicioso dia,
gloria de los latinos campeones,

que primero brilló con noble lauro,
desde que el hijo de Cartago impía
voló por los ausonios torreones,
cual llama por las teas
ó el Euro por las ondas ciclopéas.
De entonces prosperaron vencedores
los jóvenes romanos, y en las aras,
que la impia guerra devastó, se alzaron.
para siempre los dioses protectores.
Clamó Aníbal: «¡ó nunca tú lidiaras,
peno infeliz, cual ciervos, que insultaron
para su mal los lobos agresores;
cuando triunfo sería
evitar con ardides su osadía!
Esa nacion valiente, que agitada
desde la teucra playa á la latina,
robó á la hoguera de Ilion famosa
hijos, padres y dioses, rodeada
de muerte y de peligros, cual encina
en la cumbre del Algido sombrea
por tenaces segures desmochada,
fuerza y valor adquiere
del enemigo acero que la hiere.
No mas feroz contra el cansado Alcides
la hidra lernea recreció cortada,
ni mayor mónstruo dió la infanda Tebas.
Arda, y madre de fuertes adalides
nace mas bella. Véncela, y osada
aterra al vencedor: con fuerzas nuevas
batallará gloriosa nuevas lides,
que aplaudan las romanas
y lloren las esposas mauritanas.
«No ya, Cartago, de la espada mia

nuevos triunfos oirás: pueblo africano,
tu esperanza y fortuna ya fenece,
y fue el de Asdrúbal tu funereo dia.»
A un Claudio ¿qué hay dificil? del romano
Júpiter protector, los favorece;
y el consejo y la ingénita osadía
sus empresas corona
en los sañudos trances de Belona.

V.

A Baco.

Traduccion de Horacio.

Vi á Baco, sí: (generacion futura,
tú lo creerás) que en ásperas guaridas
cánticos á las ninfas enseñaba:
por la densa espesura
sus orejas erguidas
el caprípede sátiro mostraba.
¡Evah! aun tiemblo del pavor reciente:
mas temblando palpita complacido
mi corazon, que el Dios ha subyugado.
Piedad, Baco potente,
piedad: ya estoy rendido;
temible, ó tú, del grave tirso armado.
¡Ah! puedo ya las tiadas salaces
cantar, del vino la escondida fuente,
la dulce leche en abundosos rios,
y las mieles fugaces,
que el tronco refulgente
destiló de sus cóncavos vacíos.
Cantaré de tu esposa afortunada

la corona nupcial, que lucir veo,
gloria añadida á la mansion divina;
la á tu voz asolada
y casa de Pentéo,
y del tracio Licurgo la ruina.

Tú el golfo, tú las bárbaras riberas
domaste: tú beodo en apartadas
cumbres de las bistónides sañudas
las densas cabelleras,
al hombro derramadas,
con inocentes víboras anudas.

Tú, cuando por montañas eminentes
el bando de terrígenas impío
el Olimpo escaló, de garra armado
y de leoninos dientes,
en el Cocito umbrío
á Reco el fiero derribaste osado.

Aunque no de guerrero esclarecido
renombre hubieses, Dios de los placeres,
de la festiva danza y los solaces,
no en combates temido:
mas tú, glorioso eres
árbitro de la guerra y de las paces.

De aurea punta la frente coronando
te vió el Cerbero en la tartárea roca:
muere el ladrido en su feroz garganta,
y manso coleando
con la trilingue boca
halagó al irte tu divina planta.

VI.

Viage de Virgilio.

Traduccion de Horacio.

Así la amable diosa,
que reyna en Chipre: así su luz serena
te den, nave preciosa,
los dos hermanos de la bella Helena;
y desatando el aura deliciosa,
el padre de los vientos soberano
enfrene á los demas el vuelo insano:
¡Ay! mi Virgilio, prenda á tí cedida,
y que debes volver, entrega sano
á la cecropia arena,
y en él la mitad guarda de mi vida.
De diamante formado
el pecho tuvo y de robusto acero
quien al piélago airado
un leño frágil entregó primero.
Ni temió el Austro altivo desatado
contra el fiero Aquilon, ni las lluviosas
Hiadas, ni las furias procelosas
del Noto, que en el Adria siempre manda
bien encrespe sus olas espumosas,
ó bien manso y ligero
restituya á la mar su quietud blanda.
Al mortal atrevido
¿qué riesgo espantará, cuando sereno
vió el golfo embravecido
de escollos y nadantes fieras lleno?
En vano Jove el mundo dividido

ciñó con oceano dilatado,
que apartase los hombres, y alterado
enfrenase su intrépida osadía,
si á su pesar del piélago negado
el mas remoto seno
atraviesa veloz la nave impía.
De sosiego impaciente
y ansiosa de su mal, feroz y osada
la sacrílega gente
se precipita á la maldad vedada.
El hijo de Japeto el rayo ardiente
robó del sol: su fraude pernicioso
siguió de males escuadron sañoso,
que la tierra oprimió con rabia fiera,
y la muerte, que en paso perezoso
la ley nunca evitada
cumplió primero, abrevia su carrera.
Surcó Dédalo el viento
con alas al mortal no concedidas:
el Orco macilento,
mansiones por las furias defendidas,
Hércules penetró con firme aliento:
nada es dificil al orgullo humano:
ya desde el Osa con furor insano
al mismo cielo se atrevió primero:
ni permite que Jove soberano
las iras merecidas
deponga, ni su rayo justiciero.

VII.

A la Lira.

Traduccion de Horacio.

Si alguna vez de afanes olvidado,
las selvas, ó mi lira encantadora,
alagué dulce con tu voz sonora
al importuno vulgo retirado,
yo te ruego que ahora
versos entones, que á la edad presente
vivan, y aplauda la futura gente.
O tú, del alto cielo concedida
por vez primera al lesbio ciudadano;
y bien entre el furor de Marte insano,
la hostil falange en vergonzosa huida
sintió su fuerte mano,
ó bien libre del piélago sañoso,
logró cansado el puerto venturoso:
Siempre en himnos gozosos ensalzaba
á Baco y á las musas y á Cupido,
y á Venus, cuyo nombre repetido
con el del niño ciego celebraba;
y á su jóven querido,
hermoso por lo negro del cabello,
y por sus negros ojos dulce y bello.
Salve, alegre consuelo de mis males,
del abatido corazon reposo,
de Febo honor, de Jove poderoso
hechizo en los banquetes celestiales;
salve: mi labio ansioso
con solemne oracion dó quier te invoca,

y pide el fuego que á cantar provoca.

VIII.

A las musas.

Doctas Pimpléas, que las verdes faldas
morais alegres del feliz Parnaso,
donde Castalia su inspirante onda
vierte suave:

Sed á mi canto fáciles, el dia,
que vuestros dones celebrando grato,
del padre Bétis el laurel frondoso
ciño á mi lira.

¿Y cuál primera mi atrevido acento
dirá á Vandalia, de canoros cisnes
madre fecunda, del divino Herrera
madre gloriosa?

Tú, Melpomene, del puñal infausto
la diestra armada, que al feroz guerrero
luciente aterra cuando cae del hado
víctima triste.

O bien, Urania, de tu voz celeste
arrebatado, la mansion etérea
diré de Jove, y el poder que temen
hombres y dioses.

Que si fulmina su indignada diestra,
sobre los polos del excelso Olimpo
tiembla el palacio, la cabaña humilde
tiembla de Baucis.

Ya de Polimnia los festivos coros
seguiré alegre, cantaré las selvas
tuyas, ó Euterpe: ó la que al vicio azota
musa maligna.

Tú, dulce Erato, de mi amante pecho
nunca olvidada: que si bien los años
con triste yelo mi rugosa frente
ciñen y enfrían;

En otro tiempo me cediste el harpa,
donde resuenan tiernos los amores:
y el blando canto las hermosas ninfas
gratas oyeron.

Debí á tus dones en mi edad primera
gozos amables: rápidos volaron;
mas su memoria plácida tristeza
vierte á mi seno.

Tú, musa augusta, que con santo plectro
muestras al hombre la virtud hermosa,
á tí mi lira, mi postrer aliento
rindo y dedico.

Por tí los muros de la antigua Tébas
levantó osada la anfionia lira:
por tí siguieron al ismario Orféo
montes y fieras.

Por tí Delille tierno y delicado
gloria es del Sena. Pope mas severo
por tí en la cumbre de Helicon sagrada
goza renombre.

Tú, dulce Clio, mi ferviente ruego
oye benigna: desusado canto
y audaz emprendo, que del sacro Bétis
pare las ondas.

IX.

A la juventud estudiosa de Cadiz.

Del almo Pindo la mansion gozaba

el coro virginal, amor de Apolo;
en no turbada paz: sus dulces selvas
con primavera eterna florecian.
Titan subiendo del rosado oriente
á dispensar su luz al universo,
con mas sereno ardor, mas pura lumbre
bordó su cima, y á las caras hijas
mas halagüeño coloró el semblante.
Allí en augusta tropa los sombríos
bosques y las lauríferas orillas
los coronados vates paseaban.
Bajo frondosa vid la cana frente
de pámpanos ceñida, los amores
entonaba y de Baco el don suave
el tierno Anacreon; en torno ledas
le escuchaban las gracias bulliciosas.
Aquí el tebano Pindaro rodéa
del sacro lauro las dichosas sienes
al vencedor olímpico: sañuda
de Homero mas allá suena la trompa
y el fiero Marte canta y los combates.
Mas súbito de nieblas coronado
tronó el septentrion: el ronco estruendo
oyó el mar de la sirte, y «guerra y muerte»
clamó el godo feroz, clamó el lombardo.
Roma tiembla: las madres pavorosas
al seno estrechan la inocente prole.
Densa nube de bárbaros se arroja
de las playas del báltico nevado
sobre las dos Hesperias. Grecia gime,
nada en sangre, sepultase en ruinas
el esplendor de sus divinas artes.
Tímido el coro de las dulces musas
al padre Apolo los llorosos ojos

vuelve pidiendo en su afliccion consuelo.
De las trémulas manos cae la lira
al lesbio y al latino. Anacreonte
huye dejando sobre el yermo suelo
la pampínea guirnalda. Sus gemidos
oprime el son de la homicida trompa.
Febo entonces el velo tenebroso
rompió á la edad futura, y á sus hijas
reveló así su gloria venidera.
«Si el puñal del odioso fanatismo
y la segur de la cruel barbarie
hoy dominan el mundo, será un tiempo
que estienda la razon su cetro de oro,
y vuestro solio, que llorais sumido
en la densa tiniebla, al triste caos
de la edad del furor sobrenadando,
se asentará sobre la culta Europa.
¡Oh! ¡cuántas aras erigirse veo
á vuestro augusto nombre! Sobre el Tíber,
sobre el mudable Sena ya se canta
el triunfo del saber. Ya la poesía
las márgenes del Wistula embellece,
y la lira de Safo y la de Alcéo
resuena en la nevosa Petersburgo.
La vista empero á la mansion de Alcides
consoladas volved; que á vuestra gloria
la juventud de Cadiz se consagra.
¡Amable juventud! la voz del genio
y el fuego activo de mi santa lira,
templada en el Olimpo, sus centellas
derramará en tu seno: y por las playas
dó se dilata el oceano inmenso
y por dó Bétis rinde su tributo
al piélago apacible de occidente,

llevará el eco los sublimes cantos
que oyó Grecia: y al Tíber y al Iliso
no envidiarán las ondas eritréas.
Allí cuando en los reynos de Anfitrite
el carro ardiente bañe, luz templada,
de blando verso y de saber fecunda,
les enviaré de mi encendida frente.
Al templo de la gloria, dulces hijos,
audaces caminad: el santo lauro
y las rosas de Venus os esperan.
Vosotras en la orilla del Permeso
preparadles guirnaldas; y sus nombres
gravad en los alisos de Helicona.»
Dijo: y las musas sus divinos ojos
al mar de Alcides plácidas volvieron,
y á los caros alumnos sonrieron.

X.

En loor de don Juan Melendez Valdes, restaurador de la poesía española en el siglo XVIII.

Cual la selvosa cumbre de Apenino
de brumas cuaja el erizado invierno
las campiñas de Italia amedrentando:
sus sendas pisa mustio el peregrino,
viendo el arbusto tierno,
y el haya y olmo añoso
con la acopada nieve blanqueando:
y en el otero herboso,
dó el sol del mayo derramó luz pura,
triste el pastor y muerta la natura:
O cual la dulce llama de la aurora,

cuando despunta en el rosado oriente,
de las australes sirtes abortada
horrible tempestad cubre á deshora:
brama el cierzo inclemente:
de la encendida nube
rápido vuela el rayo; y desatada
del mar bravoso sube
enlutando los orbes noche umbría,
que á los mortales ojos roba el dia:

Así envolvió caliginosa niebla
la primer gloria del Parnaso ibero:
tendió el error su cetro despiadado:
y la densa y mortífera tiniebla
oprime en sueño fiero
el genio independiente.
Desde Pirene al Bétis, desmayado
muere su fuego ardiente;
y dó sonaran cánticos suaves,
solo se escuchan graznadoras aves.

Yace entre el polvo vil despedazada
la cítara sublime, donde Herrera
de Austria cantó las armas victoriosas:
la lira de Villegas delicada,
y la que mas severa
ensalzara hasta el cielo
á Argensola y Rioja, de viciosas
malezas cubre el suelo;
dó el estrago y tus hierros contemplando,
sombra del gran Leon, vagas llorando.

Febo empero, al lamento doloroso
de las fugaces musas compasivo,
vuela en su carro al último occidente.
Airado mira al escuadron sañoso
hollar lauro y olivo
y el harpa y laud sonoro

que fue su gloria. El arco omnipotente
vibra la flecha de oro:
«¿Y qué, dice, será que el monstruo impío
domine el fértil clima que fue mio?
«¿Por qué donde sonaron mis loores
mas dulces que en la cumbre del Parnaso,
sus pabellones la barbarie ondéa?
¿Por qué los campos, que sembró de amores
la voz de Garcilaso,
triste silencio oprime?
Natura, oye mi voz. El genio sea
que su gracia sublime
restituya á la musa castellana:
nazca ya el padre de la lira hispana.»
Dijo, y Melendez fue. La tierna mente
el mismo Apolo informa, y de las ciencias
los arcanos recónditos le inspira.
En sus labios destila miel luciente
perfumada de esencias.
La delicia del mundo,
dulce amor en su seno ya suspira:
y del carcax fecundo
le da la flecha, que atrevida y blanda
las almas postra y los sentidos manda.
Cual del nevado seno de la aurora
animoso se lanza el sol ardiente
á la roja mansion del mediodía;
alegres ven la tierra y mar sonora
la vida y luz presente:
la natura adormida
despierta en brazos del hermoso dia:
y de su rayo herida
la noche con su escuadra rutilante
se sumerge en los piélagos de Atlante:
Así el jóven gallardo en el regazo

de las sensibles musas resplandece:
sus primeros acentos destruyeron
de la antigua barbarie el ciego lazo.
Pulsa la lira, y crece
desusada alegría.
Canta: los fieros monstruos ya cayeron;
y al son de su armonía
retoña el lauro, cuya sombra amada
cubrió del *docto* ibero la morada.

El plectro de oro la sublime Clio
aplica en tanto á la divina lira:
su giro enfrena el espacioso cielo:
el agua pende en el callado rio.
Del mar la herviente ira
el austro regalado
templa á deshora; y al hispano suelo,
dó el eco alborozado
la dulce voz mil veces reverbera,
anuncia asi su gloria venidera:

«Teged, ninfas de Iberia, la guirnalda
de verde mirto y encendida rosa
al genio celestial, que os amanece.
Cogedlas en la plácida esmeralda,
que el márgen deliciosa
del sacro Tormes llena:
allí el Zurguen, dó Filis resplandece,
y la floresta amena,
y las gracias del céfiro inconstante,
y canta amores tiernos tierno amante.

»O bien de fresco pámpano ceñidle
la pura frente y lira, enagenado
del néctar, que en los vasos centelléa.
En las Castalias ondas desleidle
el vino mas preciado,

cuando á gozar provoca
las ninfas y pastores del Otéa:
que en su risueña boca
dulce beso imprimió Baco y Citéres,
y es padre de las danzas y placeres.

»Mas cuando ya los años juveniles
caygan como la flor de primavera
ante la edad madura deshojados,
no la sañuda cólera de Aquíles
dirás, ni el hasta fiera
de Marte armipotente:
que Venus á tus labios delicados
solo entonar consiente
del amador los plácidos solaces,
las breves guerras y las blandas paces.

»O ya si mi deidad á tí desciende,
de pompa, magestad y gloria llena,
y en soberano ardor tu pecho tierno
mas animosa y atrevida enciende,
la magnífica escena
de las artes hermosas
y el triunfo cantarás, ó en el Averno
las huestes orgullosas
aprisionadas que al querub siguieran
y al trono inaccesible se atrevieran.

»Mas ¿quién podrá á los campos y á las flores
robarte? A tí te ofrece la natura
de su beldad la pompa variada.
Tú festivo entre risas y entre amores,
ya de la rosa pura,
ya del clavel triunfante
celebrarás la gracia delicada;
ó al hondo mar de Atlante
lanzarse Apolo entre carmin y grana,

cediendo el cielo á la argentada hermana.
»O bien la dulce y pastoril avena
robando al tierno Gesner, enlazado
dirás á amor con la virtud sencilla,
la piedad filial, y de la amena
campiña el don preciado,
y la linda pastora,
que entre el pudor y la inocencia brilla
mas pura que la aurora,
y cándida beldad y fe constante
ofrece en premio al venturoso amante.
»Mas ya vuela el otoño de la vida
sobre tu edad; y entonces mas suave,
mas apacible sonará tu canto.
Entonces de tu cítara subida
cada suspiro grave
un himno á la natura,
y al hacedor de la natura santo
será, y á la ternura;
dando con tus acentos celestiales
lecciones de virtud á los mortales.
»Aunque ¡ó mengua! ¡ó baldon! del patrio suelo,
que con tu dulce voz ennobleciste,
lamentas alejado la ira impía,
y los gemidos de tu amargo duelo
Garona escucha triste.
El Ródano insolente
suspende, complacido en tu armonía,
su rápida corriente,
y se florece al canto desusado
la eterea cumbre del Pirene helado.
»¡Qué furor, ó crueles! la alma lira
que en sus clemencias os concede Apolo,

así echais á regiones apartadas?
Así el varon ilustre, ¿por quien gira
mas rico que el Pactolo
y envidia de naciones
el breve Tormes? ¿Cuándo renovadas
oireis yà las canciones
que el Céfiro á sus vegas repetia?
¿quién el fuego os dará que genios cria?
»Mas triunfa tú desde el estraño clima,
viendo los hijos de tu noble aliento.
El orgulloso Tajo, el Dauro, el Bétis
tu gloria aclaman ya. Tú el Dios que anima
el español acento;
y en cuanto embravecido
la Iberia ciña el piélago de Tétis,
serás, libre de olvido,
árbitro de la lira soberano;
y nuevo Apolo del Parnaso hispano.»
Cantó, y la verde cumbre de Helicona
al destino aplaudió del genio ibero:
la alegre frente Anacreon desnuda
del pámpano, y el vaso y la corona
le alarga placentero.
Horacio ve envidioso
al Píndaro español, y le saluda
con ceño respetoso:
y Virgilio, en sus brazos sollozando,
tierna sublimidad le va inspirando.

XI.

A la muerte de don Juan Melendez Valdes.

«Et dulces moriens reminiscitur Argos.» Virg.

No muere el genio, no. Pudo la tumba
encerrar las cenizas
del inmortal Batilo; màs el fuego,
que su divino espíritu animaba,
sobre los siglos vuela,
y á la sublime eternidad anhela.
Y vivirá, mientras al mar de ocaso
los españoles rios
vuelquen las ondas, que halagó su acento,
y á la beldad y á su cantor enlacen
refulgente corona
las soberanas ninfas de Helicona.
Del amor en el seno y en los brazos (1)
de la amistad llorosa
¡ay! exhalaste el último suspiro:
la dulce imágen de la patria amada,
que ennobleció tu lira,
ante tus ojos moribundos gira.
Los cierras á la luz. Con tardas ondas
breve raudal mezquino (2),

(1) Su esposa doña Maria Andréa de Coca y su sobrino don Cristoval Melendez Valdes, fieles compañeros de sus infortunios, fueron su único consuelo en la larga y penosa enfermedad, que precedió á su muerte.

(2) El Herault.

del sacro Tajo y Bétis envidiado,
ignora, cuando riega de tu tumba
las marchitadas flores,
que allí yacen de Iberia los amores.

En tanto mas perene monumento,
que los de Roma y Caria,
un rey piadoso á tu memoria eleva (1).
El bronce muere y se deshace el mármol;
mas el canto divino
no se rinde al imperio del destino.

Tu sombra agradecida se conmueve,
y en el sepulcro helado
circula un rayo de tu hermoso genio;
que por cantar al bienhechor augusto,
hoy de la parca fiera
la inexorable ley romper quisiera.

Descansa, sombra ilustre: cuantos vates
son hijos de tu aliento
desde el Ebro á la playa gaditana,
cumplirán tu deber; y el sacro nombre
del Pindo en los vergeles
coronarán las musas de laureles.

Y tú, tierra hospital, que sus cenizas
benigna ocultas, salve;
eterno y dulce abril de flores ciña
y embalsame con aura deliciosa
la humilde tumba, donde
al Tibulo español la parca esconde.

En ella yace á un lado el plectro de oro

(1) La edicion de sus poesías, hecha de orden de S. M. en la imprenta real, será en los siglos futuros uno de los primeros títulos de la nacion española á la gloria poética.

que en ternura sublime
las sonorosas cuerdas encendia,
y el pámpano y el mirto citeréo,
que su lira adornaba,
y del vendado dios rota la aljaba.

Salve, bella Occitania; ó tú, querida
mansion de las Pierias:
su primer llama á trobadores tiernos
tú viste difundir, cuando sañuda
en fieros torreones
la barbarie arbolaba sus pendones.

Desde el Alpe al selvoso Pirinéo
no hay monte, valle ó rio,
que no acuerde la gloria de las musas;
á Florian el dulce y virtuoso
el Gard arrebatado
oyó, de madreselva coronado.

Mas allá la Nereida enternecida
aun hoy llora la muerte
del malogrado Garcilaso; el Sorga,
resbalando entre límpidas guijuelas,
cuando halaga las flores,
susurra de Petrarca los amores.

Aquí el márgen del rápido Garona
oye los dulces cantos
que á la sensible Isaura (1) se consagran:
allí la ninfa del Adur vencido
quiere aplacar con ruegos
la inexorable sombra de Cienfuegos (2).

¡O tierra sacra á Febo! Ya el destino

(1) Fundadora de los *juegos florales* de Tolosa.
(2) Yace en Orthez, donde murió año de 1809.

á tanto nombre ilustre
unió el del padre del Parnaso ibero.
Salve mil veces ; y en tu gremio gocen
amado y quieto asilo
los manes del dulcísimo Batilo.

XII.

Elogio de Fileno.

Dame, dulce Talía,
tu lira ya templada :
cíñela de las rosas ; que colora
con blanda luz el alba nacarada,
trayendo en su regazo al nuevo dia,
y del ramo, que adora
el sacro Apolo en el Anfriso ameno,
corona á mi Fileno.

Miéntras que yo le canto,
triunfando del olvido,
del bético Parnaso excelsa gloria :
él acalló el horrísono graznido
de infaustos buhos ; y el acerbo llanto,
que la antigua victoria
causara del error al coro hermoso,
él enjugó piadoso.

Que apénas la ribera
del Bétis cristalino
halagó vencedor su dulce acento,
cae desplomado el trono diamantino,
que la barbarie pérfida erigiera :
y ya repite el viento,
vago de flor en flor y de hoja en hoja,
los cantos de Rioja.

Salve mil y mil veces,
¡ó tú, del dios de Delo
grata delicia, alumno el mas amado,
que vió en su selva el heliconio suelo!
¡ó tú, que entre los genios resplandeces
del Bétis celebrado,
cual sobre el coro de la noche umbrosa
brilla la luna hermosa!

Contra el bando enemigo
no el vengativo rayo
del clario Dios ya implorarás ferviente,
ó tú, cisne del Bétis: frio desmayo
le oprime y el silencio es su castigo.
Si el márgen floreciente,
el mas amado de las musas santas,
ajó con viles plantas,

Ora abatido yace:
canta el vandalio rio,
ó mi Fileno, el triunfo soberano:
la bella ninfa de su cauce frio
en las dulces canciones se complace,
que entregada á tu mano
renueva ya en su plácida ribera
la cítara de Herrera.

Y la blanda terneza
del cantor de Heliodora
y el digno acento de sublime lira
Febo nos vuelve cou tu voz sonora:
por la amistad tu pecho y la belleza
inocente suspira;
y son de la virtud sacros loores
tus cánticos de amores.

Y luego desdeñando
la trompa horrisonante,

que la guerrera ninfa te ofrecia,
pasas de Eden los muros de diamante,
y de Milton rival cantas llorando
la mansion de alegría,
y el harpa de Sion lúgubre y triste
con sabia mano heriste.

Mas ¡ay! ¿por qué la lira,
cantor divino, arrojas,
y de Grocio y de Locke el genio austero
súbito invocas? ¿Las amables hojas
desciñes del laurel? ¿Qué Dios te inspira?
¿Hirióte el dardo fiero
de ambicion, y á los pueblos y á los reyes
dictar presumes leyes?

No: que oyó el grito horrendo
del ciego fanatismo:
vió de la humanidad el lloro ardiente,
y va á librarla del abierto abismo.
Vedle ya la justicia defendiendo:
ved el pecho inocente,
ya, ya del fiero golpe casi herido,
por su voz defendido.

La saña y el encono
y el interes sombrío
sojuzga su elocuencia vencedora,
de la verdad afirma el poderío,
y erige á la clemencia excelso trono:
asi la encantadora
voz del tracio en las ísmaras riberas
calmó las ondas fieras.

¡Triunfo al hijo de Apolo!
¡Triunfo al varon divino,
del Pindo honor, de la inocencia escudo,
de la amistad modelo peregrino!

No basta á mi Fileno un lauro solo:
cuantos la gloria pudo
plantar ciñendo su inmortal morada,
cogió con mano osada.
Ya el abril refulgente
los valles de Helicona
ledo guarnece de floridas galas:
ya mas vistosa y nítida corona
tejen las ninfas para orlar tu frente:
ya las tendidas alas
bate alegre en la cima del Parnaso
el cándido Pegaso.
En ella abierto mira
para tí el templo sacro
de la inmortalidad. ¿El ara ardiente
no ves, dó ante el celeste simulacro
sube el incienso en abrasada pira?
junto al sólio eminente
del mismo Apolo entre su lumbre clara
tu sólio se prepara.
Allí de esplendor puro
la Iberia enriqueciendo
glorioso triunfarás: himnos sonoros
se entonarán, tu nombre engrandeciendo,
dó Bétis baña el hispalense muro,
y á sus vates canoros
la docta frente ceñirá tu mano
del lauro soberano.

XIII.

A Dalmiro: el genio de su amigo Anfriso no es para la poesía sublime.

Fileno cantará, Dalmiro mio,
con voz, que emule la del sacro Homero,
del primer hombre el ciego desvarío
y el castigo severo.
Como perdida su feliz morada
el delito á sus hijos dejó en suerte:
y del furor de Dios ministra airada
al mundo entró la muerte.
Mas no tu caro Anfriso el flaco aliento
á la region celeste alzar procura
ni del sol con funesto atrevimiento
beber la lumbre pura.
El ser inmenso, cuya voz potente
en inmudables polos fijó el mundo,
no osaré yo cantar, ni de su mente
el consejo profundo.
Alas de fuego ciñe, y sublimado
sobre la baja tierra en raudo vuelo
asciende Milton y penetra osado
las bóvedas del cielo.
A su admirada vista un punto solo
es cuanto abraza la inferior esfera;
y ya bajo sus pies del claro polo
mira arder la lumbrera.
Ve enagenado cual la estrella ardiente
llena de fuego el eternal vacío,
y en torno de ella la inclinada frente

vuelve el planeta umbrío.

Por la region de inaccesible lumbre
con vuelo mas audaz las alas tiende,
y del celeste alcázar en la cumbre
el éter puro hiende.

A las moradas inmortales llega,
dó ensalza al hacedor el almo coro;
y el abrasado serafin le entrega
templada el harpa de oro.

Sus labios toca: y en la llama santa
el dilatado pecho enardecido,
del que es el adorable nombre canta,
ser, que será y ha sido.

Mas ¿cómo, gran Jehová, tu alteza anhela
engrandecer el hombre dignamente,
si el querubin del sol su rostro vela
ante tu rostro ardiente?

No de mi débil lira gloria tanta
será en humilde tono oscurecida:
mi musa ni altanera se levanta,
ni teme vil caida.

Mas dulcemente á tí, cándida aurora,
cantaré, cuando ya tu luz temprana
los horizontes plácida colora
de sonrosada grana.

Y cuando ya la pavorosa noche
del nuevo dia la venida siente,
y precipita el estrellado coche
al lóbrego occidente.

Y á tí, luciente sol, cuando rompiendo
del alterado mar las ondas frias,
con pura luz los orbes encendiendo
el carro ardiente guias.

Cantaré alegre cual el verde prado

de variados matices se enriquece,
y entre lirios y rosas al ganado
crecido pasto ofrece.

Y cual en la corriente placentera
Febo se mira del sereno rio,
y su imágen, que activa rebervera,
tiembla en el cristal frio.

O bien cual el arroyo sonoroso
entre lucientes guijas libre salta,
y las flores del márgen delicioso
de aljófares esmalta.

¿Pues qué, si la amistad, gloria del hombre,
dulce Dalmiro, canto en la pradera,
y aprende de mi voz tu amado nombre
la vándala ribera?

Salve, santa amistad, sola consuelo,
alivio sola tú de mis pesares:
salve; y atiende desde el alto cielo
benigna mis cantares.

Que ya de un corazon atormentado
único gozo y esperanza eres.
En tí busco mi paz, escarmentado
de pérfidos placeres.

XIV.

A Dalmiro: imitacion de Horacio.

Tú, querido Dalmiro, tú conmigo
del Alpe fiero la nevada cumbre
y los carpacios riscos vencerias:
tú de la Hercinia al intrincado abrigo,
que jamas conoció del sol la lumbre,
y al golfo del Lapon me seguirias:

ó al piélago inclemente,
que ciñe al libio ardiente,
ó á dó el Indo del alba los corales
recibe en sus raudales.

Mas ¡ojalá que el término sereno
de mi vejez consiga en el florido
campo, que baña el Bétis sosegado!
Mi triste pecho, de amargura lleno,
olvidará las penas que ha sufrido,
y logrará el reposo suspirado.
No sed del oro insana,
no la ambicion tirana,
no del amor el venenoso fuego
turbará mi sosiego.

Allí de un infeliz el fértil suelo
dulce mansion será, donde el aliso
compite al del frondoso Guadiana,
ni es envidiado el refulgente cielo,
que retrata en sus ondas el Anfriso:
donde se eleva de Híspalis ufana
el muro generoso,
y el cerro dó lloroso
de Itálica lamenta el peregrino
el mísero destino.

De la pálida parca el hierro fiero
allí termine mi enojosa vida,
blandamente mis miembros desatando:
tú, amigo, á mi suspiro postrimero
en tu seno darás dulce acogida:
y el no elevado túmulo regando
de helecho y mustias flores,
te verán los pastores
mis cenizas honrar, bañado en llanto,
con el funéreo canto.

XV.

A Aristo: la tranquilidad de los alumnos de las musas: imitacion de Horacio.

Las musas, caro Aristo, dulcemente
al nacer me halagaron,
y de mirto y de lauro refulgente
mi cuna entrelazaron.

Y cuando en la apacible primavera
de mi edad vagué solo,
junto al Bétis su lira placentera
me dió templada Apolo.

Halló mi juventud abandonada
en su clemencia asilo:
y esento de pesares, mi morada
fue el Helicon tranquilo.

Cuando entre mil cuidados enojosos
se afligen los mortales,
doy al mar y á los vientos tempestosos
la tristeza y los males.

Seguro vivo si tu antorcha brilla,
alma paz, á la tierra,
y seguro si esgrime su cuchilla
la enfurecida guerra.

¿Qué á mí, si sobre el Istro caudaloso
Napoleon fulmina,
ó el anglo, con mil naves orgulloso,
los piélagos domina?

Tú, que en las puras aguas te complaces
y en abundosas fuentes,
dulce Clio, te pido que me enlaces

las flores refulgentes.
   Flores cogidas en el fresco abrigo
de tus selvas umbrosas:
y teje de ellas á mi caro amigo
guirnaldas olorosas.
   Que sin tí nada pueden mis canciones;
y el nombre de mi Aristo
llevar quisiera en inmortales sones
de la aurora á Calisto.
   Cántalo, musa, tú. La amistad tierna
es digna de tu lira,
y un alma dulce, que el amor gobierna
y la virtud inspira.

XVI.

A Eutimio: que disipe los pesares con el vino.

Imitacion de Horacio.

Alaben otros de la sabia Aténas
el antiguo esplendor, ya sepultado
en míseras ruinas;
ó ya del Ande las avaras minas,
ó de oro y plata el Méjico abastado:
ó el fértil campo y márgenes amenas,
que esclavizan al Ródano insolente:
ó la ciudad del Soma floreciente,
sobre cenizas pérfidas fundada:
ó la que entre las ondas levantada,
del Adria domadora,
libre se juzga y el placer adora.

Cual de Bizancio el elevado muro
ensalzará, que el Bósforo domina:
y cual el rico puerto
de Vlisipo, ó al orbe entero abierto
el Támesis nubloso, ó la marina,
dó pierde su raudal el Elba puro,
de soberbias murallas coronado.
Otros del Rin el valle dilatado
celebrarán y del Danubio errante:
y otros del Sena la ciudad triunfante,
de mudables señores,
aplaudirán con líricos loores.

A mí ni el márgen bello del Pó frio,
ni del soberbio Tíber las riberas
me son tan deliciosas,
como las puras aguas sonorosas
del lento Guadaira, y las praderas
de la humilde Alcalá, y el bosque umbrío,
donde de Baco y del amor preciado
el mirto con la vid crece enlazado:
y aquellas arboledas florecientes,
humedecidas de perenes fuentes,
cuyos mansos raudales
el sabio moro dividió en canales.

Bien me detenga en su feliz orilla
el Garona estrangero, ó ya los sotos
del Nervion florido,
aquel suelo será por mi aplaudido
y objeto dulce de mis tiernos votos.
Allí á la sombra de la vid sencilla
su licor blando la amargura ahuyenta,
cual súbito disipa la tormenta
el puro Noto, que la mar envía:
ó cual trayendo el sonrosado dia

la aurora refulgente,
lanza la noche al lóbrego occidente.
   Olvida, olvida con el dulce vino
tus penas, caro Eutimio, ya te quejes
de un amor malhadado,
del venturoso Tajo desterrado,
ó ya los montes de Aquitania dejes,
donde te liga el pérfido destino.
De bárbara discordia el grito horrendo
y las civiles armas Pen huyendo,
si páramo desierto ó selva umbría
contra la tempestad le defendia,
del viento y la mar brava
con el henchido vaso se burlaba.
   Y á los tristes amigos les decia:
«estamos ya en los brazos de la suerte,
ó amados compañeros:
no tan cruel será, como los fieros
que, proclamando libertad, dan muerte.
Dejemos para siempre la isla impia,
dó su trono ha sentado el fanatismo;
y las corrientes del ceruleo abismo
y el Aquilon impávidos sigamos:
y un inocente pueblo establezcamos
en vastas soledades,
que de la Europa ignoren las maldades.
   De mi fiad: bajo seguras leyes
iguales viviremos y ordenados.
O amigos valerosos,
de la antigua Albion restos preciosos,
que visteis vuestros campos abrasados,
teñido en sangre el solio de los reyes,
y al execrable usurpador infando
en nombre de la patria degollando,

¿son mas que aquellos los presentes males?
Hoy las tristes memorias funerales
con el vino borremos:
mañana al mar inmenso volveremos.»

XVII.

La seguridad.

Traduccion de Leonard.

Si las tranquilas ondas de occidente
halaga el blando viento,
y jugando en las velas mansamente
las lleva por el húmedo elemento:
Siguen mis ojos á la nave alada,
y envidio su ventura;
y vierto, ausente de mi patria amada,
lágrimas de pesar y de ternura.
De gozo salta el corazon, si suena
sobre el golfo batiendo
torcido el remo, y las riberas llena
de los grumetes el festivo estruendo.
Quiero dejar las florecientes cimas,
que circundan mi prado,
y llevar á otros mares y á otros climas
el bien y el mal de mi inconstante hado.
Mas cuando en alas de Aquilon silvoso
la tempestad desciende,
y lanzandose el rayo tortuoso
los encrespados piélagos enciende:
Me vuelvo entonces al oculto abrigo
de mi humilde cabaña,
que entre las ramas del laurel amigo

burla del rayo y de Aquilon la saña.

Y esclamo: «venturoso el que dormido
al son del arroyuelo,
ni oyó del mar el áspero bramido
ni vió su espalda amenazar al cielo.»

XVIII.

Al sueño.

El himno del desgraciado.

«El grande y el pequeño
Iguales son lo que les dura el sueño.»

Desciende á mí, consolador Morféo,
único Dios que imploro,
ántes que muera el esplendor febéo
sobre las playas del adusto moro.

Y en tu regazo el importuno dia
me encuentre aletargado,
cuando triunfante de la niebla umbría
ascienda al trono del cenit dorado.

Pierda en la noche y pierda en la mañana
tu calma silenciosa
aquel feliz, que en lecho de oro y grana
estrecha al seno la adorada esposa.

Y el que halagado con los dulces dones
de Pluto y de Citéres,
las que á la tarde fueron ilusiones,
á la aurora verá ciertos placeres.

No halle jamas la matutina estrella
en tus brazos rendido
al que bebió en los labios de su bella

el suspiro de amor correspondido.
¡Ah! déjalos que gozen. Tu presencia
no turbe su contento:
que es perpetua delicia su existencia,
y un siglo de placer cada momento.
Para ellos nace el orbe colorando
la sonrosada aurora,
y el ave sus amores va cantando,
y la copia de abril derrama Flora.
Para ellos tiende su brillante velo
la noche sosegada,
y de trémula luz esmalta el cielo,
y da al amor la sombra deseada.
Si el tiempo del placer para el dichoso
huye en velez carrera,
une con breve y plácido reposo
las dichas que ha gozado á las que espera.
Mas ¡ay! á un alma, del dolor guarida,
desciende ya propicio:
cuanto me quites de la odiosa vida,
me quitarás de mi inmortal suplicio.
¿De qué me sirve el súbito alborozo,
que á la aurora resuena,
si al despertar el mundo para el gozo,
solo despierto yo para la pena?
¿De qué el ave canora, ó la verdura
del prado, que florece,
si mis ojos no miran su hermosura,
y el universo para mí enmudece?
El ámbar de la vega, el blando ruido,
con que el raudal se lanza,
¿qué son ¡ay! para el triste, que ha perdido,
último bien del hombre, la esperanza?
Girará en vano, cuando el sol se ausente,

la esfera luminosa:
en vano, de almas tiernas confidente,
los campos bañará la luna hermosa.
Esa blanda tristeza, que derrama
á un pecho enamorado,
si su tranquila amortiguada llama
resbala por las faldas del collado:
No es para un corazon, de quien ha huido
la ilusion lisongera,
cuando pidió, del desengaño herido,
su triste antorcha á la razon severa.
Corta el hilo á mi acerba desventura,
ó tú, sueño piadoso;
que aquellas horas, que tu imperio dura,
se iguala el infeliz con el dichoso
Ignorada de sí yazga mi mente,
y muerto mi sentido:
empapa el ramo para herir mi frente
en las tranquilas aguas del olvido.
De la tumba me iguale tu veleño
á la ceniza yerta:
solo ¡ay de mí! que del eterno sueño,
mas felice que yo, nunca despierta.
Ni aviven mi existencia interrumpida
fantasmas voladores,
ni los sucesos de mi amarga vida
con tus pinceles lánguidos colores.
No me acuerdes cruel de mi tormento
la triste imágen fiera:
bástale su malicia al pensamiento,
sin darle tú el puñal para que hiera.
Ni me halagues con pérfidos placeres,
que volarán contigo:
y el dolor de perderlos cuando huyeres,

de atreverme á gozar será el castigo.
Deslízate callado y encadena
mi ardiente fantasía:
que asaz libre será para la pena,
cuando me entregues á la luz del dia.
Ven, termina la mísera querella
de un pecho acongojado.
¡Imágen de la muerte! despues de ella,
eres el bien mayor del desgraciado.

XIX.

El mediodía.

¡Cuán sereno esplendor el sol hermoso
derrama por la esfera
ya cercano al cenit! venció su rayo
la niebla oscura de la noche fria;
venció al Euro inclemente,
árbitro de los piélagos de oriente.
Y triunfador á la celeste cumbre,
cual monarca glorioso,
asciende al trono de su vasto imperio.
Allí su hoguera inextinguible vierte
en inmensos raudales
luz y vida á los orbes celestiales.
Siente el calor en el recinto umbrío
de la amena enramada
el rebaño, que trisca alborozado:
y el pastor, recostado en el lindero
entre las blandas flores,
canta con dulce avena sus amores.
Se esparce por los valles la vacada:
en el sereno rio

jugueton salta el libre pecezuelo:
mientras al son de la segur tardía
de su amorosa pena
el rudo leñador los montes llena.
Salve, benigna luz: celeste llama,
que el hombre animas, salve:
¡cuán deliciosa suavidad serpéa
por mis lánguidos miembros! ¡cuán tranquilo
en la verde floresta
me asalta el sueño de la dulce siesta!
Del rayo caluroso van huyendo
por el soto sombrío
la mansa oveja y el pastor cansado:
y el perro, que espantaba vigilante
con áspero ladrido,
bajo el fresco arrayan yace tendido.
Ven, sueño recreador: ya de sus fuegos
el sol ardiente inunda
la dorada mansion del mediodía.
Ven: te invoca la sombra del aliso,
que agita el viento blando,
y el plácido arroyuelo susurrando.
Las aves suspendieron los amores:
solo su tierno arrullo
la tórtola tal vez del bosque envía.
Ven, dulce sueño, ven: que recostado
sobre la verde grama,
un pecho libre de ambicion te llama.

XX.

La vegetacion.

Ven, suspirado mayo: ya en las urnas

de los últimos piélagos de ocaso
las Pleyadas lluviosas se escondieron:
el hijo silvador del alto polo
encadenado gime en las vertientes
del Dofre estéril: só la algosa sirte
el ábrego invernal yace oprimido,
y descendiendo del celeste toro
el Céfiro fecundo, entre las flores
rey de la primavera se corona.
A su presencia el gérmen escondido,
que en su seno abrigó la madre tierra
bajo el yelo sutil, robusto brota
y la llama del ser esparce al mundo.
Siente el vivaz impulso el alto cedro,
que en las bases del monte palestino
afirma sus raices; y lo siente
la humilde tricolor, que la verdura
con su matiz recamará del prado.
¡Qué oceano de vida se derrama
sobre el sediento campo! el pardo velo
ya desparece, y de brillantes hojas
el desnudo frutal su copa viste.
Fecundidad sonríe, y de sus dones
el mas pelado risco se engalana,
y hasta en la ardiente arena del desierto
súbitas islas de verdura brotan.
¿Dó está la escarcha, que elevó el diciembre
en pirámides mil? ya desatada,
serpeante arroyuelo, plata y perlas
derrama en los arbustos de su márgen.
¡Cuál vuelan en las alas del Favonio
las semillas de vida, que otros prados
esmaltarán de floreciente gala!
¡cuál recibe en su seno la flor tierna

el pólen procreador! unas alegres
al viento y á la luz abren el cáliz,
lecho de su placer. Otras mas cautas
entre el matiz de las cerradas hojas
al universo ocultan sus amores.
Creced ¡ó hermosas é inocentes flores!
sed del alba delicia y de la tierra
el mas dulce cuidado: sed del hombre
el placer, el consuelo y la esperanza.
El delicado olor de vuestro seno
al alto cielo suba, cual tributo
del mundo agradecido: la hermosura,
sencilla é inocente cual vosotras,
para adorno del pecho ó de la frente
á las perlas del Ganges os prefiera.
Mas ¡oh! ¿quién debilita los matices,
que pintaban el prado? el sol impío
¿por qué á la rosa en su esplendor temprano
el pétalo luciente descolora?
¿por qué, verdor hermoso, que cubrias
las abundantes mieses, vas dejando
el vástago gentil, y en ruda avena
y en raspa adusta se trocó tu pompa?
y tú, blando azaar, que de oro y nieve
los pensiles atlánticos ceñiste,
y á la amable deidad de las praderas
colmaste de tu aroma el lindo seno,
¿por qué marchito sin honor ni gloria
al pie del árbol hacinado yaces?
Mas ¡ay! fuerza es ceder, flor desgraciada,
al hado inexorable. Si te adorna
del pétalo pomposo la natura,
no, no es por tí: los rayos fecundantes
en él se quiebran de la luz: tu seno

con sus vivaces fuegos penetrando,
el dulce fruto, que abrigaste, animan.
Breve es tu edad, y víctima pereces
del crudo amor: como el placer humano,
asi blando y fugaz pasó tu brillo.
Mas fue tu vida hermosa. El fresco ambiente
con tu fragancia saludable y pura
templaste para el hombre: si ora yaces,
lastimosa beldad, lánguida y mustia,
benéfica en tu muerte, el suave fruto,
memoria tuya y de tu amor, nos dejas.

Mira cual vaga entre montones de oro
alegre el labrador, y recogiendo
el sabroso alimento de los hombres,
arrostra el sol ardiente del estío.
Mira cual corta de la vid frondosa
los purpúreos racimos: cual derriba
del pintado vergel las dulces pomas.

Salve, naturaleza bienhechora,
que la esperanza y el placer del hombre
y el adorno del mundo al puro seno
de las amables plantas confiaste.
Salve: jamas del labio agradecido,
jamas del pecho, que benigna inspiras,
el himno faltará de tus loores.

POESIAS FILOSOFICAS.

I.

La beneficencia.

«Nostri pars optima sensus.»
JUVEN.

Alma beneficencia, ya te canto:
asaz sonaron en mi acorde lira
del Dios vendado la funesta ira
y de su madre el venenoso encanto:
asaz en la ribera
del patrio Bétis aumenté su gloria,
cuando en voz placentera
sus flechas celebrando y mi victoria,
de Emilia los loores
aplaudieron las ninfas y pastores.
Dulce ilusion, aunque gozosa, vana,
que lo mejor robaste de mi vida,
huye veloz, como la luna herida
del triunfante esplendor de la mañana:
¿qué fuego desusado
hierve en mi pecho? ¿qué centella ardiente
con brillo regalado
penetra el seno á mi ofuscada mente,
y de su horror oscuro
brota de la virtud el rayo puro?
No mas hermoso entre la niebla fria
del alterado piélago de oriente
levanta el sol la enrojecida frente,
padre y monarca del rosado dia:

no mas tierna la aurora
sobre la flor del aterido prado
su blando aljófar llora:
no mas sereno el Céfiro templado
dulce calor fecundo
vierte en los seres del inmenso mundo.
Salve, luz celestial: fuego escondido,
que en este yerto corazon dormias,
salve: dis'pa con tus llamas pias
la ciega oscuridad de mi sentido:
mi espíritu enardece:
purifica mis labios: pueda el canto,
que ya en mi pecho crece,
si la voz de un mortal alcanza á tanto,
domar la envidia fiera,
é igualar de los siglos la carrera.
O mas bien, vuela tú; y al triste humano
comunica tu llama abrasadora
en la fulgente cuna de la aurora,
y donde hiela el último oceano:
tu ardor hermoso sienta
desde el feroz caribe, que tranquilo
de sangre se alimenta,
hasta el esclavo estúpido del Nilo,
que á la alzada cuchilla,
cordero inerme, la cerviz humilla.
Se verá entonces la anchurosa tierra
en hermanales vínculos unida,
y huyendo de tus rayos pavorida
su negro pabellon plegar la guerra:
odio, rencor, venganza,
interes, ambicion, copiosos males,
que dió con la esperanza
la caja de Pandora á los mortales,

ya tan infaustos nombres
solo en la historia aprenderán los hombres.
Pálido cae de vuestra impura frente
el funesto laurel, que la adornaba;
y el orgullo infernal, que os animaba,
postrais rendidos á la luz naciente.
¿No veis la envidia horrenda,
que el celeste esplendor bramando esquiva;
y por oculta senda
vertiendo fiera su ponzoña activa,
huye con raudo vuelo
á nunca mas turbar la luz del cielo?
¿No veis, no veis al ciego fanatismo,
de su ominoso sólio derrocado,
cual gimiendo se lanza despechado
á la negra mansion del patrio abismo?
el puñal de Megera
ved cual se escapa de su ardiente mano:
ved de su cabellera
las serpientes dormir: el grito insano,
precursor de destrozos,
oprime ya con pérfidos sollozos.
Pérfidos, si: que ardiendo en viva saña
recuerda altivo sus funestas glorias,
de Merindol y Albiga las victorias,
y la estinguida hoguera de la España.
El siglo infausto llora,
que el alma devoró de los mortales
su antorcha abrasadora,
y erigió entre nublados celestiales,
del crédulo esperanza,
el trono del orgullo y la venganza.
El libre pensamiento los impíos
oprimiendo en oscura servidumbre,

consagraron á un Dios de mansedumbre
de humana sangre caudalosos rios:
su bárbara cuadriga
holló los cetros y el laurel triunfante
y de la paz amiga
la dulce rama: el fuego devorante,
que sus ruedas abrasa,
yerma el campo infeliz por donde pasa.
Mas ¡ah! que ya cesaron los horrores
del tenebroso siglo de la ira,
y el abatido monstruo ya suspira,
devorado de inútiles furores.
Y tú, yerto egoismo,
que la frente á los cielos levantaste,
y un imperio en tí mismo
del universo entero te formaste,
¿cómo cayó espantoso
de tu poder el hórrido coloso?
Cual sube audaz en las heladas cimas,
que el aterido mar del norte baña,
de endurecida nieve alta montaña,
muerte y terror de los polares climas:
firme, inmoble y segura
sufre el eterno sol del Cancro ardiente:
la inmensa mole y dura
opone al rayo de la luz clemente,
y en su seno acogida
niega por siempre al fuego de la vida:
Así en el corazon, que el monstruo fiero
con su yelo infernal entorpeciere,
jamás la triste humanidad espere
restos hallar de su calor primero.
¡Ay de aquel desgraciado,
que á su interes ó á su placer se atreva!

el hierro despiadado
ya amenazando está. Sin que le mueva
ni el rencor, ni la saña,
tranquilo en sangre y lágrimas se baña.
Furias del Orco, huid: y tú, amor santo,
padre de cuanto anima y cuanto crece,
benigno á los mortales resplandece,
y vierte al orbe tu apacible encanto.
La oscura venda deja,
con que la infiel mudanza te cubria
y la celosa queja:
por ella el hombre te llamó algun dia,
maldiciendo tu imperio,
placer mentido y torpe cautiverio.
Las dulces flechas, que te dió natura,
para esparcir del ser la llama ardiente,
templa, ó amor, en la sagrada fuente
de la amistad inestinguible y pura:
y el amante enlazado
á la gentil beldad, que lo enamora,
en lágrimas bañado,
exclame al despuntar de cada aurora:
«¡destino venturoso,
¡el de hacerte feliz, siendo dichoso!»
Tú, divina amistad, del alto cielo
al mundo, que te implora, ya desciende,
y en sus heridas amorosa estiende
el bálsamo apacible del consuelo.
Gloria de los mortales,
salve: tú robas á la humana vida
la mitad de los males;
y á la breve porcion, tal vez mentida,
del bien, tú sola eres
quien renuevas los rápidos placeres.

Contigo la piedad en lazo amado
temple al hombre los ásperos enojos,
y el tierno llanto de sus dulces ojos
calme el llanto infeliz del desgraciado:
asi el blando rocío
el Euro entre sus alas atesora;
y cuando el soplo frio
del Aquilon los campos descolora,
con su lluvia templada
vuelve el ser á la rosa desmayada.

Mas ¡oh! ¿ves la bondad, natura,
que tus inmensos ámbitos domina,
y entre los rayos de su luz divina
ostenta pura su inmortal belleza?
yo escucho el grato acento,
que inunda de placer los corazones:
yo miro al vago viento
enarbolar los cándidos pendones,
y su númen sagrado
el orbe todo venerar postrado.

Ya, ya la mano al pálido indigente
tiende benigno el prócer: junto al lecho
del moribundo en lágrimas deshecho
ya la piedad el poderoso siente:
ya el oro fementido,
por el que vió otro tiempo la doncella
su limpio honor vendido,
es dote y premio á la modestia bella,
y con hermosas flores
enlaza la virtud y los amores.

Contempla el padre anciano enagenado
de sus caducos años el consuelo,
y sonríe al festivo nietezuelo,
que con gracia infantil juega á su lado;

y en su vejez felice,
último rayo de un sereno dia,
al bienhechor bendice,
que coronó sus canas de alegría,
y plácido y tranquilo
desciende de la tumba al quieto asilo.

Y tú, jóven beldad, ¡cuán dulcemente
en la mansion del infeliz suspiras!
de la sañuda enfermedad las iras
¡cuál templa tu ternura diligente!
¡con qué rosas aviva
las gracias de tu angélico semblante
la bondad compasiva!
las vé el amor; adóralas tu amante:
y el premio entre sus brazos
da á tu piedad con regalados lazos.

Mas ¿veis á aquellas almas celestiales,
que en sus aras reunió beneficencia,
el seno penetrar de la indigencia,
y arrancarle el secreto de sus males?
¡cuál endulzan piadosos
de un triste corazon el triste duelo!
¡cuál brillan generosos,
de la maldad, que dominaba el suelo,
enemigos osados,
para el bien de la tierra conjurados!

¡Santa conjuracion! todas las gentes
seguirán tu bandera victoriosa:
prepara ya, posteridad dichosa,
laurel sagrado á las heroicas frentes.
Triunfad: el mundo entero
subyugue el entusiasmo, que os anima;
y volando ligero
de nacion en nacion, de clima en clima,

por siempre cante el hombre
de la virtud el sacrosanto nombre.
Salve, hermosa virtud. ¿Cómo, si dabas
alma y vida á mi ser, no te sentia?
¿cómo en mi seno sin vigor yacia
la fuerza celestial, que le inspirabas?
Ya sé cual es la fuente
de aquel vago llorar, que la ternura
vertió á mi rostro ardiente:
ya conozco del bien la emocion pura,
que el mísero gemido
tal vez me sorprendió del desvalido.
Renueva, pues, tus cuerdas, dulce lira;
y en desusado y victorioso acento
acalla el grito del rencor sangriento
y la voz de la muerte y de la ira.
Rompe el velo sombrío,
que ocultó al hombre bajo el torpe imperio
del egoismo impío,
de su existencia el divinal misterio,
y enseña á los humanos
á ser en dulce paz dulces hermanos.
Que este impulso del bien, que en su clemencia
á nuestras almas concedió natura,
no puede, no, morir; la envidia impura
él lanzó de la edad de la inocencia.
El en la selva umbría
el hombre al hombre unió, cuando entre breñas
la sociedad nacia:
él postrando las hórridas enseñas
del interes inmundo,
los Casas y los Pen produjo al mundo.
Instinto natural, allá en el seno

del hondo corazon yace escondido,
dó el orgullo y el vicio fementido
lo aduermen con su plácido veneno:
mas cuando el torpe encanto
rompe una vez de la infernal cautela,
por donde el rojo manto
estiende Febo, generoso vuela,
y estrecha blandamente
en lazo bienhechor la humana gente.
Así del claro sol destelló puro,
en tímida centella transformado,
entre sus densas láminas trabado
encierra el pedernal inerte y duro.
Mas si activo el acero
fuerza á mostrarse la encubierta llama,
con ímpetu ligero
sobre el pábulo breve se derrama,
y crece y es hoguera,
y al Alpe y á Pirene consumiera.

II.

La bondad es natural al hombre.

¿Quién fué, quién fué el primero,
que á la crédula gente dijo impío:
«despeñado por lúbrico sendero
se precipita al mal vuestro albedrío,
y hechuras de una imbécil providencia,
el crimen y el dolor son vuestra herencia?»
¿Quien fué? ¿qué en torpe olvido
de la virtud sencilla é inocente
el siglo sepultó? ¿que asi atrevido
del pecho humano blasfemó insolente,

y calumnió con pérfida impostura
igualmente al criador y á la criatura?
El Averno profundo
lo abortó en sus furores sobre el suelo
para tender al engañado mundo
del atroz fanatismo el ciego velo,
ó porque pueda sancionar impía
sus crímenes la adusta tiranía.
¿Malo el hombre, insensato?
¿corrompido en su ser? de la increada,
de la etérna beldad vivo retrato,
en quien el sacro original se agrada,
¿solo un monstruo será, que horror inspira,
prole de maldicion, hijo de ira?
Y ¿por qué en su semblante
la dulzura y bondad impresas lleva?
¿por qué la vista noble y radiante
al alto Olimpo generoso eleva,
como buscando ansioso é impaciente
de su orígen la cuna refulgente?
¿Quién á su pecho ha dado
este instinto de amor, que el hombre liga
al hombre en sociedad? ¿quién le ha enseñado
en las delicias de la paz amiga
á dividir con los demas mortales
la herencia de sus bienes y sus males?
¿De dónde el tierno llanto,
que, si ve al infeliz, su rostro baña?
¿De donde de la patria el amor santo?
¿la piedad paternal? ¿la justa saña,
que brota en los airados corazones,
si el despotismo arbola sus pendones?
Bueno nace y hermoso
el almo ser, honor de la natura:

y aun entre el llanto acerbo y doloroso,
que en su niñez le arranca la amargura,
brilla en sus dulces labios pura y lisa
de la bondad la angélica sonrisa.

Y luego jóven siente
la activa llama del amor suave,
y eternizando su existencia ardiente,
como de Arabia la insepulta ave,
nuevos seres produce al claro dia,
ántes que yaga su ceniza fria.

Y en regalados lazos
la dulce prole su cariño paga,
á su cuello estrechada y á sus brazos:
sustenta protector, plácido alhaga;
y en perpetuo solaz tranquilo espera
el fin forzoso á su feliz carrera.

Tal es el hombre, cuando
ni la opresion ni el fanatismo impío
forma en las tierras ambicioso bando;
libres las almas del furor sombrío,
que á temblar y á matar las arrebata,
y tiembla el necio y el malvado mata.

Tal es el que cantaste,
dulce Virgilio, tú, cuando tendido
al pie de umbrosa haya le miraste
en apacibles ocios divertido,
enseñando á los ecos gemidores
el nombre de su bella y los amores.

O bien mas virtuoso
el que vió en las helvéticas montañas
Gesner sublime de Aquilon silvoso,
del yelo agudo despreciar las sañas;
y enmedio á la selvática natura
aras alzar al dios de la ternura.

Asi del Erimanto
vagó el hombre feliz por las riberas,
sonando eterna paz en blando canto
el eco de las ménalas praderas,
cuando olvidados bélicos furores,
dió Arcadia el cetro á cándidos pastores.

Y aquella edad dorada
desconocida en la sangrienta historia;
mas cuya grata imágen lastimada
la humanidad conserva en su memoria,
y que pintaron en el suelo ibero
el tierno Fenelon y el sacro Homero.

Las riberas del Bétis
feliz la vieron en virtud sencilla;
y el gaditano mar, donde de Tétis
cayendo al gremio el sol, último brilla,
á la codicia, á la ambicion armada
¡ay, breve tiempo! defendió la entrada.

La infame sed del oro
y el amor del poder enfurecido
de sangre humana y de inocente lloro
bañó el mísero suelo entristecido,
y en los vestigios de la choza pia
sus palácios alzó la tiranía.

Y luego levantando
la adulacion su fementido acento,
del cielo hizo bajar el regio mando,
santificando al opresor violento;
y á un execrable y bárbaro asesino
proclamó imágen del poder divino.

Gritó entonces artera
la vil supersticion: «tristes humanos,
sufrid y obedeced: si brilla fiera
la dura espada en homicidas manos,

sufrid: nacisteis todos criminales:
así Jove castiga á los mortales.«

Y así fue esclavo el hombre,
y así malvado fue. Su genio ardiente
buscó en la guerra el inclito renombre:
surcó los mares la perversa gente,
y á sus reyes y dioses imitando,
la triste humanidad fué destrozando.

¿Qué fuerza bienhechora
volverá al hombre su bondad nativa?
que del ardiente golfo de la aurora
hasta dó yela Cinosura fria
el poder, la maldad y la impostura
su sagrado carácter desfigura.

Vosotras, consagradas
almas á la virtud, la humana mente
formad piadosas: caygan las lazadas
que el fanatismo le ciñó inclemente:
y libre la vereis, noble y gloriosa
lanzarse al bien, que conocer nó osa.

Y si yace oprimida
de la verdad la tímida centella,
cual suele entre la niebla denegrida,
que exhala el mar, la vespertina estrella,
romped heroicos con potente mano
el torpe hechizo al corazon humano.

¿Donde el alma sublime
está, que el fuego sacrosanto inflama,
y que del hombre el infortunio gime?
Nazca ya al mundo la encubierta llama,
nazca; y en mil incendios esparcida,
siembre de la bondad la hermosa vida.

III.

La amistad.

«un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo.»

Rioja.

El himno santo de amistad rebosa
de mi inspirado seno:
tú, celestial virtud, mi númen eres.
Resuena audaz, ó lira; un nuevo modo
y desusado emprende: el fuego ardiente,
que al pítico cantor dispensa Febo,
y el sabio desvarío,
que derrama en los vates Hipocrene,
son yelo y niebla junto al fuego mio.
Brote la voz del corazon: resuene
en tiernos corazones,
asilos tuyos, ó amistad—Respondan,
cual flébil eco en la repuesta gruta.
Aquí tienes tus aras, aquí tienes,
deidad oculta, víctimas y templo.
Aquí la espada impía
no alcanza, ni la astucia del inicuo,
ni el furor de la armada tiranía.
Lejos, profanos, id. Allá os aguardan
con la ambicion sañuda
la maldad y el cruel remordimiento.
Pues lo quereis, sed infelices. Niegue
á vuestro helado pecho sus ardores
el sol de la amistad; y en pos corriendo
de pérfida esperanza,

al fiero númen erigid del mando
el altar de la envidia y la venganza.
O al cenagoso piélago lanzados
de sórdidos placeres,
á Vénus sin amor, sin dulce risa
á Baco invocareis; ó ya de Pluto
el don aciago anhelareis sedientos:
todo lo gozareis, menos la dicha;
la dicha, hermosa herencia,
que á un tierno corazon el cielo guarda,
hasta entre el polvo vil de la indigencia.
Para el amigo pecho reservaste,
benéfica natura,
tu inexhausta belleza. ¿Qué es el canto
de las pintadas aves, si mi Eutimio
conmigo no lo oirá? ¿qué es la verdura
del fresco valle, el nácar de la aurora,
ni el Austro enamorado,
que alhaga el blando seno de las flores,
si á gozarlos sin tí soy condenado?
Brilló hermosa la tierra, brilló el cielo
al feliz hombre, cuando
transmitir pudo su emocion suave
en otro corazon. La pura fuente,
que por floridas márgenes resbala,
la blanda luz de la argentada luna,
los astros, que salieron
bajo su imperio á embellecer la esfera,
emblemas del amor entonces fueron.
Y la muger divina, cual descuella
la rosa nacarada
entre las hijas del abril florido,
las tiernas gracias y el pudor mostrando,
de la beldad se coronó por reyna.

Arde el hombre á su vista, y de su seno
viva llama desprende:
llama fugaz, que muere dando vida,
y que de nuevo la amistad enciende.

¿Quién consuela, infelice moribundo,
tus últimos instantes?
el caro amigo, en cuyo seno espiras.
¿Quién el pecho ulcerado, que lamenta
la ingratitud y la perfidia, vuelve
al amor de los hombres? el amigo,
que le guardó constante
su corazon; y ni el sañudo hierro,
ni del tirano el cetro fulminante

Aterró su lealtad: sube animoso
al fiero cadahalso,
y con su muerte ilustre lo ennoblece:
rompe muros, escuadras atropella,
arrostra el golfo y su indomable furia,
audaz se entrega á la sangrienta saña
del bárbaro enemigo,
denodado acomete al mismo Averno,
por dar la vida á su adorado amigo.

¡Cuán grata de mi rápida existencia
duplica los placeres
el alma amante, que en mi bien se goza!
¡Cuál consuela mis lágrimas el llanto,
con que responde á mi afliccion! ¡Cuál arde
en mi pecho, ó virtud, tu santo fuego,
cuando tu mano miro,
Entimio amado, al infelice abierta,
y su pena alhagar con tu suspiro!

No es tan dulce al cansado caminante,
si la eremia montaña
venció ó el yelo de la cumbre alpina,

complacido vagar por los pensiles
del sosegado Pó, como á tu Anfriso,
del crímen fatigado y de los hombres,
hallar en tu alma pura
el no violado é inocente asilo,
dó anidan la virtud y la ternura.

Fulmina, ó Jove: agote el infortunio
contra mí sus rigores:
persígame el poder: grave mis dias
horrenda proscripcion: niegueme esquivo
sus dones el amor: derrame el cielo
sobre mí sus incendios devorantes:
no verás á las quejas
mi labio abrirse, ni al dolor mi pecho,
si un dulce amigo en tu piedad me dejas.

Hijos de la amistad, almas queridas,
abrid los tiernos brazos
y el blando seno al amoroso vate.
Vosotros sois mi bien y mi tesoro:
¿qué es sin vosotros el vivir? si un dia
perderos debe el desgraciado Anfriso,
entonces, parca impía,
su existencia, ya inútil y enojosa,
lanza al abismo de la tumba fría.

IV.

Al mismo asunto.

¿Dónde, santa amistad, tu pura llama
anima á los mortales? ¿qué dichoso
clima ilustra tu rayo generoso,
ó en cuál region tu fuego se derrama?
¿en qué pueblo el luciente

Febo de cuantos dora
de la remota aurora
hasta dó muere el dia,
oye aclamar tu nombre dulcemente
en himnos de alegría?
   Tú del piadoso cielo fuiste dada
al mnndo, y con tu influjo soberano
en grata paz el venturoso hnmano
gozó los años de la edad dorada.
El odio enfurecido
y el interes inmundo
aun no el Orco profundo
lanzara sobre el suelo;
y vivió el hombre con el hombre unido,
digno de tí y del cielo.
   Mas ¡oh! cual leve sombra el inocente
siglo pasó y el tiempo afortnnado:
la negra envidia el hierro despiadado
puso en la mano á la sencilla gente:
viendo brillar su filo
contra el inerme pecho,
de tu altar, ya deshecho,
elevas temerosa
el presto vuelo, y al celeste asilo
te refugias llorosa.
   Hija de la virtud esclarecida,
¡oh! vuelve, vuelve al olvidado trono,
que profanó el mortal, cuando el encono
tiñó en sangre sn mísera guarida:
vuelve y la infanda guerra
doma y la triste ira:
tu suavidad inspira
en tiernos corazones,

y adore ya feliz la inmensa tierra
tus cándidos pendones.

V.

Los sentimientos de la humanidad no son incompatibles con la profesion militar.

A DON FRANCISCO JAVIER DE HORE.

«Pietate insignis et armis.»
VIRGIL.

De la herborosa sirte se desata
horrible tempestad: la luz serena
oscurece del sol y enluta el orbe:
el rayo brama en la encendida nube,
y rasgandole el seno,
su rápida carrera sigue el trueno.
Las cavernas retumban: los peñascos
estallan con fragor: vuelcan los rios
embravecidas ondas: las arenas
revuelve el mar sobre la adusta playa;
y los tristes humanos
alzan al cielo trémulas las manos.
Ese terror universal, que sienten
hombres y fieras, el sañudo silvo
del Noto asolador, la densa lluvia
que las campiñas cubre, ¿anuncia al mundo
su destruccion postrera
y de un ayrado Dios la saña fiera?
No: ya el veneno de la peste activo,

que en los calmados vientos escondia
el otoño febril, consume el rayo:
ya con sus fuegos cárdenos renueva
el caluroso ambiente,
y templa el alto sol del Sirio ardiente.
Y, esa incesante lluvia, que amenaza
de la afligida Pirra el triste siglo,
y aquel torrente, que el riscoso márgen
vence soberbio y acomete el campo,
á la estacion florida
preparan ya los gérmenes de vida.
Si, mi Javier: la próvida natura
ligó al forzoso mal el bien suave.
Bajo el estéril yelo crece oculta
la espiga del abril: al seco estío
los plácidos aromas
debe el frutal y las sabrosas pomas.
De esas montañas áridas, reliquias
volcánicas del globo, monumentos
de destruccion y ruina, se despeña
sembrando vida en la llanura el rio.
¿Quién, sino el mar sañudo,
dar libre paso á otro hemisferio pudo?
Maldiga el delicado ciudadano
la adarga y lanza del bravoso Marte:
cargue de execracion aquel primero,
que en breves tubos encerró la muerte,
y con industria fiera
el rayo abrasador robó á la esfera.
¿De qué fuerza sin él contra el impio
la sociedad se armara? ¿quién pudiera
de la agena ambicion vivir seguro?
¿Qué no osara la infanda tiranía,
si su furia traydora

no contuviese espada vengadora?

El tranquilo placer, que goza el hombre,
ya habite los palacios, donde brillan
la púrpura y el oro; ó retirado
al seno de Minerva; ó bien le cubra
techo de humilde paja; á guerrero,
debe al guerrero, que imprudente ultraja.

Y si cual suele el espumoso rio
minado el dique, la enemiga hueste
por las campiñas patrias se derrama,
de su indiscreta compasion entonces
el áspero castigo
ve de la humanidad el necio amigo.

Y ¿ no es humanidad la dulce vida
por la patria entregar? ¿ quién mas piadoso,
que el que defiende de opresion injusta
matronas, niños, jóvenes y ancianos,
y el incendio y la muerte
contra el inicuo usurpador convierte?

Hiere, si: mas tranquilo el caro hermano
descansa en brazos de la dulce esposa:
mata, y el suelo tiñe en roja sangre,
y espiga de cadáveres las lindes:
mas de feroz violencia
florece libre la paterna herencia.

Y si tal vez el enemigo fiero
las armas rinde á su valor, olvida
que fué enemigo; y le socorre hermano:
nunca hirió noble brazo al abatido,
que su piedad reclama:
sino al soberbio, que á la lid le llama.

Así modelo á la futura gente
de valor y piedad miró Sicilia
al gran Timoleon, cuando á los mares

medroso huyendo y derrotado el perro,
su libertad amada
gozó de Céres la feliz morada.

Justa cuanto horrorosa fué la prueba,
que á su austera virtud pidió el destino;
que en sangre fraternal manchó su patria,
mas sangre de un tirano. Agradecida
la ciudad de dos mares
al fuerte vengador erige altares.

Dios del corintio fué: mas ¡ ay ! crinada
de víboras la euménide sañuda,
ante sus ojos gira: ve teñido
de rojo humor el profanado techo,
y huye á climas lejanos;
ya endurecido á castigar tiranos.

Ofrecióle la altiva Siracusa,
libertada por él cetro y diadema:
diadema y cetro adornan la indignada
del fiero hermano macilenta sombra,
que de vil tiranía
odiosa imágen le persigue impía.
Y dice: «¿por qué, pues, yerto cadáver
allí á mi acento vengador caiste?
¿por qué yace á las fieras desperdicio
desde la infausta Escila al Lilibéo
el bárbaro africano,
si el yugo ha de oprimir al triste humano?

No: depongo el acero. Alzarlo manda
la humanidad sobre el feroz malvado,
que pide la corona y grita al hombre:
esclavo sé. Deber tan doloroso
ya dejé satisfecho,
y destrocé ¡infeliz! mi tierno pecho.

¿Brilló la libertad? basta la sangre:

¡eterna maldicion al que levanta
sobre hacinadas míseras ruinas
con hierro y llama en soledad horrenda
su injusto poderío,
y se atreve á decir: *el hombre es mio.*
Doliente humanidad, la lanza aguda
vibraré solo en tu defensa. Amigos,
no se dirá que al sanguinoso solio
subió Timoleon; ó que por tierra
tanto muro postrado,
tanto cnerpo de fuertes destrozado
Sirvió solo á mi orgnllo. En este asilo
lamentaré la víctima, qué el cielo
á inmolar me obligó. Goce Trinacria
la dulce libertad; y si algun dia
la amenaza un tirano,
pronta á vengarla encontrareis mi mano.»
Dijo; y el templo augusto de la fama
le abrió las puertas de oro. Tú, que aspiras
al sagrado laurel; tú, á quien ya vieron
pródigo de tu sangre las riberas
del lento Guadiana,
despojo á la ambicion gala y britana:
Y ansioso del peligro y la peléa
de noble intrepidez modelo fuiste,
no pienses que por la áspera carrera
del fiero Marte encontrarás la gloria,
si su furor violento
no templa la piedad con blando aliento.
¡Valor y humanidad! almas sublimes,
que oprime, mas no abate el infortunio,
almas nobles, defensa de la patria,
cuando la patria en su defensa os llame,
mientras yace olvidada

en ocio ingrato vuestra invicta espada:

Amad al hombre y socorredle. Un dia
ménos severo os mirará el destino:
y si tal vez á la espantada tierra
lanza Belona el grito de la muerte,
un corazon piadoso
sabreis llevar al trance riguroso.

¡Con qué placer te miro, dulce amigo,
levantar puro las augustas aras
de la santa virtud para los hijos
del implacable Marte! ¡cuán gozoso
entre su grito horrendo
la voz de la piedad estoy oyendo!

Vuela, alma generosa... De furores
fácil es inundar la tierra, fácil
verter de sangre caudalosos rios:
la grande empresa y ardua y solo digna
de un corazon sublime,
es consolar la humanidad, que gime.

VI.

La mañana.

Rompe la niebla el sonrosado dia
del apacible oriente,
y sobre el golfo de la aurora fria
renace el sol ardiente.

Por los inmensos orbes se derrama:
la natura adormida
siente el calor de su celeste llama
y ser recobra y vida.

Que si robó la luz al triste suelo

la noche silenciosa,
cuando mostró sobre el cenit del cielo
su frente pavorosa:

Ora lanzada al piélago de Atlante
el reyno de las horas
te cede, astro del dia rutilante,
que la tierra enamoras.

Ya el pajarillo por la selva umbría
salta en ligero vuelo:
los grillos rompe de la nieve fria
el tímido arroyuelo.

Abren su cáliz las nacientes flores,
y cefirillo osado
les roba en mil balsámicos olores
el beso regalado.

Todo es beldad. Hasta el breñal riscoso
verdura y rosas mana:
hasta el pantano estéril de oloroso
junquillo se engalana.

Caro Melanio, y tú, de las pastoras,
dulce Aristo, cuidado,
venid: gozad tan deliciosas horas
con vuestro Anfriso amado.

Que así del cielo la piedad alhaga
los míseros mortales,
y con placeres fáciles les paga
los no evitados males.

¿Por qué engañado en pos de su tormento
anhela el hombre insano,
cuando naturaleza á su contento
brinda con larga mano?

¿Quién recostado al pie de los laureles,
que agita el manso viento,
envidia los magníficos doseles

del pérsico aposento?

¿Quién el templado ambiente respirando
y el ámbar de la vega,
sueña en las glorias del funesto mando
y á la ambicion se entrega?

Jamas en débil leño oyó el bramido
del piélago inclemente
quien se adurmió una vez al blando ruido
de la emboscada fuente.

Otros se ciñan el laurel sangriento
del bárbaro Gradivo:
y bajo techo rústico el contento
me alhague á mí festivo.

Abre, natura, á un alma, que inspiraste,
tus brazos bondadosos.
Soy hombre: á ser dichoso me formaste,
y á hacer á otros dichosos.

VII.

A Alcino.

Imitacion de Horacio.

Huyó la nieve fria:
cobra el campo su yerba: el eminente
árbol su copa umbría:
ya menguado el torrente
besa humilde la márgen floreciente.

Ora que el verde manto
tiende sobre los valles primavera,
al son de dulce canto
va la ninfa ligera
hechizando con danzas la pradera.

Mas nadie, Alcino, fie
del sol alegre y el templado viento:
si ora Favônio rie,
el estío sediento
le lanzará de su florido asiento:

Para morir, apénas
vierta otoño pomífero sus dones
en las selvas amenas;
y luego en los peñones
rebramarán los crudos Aquilones.

En alas de las horas
rapidísimo el año se desprende:
mas de abril las auroras
tornan, si Febo asciende
al rojo toro, y el cenit enciende.

De enero las ruinas
mayo alivia: nosotros, si pasamos
las puertas diamantinas
de Aqueronte, quedamos
polvo y sombra, y al ser jamas tornamos.

Que no, Alcino, á mis brazos
te volverán de allí la dulce lira,
que entre pampíneos lazos
blando placer suspiras,
ni la santa piedad, que en tí respira.

No de aquellas mansiones
Cintia pudo librar su alumno amado:
las tartáreas prisiones
de Piritóo osado
romper á la amistad no le fué dado.

Goza, goza la hora,
que aunque fugaz, benigna se te ofrece:
de la parca traydora
te burla, y favorece

al desvalido, que á tu umbral fallece.
Cuanto placer gozares,
cuantos bienes con mano generosa
al pobre dispensares,
lo aumentas á la hermosa
vida, y lo libras de la tumba ansiosa.

VIII.

A la sabiduría.

Traduccion libre de Richardson.

Ya el ave de la noche
deja el oscuro albergue,
donde esquivó del dia
la lumbre refulgente:
y en tanto que las horas
veleño al mundo vierten,
entre las densas nieblas
sus negras alas tiende.
Con apagado canto
los vientos ensordece:
á meditar convida,
¡y el necio vil la teme!
De Palas atenéa
amor, salve mil veces:
yo al aviso severo
de tu voz obediente,
del templo, dó sus aras
tu augusta diosa tiene,
en la callada noche
saludo los dinteles.
Cuando la hermosa luna

su blanda luz estiende,
y la ilusion mentida
del mundo desparece:
ni la ignorancia osada
fingir colores puede,
que con doloso brillo
el pensamiento cieguen,
entonces ¡cuán benigna
del que á implorarla llegue
el silencioso voto
aceptará clemente!
Minerva ¡ó tú, del hombre
alivio dulce siempre!
¡ó delicioso orígen
de cándidos placeres!
En tus divinas aras
mi humilde ruego suene,
que de ambicion exento
el corazon te ofrece:
y de la luz guiado,
que grata me concedes,
á mas dignos objetos
aspiro noblemente.
No el mando suspirado,
no del Ofir los bienes,
no la flor venenosa
codicio de Citéres;
del humano deseo
ridículos juguetes,
son para el necio dichas,
y envidias para el débil.
A mí tu santa llama
benévola desprende,
que la inmortal belleza

de la virtud me muestre:
los mónstruos estermine
y la tiniebla ahuyente,
que del vivir la senda
infestan y oscurecen.
De un pecho puro dame
la alegría inocente,
y que tu ley divina
en mis afectos reyne.
Marchita edad tirana
las rosas del deleyte,
y á ser polvo en la tumba
aprenderán los reyes:
mas con verdor eterno
prosperan tus laureles,
ni del tirano olvido
la odiosa mano sienten.
Tú el corazon del sabio
benigna fortaleces
para arrostrar del vulgo
las mofas insolentes;
por tí al malvado huye,
no empero le aborrece:
de la maldad se indigna,
del vicio se conduele.
Salve: si tú lo animas,
vencer mi pecho puede
del hombre la injusticia,
las iras de la suerte.

IX.

A Berilo: rogandole que vuelva al Bétis á los brazos de sus amigos.

Asaz de nieve y yelo
el monte su cerviz mostró cubierta:
asaz del crudo cielo
la campiña desierta
sufrió el granizo destrozada y yerta.
El Noto proceloso
despoja á abril de su florida gala:
y silvando horroroso
la mies naciente tala
y el fuerte roble con la tierra iguala.
Al claro Bétis vimos
ceñuda levantar la ovosa frente,
y los troncos opimos
en su rauda corriente
llevar al Dios del húmido tridente.
Las míseras cabañas
del cierzo y de la lluvia heridas yacen;
y al pie de las montañas
malignas yerbas nacen,
que los hambrientos corderillos pacen.
Con dolorido llanto
el pastor sus mejillas humedece:
el tardo buey en tanto
bajo el yugo fallece
y el ganadillo trémulo fenece.
¿Cuál Dios ¡ay desventura!
invocarán los cándidos pastores?

tú, Pan, de la espesura,
que con tus ninfas mores,
sal coronado de espadaña y flores:
O tú, que del ganado
defensa y de las rubias mieses eres,
¡ay! sobre el yermo prado,
benigna madre Ceres,
la abundancia derrama y los placeres.
Mas tú á nuestros egidos,
dulce Berilo, ven: el cierzo fiero
templará sus bramidos,
y el mirto placentero
florecerá en las faldas del otero.
Que la amistad divina,
de los pesares dulce encantadora,
la tristeza termina,
y alhaga cuando llora,
y disminuye el mal y el bien mejora.
Al aherrojado Orestes
esento de temor Pílades vino;
y ni aceradas huestes,
ni el suplicio vecino,
ni del tirano el pecho diamantino
Su espíritu aterraron:
desciende al calabozo, y dulcemente
sus pechos se adunaron;
y templo refulgente
fue de amistad la cárcel inclemente.
Dejó en aquel momento
libre á Orestes la Erínnis vengadora
y el azote cruento:
ni la voz gemidora
resonó de la adúltera traydora.
Al reyno del espanto

Alcídes por su amigo descendiendo,
el sempiterno llanto
cesó y el ronco estruendo
y del trifauce can el grito horrendo.

X.

La vida humana.

¿No ves, Fileno, en la florida espalda
de aquella umbrosa sierra y eminente
como un hilo de plata entre esmeralda
nacer bullendo imperceptible fuente?
y ¿cuál resbala por la herbosa falda
tan tenue y fugitiva su corriente,
que del aura sutil aun no es sentida?
así comienza nuestra frágil vida.

Véla despues, cuando segura pisa
del primer llano el floreciente suelo,
con otras varias en alegre risa
ya convertida en plácido arroyuelo.
Ora por los declíves baja aprisa
buscando el valle con risueño anhelo:
ora lenta, la selva circundando,
con las flores del márgen va jugando.

O bien, ya mas audaz, por la cascada
se precipita á la profunda umbría,
donde entre densas nieblas asombrada,
al prado sale á ver la luz del dia.
Deslizase del susto ya olvidada,
siendo del campo hechizo y alegría,
sobre alfombras de nacar, oro y grana,
y es viva imágen de la infancia humana.

Mírala luego montaraz torrente,

su caudal con las lluvias aumentando,
que veloz, atrevido é impaciente
por pedregosos valles va sonando:
apenas sufre ni el marmóreo puente,
ni el márgen, que acomete rebramando,
ni el firme robledal de su ribera,
ni el monte que se opone á su carrera.

Ya llega á la escarpada catarata,
y sin mirar su riesgo, obedeciendo
al ímpetu, que ciego lo arrebata,
se lanza á los abismos con estruendo;
yace entre espumas de nevada plata
aprisionado su furor gimiendo:
y las ondas, al viento abandonadas,
tiñe el sol de colores variadas.

Mas ya del hondo páramo se eleva
sobre el risco muzgoso, que lo ataja;
y á la campiña, que de pompa nueva
vistió el mayo gentil, ayrado baja:
redil y chozas por delante lleva,
y la encina firmísima desgaja:
y templado jamas y siempre altivo
es de la juventud retrato vivo.

Allí aumentado á caudaloso rio,
la estendida llanura dominando,
por los ribazos de su márgen frio
con magestad tranquila va pasando:
no le amedrenta ni el sediento estío,
ni el sol, que le amenaza fulminando:
y sosegado en su feliz carrera,
mengua no teme y crecimiento espera.

Mírale con que orgullo desdeñoso
recibe los tributos, que á porfia
le rinden, ya el torrente impetuoso,

ya el manso arroyo de la selva umbría;
la ribera, que el valle delicioso
con raudal apacible florecía,
pierde su nombre, y en sonoro estruendo
por el cauce fatal entra gimiendo.

Mas adelante otro soberbio halla
tan audaz, tan valiente y tan crecido
opuesto en su camino. Undosa valla
alzan las aguas: dóblase el bramido:
disputan en acérrima batalla
de quien todo el caudal irá regido:
vence, é hinchado la corriente eleva,
y esclavizado á su contrario lleva.

Ingrato al bosque amigo, que acopado
le adornó con sns sombras placenteras;
pérfido al muro, que besó humillado
cuando apenas llenaba sus riberas,
bate, si crece, el torreon alzado,
los troncos vuelca, inunda las praderas:
no hay ley, no hay freno, que su furia atajen,
y es, mortal, de tus vicios triste imágen.

Mas ya su curso, en pasos tortuosos
quiebra lánguido y débil: mil corrientes,
que van á herir los márgenes limosos,
parten su fuerza en pequeñuelas fuentes:
aquel caudal, que muros generosos
combatiera y ciudades florecientes,
es solo inerte masa y estendida,
al soplo de los vientos sometida.

Ya, aunque indignado, ve que lo reprimen
puentes soberbios, muelles elevados:
que sus raudales retorcidos gimen
del espolon macizo quebrantados;
que mil bajeles la cerviz le oprimen,

de riquezas y crímenes cargados.
Del mar vecino la amargura siente;
imágen tuya, ó senectud doliente.
Ya la cerúlea espalda amedrentado
ve al ponto inmenso, que sorberle espera:
ya solícito escucha y aterrado
el contínuo rugir de la onda fiera:
ya á su pesar camina arrebatado
al tablazo estendido, donde muera:
ya la mar le recibe dividida;
y así, Fileno, acaba nuestra vida.

XI.

A Tirsi: el temor de lo venidero es inútil.

Desprendióse Aquilon del polo umbrío:
ya lento el arroyuelo
corre apénas, cuajado el cauce frio
en prisiones de yelo.
Y la flor, que de perlas salpicada,
á su orilla crecia,
marchita, entre la nieve sepultada,
su belleza natía.
Ya el labrador en reja brilladora
trueca el pértigo ardiente,
y tras la tarda yunta de la aurora
mira la luz naciente.
Abre en tendido sulco el almo seno
á la fecunda tierra;
y entre la nieve, de esperanzas lleno,
pródigo el grano encierra.

Y espera el fruto á su industrioso anhelo
en mieses abundosas,
cuando mayo gentil al fértil suelo
vierta encendidas rosas.

Mas antes ¡ay! que en la vernal morada
del Aries nazca el dia,
tal vez su vida y su esperanza amada
segará parca impía.

Ultimo invierno, Tirsi, el hado triste
dará á tu vida acaso
el que ora en tempestad sañuda embiste
los piélagos de ocaso.

Saber el fin, que decretó el destino,
no es dado á los mortales:
¿qué vale, Tirsi, con temor mezquino
aumentar nuestros males?

Reyne en tu pecho el plácido alborozo,
y el necio afan alanza;
ni pierdas, caro amigo, el cierto gozo
por dudosa esperanza.

La edad caduca por fatal sendero
vuela á la tumba oscura.
Goza el tiempo, que es tuyo: el venidero
¿quién, Tirsi, lo asegura?

XII.

A Dalmiro: deben abandonarse los cuidados.

Imitacion de Horacio.

¿Qué te importa, si el galo belicoso
vence, Dalmiro mio,

el Rin soberbio, ó en el Alpe helado
tremola sus pendones victorioso?
ó si el britano impío,
del orbe separado,
los piélagos altera
y llena de terror la playa ibera?
¡Ah! ¡cuan pequeño afan á nuestra vida
impuso el justo cielo,
cuando con blanda voz naturaleza
á gozar de sus dones nos convida!
No, pues, el vano anhelo
de la infausta riqueza,
ni el inútil cuidado
de hoy mas perturbe el pecho sosegado.
Si: que la juventud cual leve viento
huye precipitada,
y la árida vejez con planta odiosa
huella la flor mas tierna, de su aliento,
de su albor despojada.
No igual la luna hermosa
muestra siempre el semblante,
ni igual despide el sol su luz brillante.
¿Por qué, pues, con empresas superiores
á la flaqueza humana
el ánimo caduco fatigamos?
ciñe, ó Dalmiro, de olorosas flores,
ciñe la sien ufana;
y mientras que gozamos
de nuestro abril florido,
las penas enojosas da al olvido.
Y riberas del Bétis delicioso
alegres discurriendo,
en grata union á la amistad divina
entonemos el himno sonoroso:

y luego el manso estruendo
de fuente cristalina,
la noche y Filomena,
convidarán á la quietud serena.

XIII.

A Albino. La felicidad consiste en la moderacion de los deseos.

Imitacion de Horacio.

Descanso pide al cielo el navegante
cuando entre niebla oscura
se oculta Febe, ni su luz brillante
da cierta Cinosura.

Descanso pide el galo belicoso,
domador de naciones:
descanso el anglo, cuando el mar undoso
discurren sus pendones.

Mas ¡oh! no el triunfo de la guerra impía,
dulce Albino, lo adquiere,
ni cuantas perlas y oro Febo cria
adonde nace y muere:

Sino el parco vivir, la sobria mesa,
el pecho descuidado,
que la ambicion no aguija, ni embelesa
el interes malvado.

Y el dócil corazon, que blando cede
á la fortuna ciega,
y entre el placer, que grata le concede,
olvida el que le niega.

¿Por qué en deseos el mortal destruye
la breve edad, que alcanza,

y en pos del bien mentido, que nos huye,
anhela la esperanza?

¿Por qué otro sol buscando y otras tierras
inquieto, dí, te agitas?
Sí de la amada patria te destierras,
á tí jamas te evitas.

Goza el placer, que próvida natura
te ofrezca sin desvelo:
templa con blanda risa la amargura,
que te destine el cielo.

¿Quién es feliz en todo? si al contento
va la desgracia unida,
alhaga con el bien tu pensamiento,
y el mal futuro olvida.

Febo te dió su lira numerosa:
la virtud un amigo;
rompe la venda á la ilusion dañosa
y vive ya contigo.

XIV.

Invocacion del poema de Lucrecio: De rerum natura.

Madre de los romanos, alma Vénus,
deleyte de los hombres y los dioses,
que el navegable mar, la tierra fértil,
producidora de los frutos, llenas
con tu nombre divino: tú, que el orbe,
que los astros girantes señoreas;
tú, por quien se conciben los vivientes
y á la luz pura de los cielos nacen,
tú el Aquilon sañudo, tú la bruma
del escarchado invierno al polo ahuyentas;

que apénas apareces, la morada
de Céres brota flores, te sonríe
el estendido ponto, y resplandece
con blanda llama el sosegado viento:
y cuando la rosada primavera
abre las puertas del fulgente dia,
y el amoroso Céfiro, rompiendo
la prision del ocaso, alhaga el mundo,
el coro volador de dulces aves
anuncia tu llegada, el tierno pecho
herido con tu harpon: rebaños, fieras
por entre alegres yerbas van saltando:
pasan ligeras los veloces rios;
y el atractivo del placer siguiendo,
dó quier las llamas, obedientes vuelan.
Tú el blando amor esparces, ya en los campos,
que pinta el ledo abril; ya en las montañas,
ya en los senos del piélago rugiente.
De amor llenas la selva: «amor» resuenan
las frondosas mansiones de las aves;
y así del ser la llama fugitiva
por tu divino influjo se propaga.
Inspira tú mi acento, tú, que el mundo
y la natura mandas: nada amable,
nada alegre es sin tí: nada del dia
goza sin tí la refulgente lumbre.

XV.

Poder de la imaginacion en el sueño.

Traduccion de Delille.

Así en contínua accion la fantasía

discurre á su placer: pinta, engrandece
y produce fecunda. Cuando al orbe
tiende la quieta noche el negro velo,
y duermen vientos, piélagos y selvas,
¿quién no siente su activo poderío?
Cual resuena vibrante el duro bronce,
aun despues de pulsado: cual la barca,
impelida una vez de fuerte brazo,
no olvida el remo y sobre el agua vuela,
así aun en la quietud se agita el alma,
á los impulsos, que sintió, obedece,
y la noche en sus cuadros copia el dia,
y eco los sueños son de las ideas.
El pincel delirante á veces une,
separa á veces sin razon ni tino,
y muda y desconcierta los objetos:
como en el claro espejo de las ondas
vemos pintarse el inclinado tronco
superior á su copa, la alta nube
por el profundo abismo circulando,
la tierra bajo el agua, los corderos
en la mansion del pez, y los arroyos
corriendo por la bóveda del mundo:
mas el alma del cuadro no varía.

Soñando el orador divide en partes
su sermon y fastidia al auditorio.
Soñando el juez, por la chillante rueda
de una elocuencia bárbara arrullado,
duerme en el tribunal: sueña el ministro
y su desden y gravedad ensaya,
y estiende al memorial la corta mano:
en sueños el actor sobre la escena
su accion desplega y su mirada firme:
en pos corre el autor del consonante

y de la liebre el cazador: descubre
el avaro infeliz nuevos tesoros.
Sueña el grande veneras: y al mendigo,
benéfico Pentievre, el llanto enjugas.
Del caro amigo, cuya ausencia llora,
el amigo en sus sueños vé la imágen:
la hora recuerda, reconoce el sitio,
en que la acerba y triste despedida
con silencioso lloro prolongando,
inmóbiles sus ojos le siguieron.

¿Describiré el delírio de un amante,
y aquellos dulces sueños, que enriquece
con ilusiones plácidas Morfeo?
Palpitando el amor y la esperanza
en su anhelante seno, vé y escucha
la celeste beldad, que lo enamora.
Sobre el clavel purpúreo de sus labios
muere el desden, y nace blandamente
la lánguida sonrisa del cariño...
Mira ¡ó felicidad! mira sus brazos,
sus regalados brazos estenderse,
y en amorosos nudos rodearle...
Recibe el beso ardiente del deseo...
tiembla bajo la mano encantadora,
que lo acaricia... El refulgente dia
envidiará al nacer, ó noche oscura,
tus prestigios: ¿qué mucho, si en el nectar
del dulce amor empapas tus veleños?

XVI.

A Albino.

Tú del sacro Helicon, mi dulce Albino,
ascendiste á la cumbre soberana,
y fuiste en ella honor del almo coro;
para tí su divino
mirto Vénus ufana
cultivó entre los nácares y el oro:
y si imitas de Apolo el sacro acento,
y de su noble aliento
celebras la victoria
en desusada lira,
el refulgente ramo de la gloria,
que adora el Bétis, por tus sienes gira.

Mas no por igual senda el dios de Delo
á la inmortalidad próvido guia
cuantos bebieron la Castalia fuente:
cual el templado cielo
canta y la selva umbría
y del manso arroyuelo la corriente.
Cual de celeste ardor arrebatado,
levanta el vuelo osado,
y el soberano asiento
de Júpiter temido
describe audaz y el vasto firmamento
á su voz poderosa estremecido.

Cual las revueltas haces y el horrendo
carro de Marte y la homicida guerra
y el hasta de Belona ensangrentada
y el pavoroso estruendo,
con qne al mortal aterra

la trompa, por las madres detestada.
Cual el dulce solaz de los pastores,
los tranquilos amores,
dirá y el ocio blando:
y cual del generoso
Baco, la copa alegre vaciando,
celebra agradecido el don precioso.
Mi musa no las rosas y alelíes,
que alhaga ledo con raudal sonoro
el Permeso apacible, altiva quiere:
ni orientales rubíes,
ni las coronas de oro,
que Febo á sus alumnos repartiere.
Si modesta viola, malva errante
ó girasol amante,
tegieren mi guirnalda,
entonces tu glorioso
triunfo del Pindo en la canora falda
admirado veré, mas no envidioso.

XVII.

A Fileno: el sosiego de la virtud.

¡O mil veces feliz quien del profano
vulgo no conocido,
burla de la ambicion el dardo insano,
y se acoge al retiro apetecido!
La paz, ó mi Fileno,
la paz lo alhaga en su amoroso seno.
Y respirando el aura deliciosa
de la santa alegría,
gozoso y grato en voz armoniosa
himnos entona al hacedor del dia,

cuando del rojo oriente
eleva Febo la encendida frente.

Y cuando al ocultar su lumbre pura,
la noche sosegada
va descubriendo entre la niebla oscura
de luces mil la esfera iluminada,
canta el poder divino,
que señaló á los astros su camino.

¡Ah! no en vano á su vista resplandece
la tierra engalanada
con las riquezas, que al mortal ofrece:
su alma pura, de gozo enagenada,
recibe el don precioso,
y humilde adora al bienhechor glorioso.

No la homicida trompa á los furores
y á las lides lo inflama,
ni del pérfido dios de los amores
arde en su pecho la funesta llama:
tú, virtud, sola eres
la fuente perenal de sus placeres.

¡Hija del cielo! tu favor divino
¿podrá serle negado
al que contrario y bárbaro destino
arranca del sosiego suspirado,
ligandolo inclemente
con duro lazo á la perversa gente?

¡Ah! no: vierta en el mundo su veneno
la maldad orgullosa:
del varon justo el no manchado seno
será de la virtud morada hermosa;
y aquel sagrado abrigo
no violarán ni el crímen, ni el castigo.

XVIII.

La gloria de los hombres benéficos. (1)

Reyna ya en nuestros climas: la ribera,
beneficencia santa, te convida
del olivoso Bétis, dó florida
se complace la amable primavera:
aquí dó reverbera
cayendo en occidente
la amortiguada luz del sol hermoso,
erige, erige el trono venturoso,
y triunfa eternamente.

Héroes de paz y bendicion, la gloria
os ceñirá de plácidos laureles:
no con manos sangrientas y crueles
los rociará la bárbara victoria,
ni mostrará la historia
de innumerables hombres
sobre el campo los restos hacinados;
ni de sn sangre y maldicion cargados
vuestros augustos nombres.

Difundis del saber la lumbre clara,
de la virtud los celestiales dones;
y graba en los humanos corazones
el dulce amor vuestra memoria cara.
Allí el cielo os prepara
mas grato monumento,
que cuantos sobre el campo devastado
la mano erige del feroz soldado

(1) Leida en junta general de la sociedad patriótica de Sevilla en 24 de noviembre de 1800.

al vencedor sangriento.
A vuestra voz confuso desparece
el ocio y el error: dó espino rudo
pobló las vegas, entre el yelo agudo
ya la naciente espiga reverdece.
Al labrador ofrece
la selva engalanada
entre colgantes flores fruto opimo:
ya de la hojosa vid pende el racimo
en la roca escarpada.
Por vos el sabio á la mansion ardiente
se eleva de la luz, madre del dia,
y del celeste giro la armonía
audaz revela á la admirada gente.
En el nítido oriente
señala la aurea cuna,
dó nace el sol tras la rosada aurora,
y el desigual semblante, que colora
á la argentada luna.
O quando de Aquilon la nave herida
del mar desierto en la escollosa plaga,
rotas velas y antena, incierta vaga
de las hinchadas olas combatida,
la senda ya perdida
al marinero yerto
señala en el fanal, que el polo luce,
y de la cara patria lo conduce
al suspirado puerto.
Por vos el genio á la natura hermosa
vencedor roba el misterioso arcano,
y noble don del cielo soberano,
no se adormece en languidez ociosa.
La juventud fogosa

busca en las sabias lides (1)
el verde lauro del pastor de Anfriso:
por vos no envidia Bétis al Iliso
sus Hiparcos y Euclides.
¡Ah! si á la yedra de Helicon luciente,
de mi cítara humilde pompa altiva,
Minerva entrelazó la sacra oliva
del ramo, que á Newton ciñó la frente,
vuestro es: el pecho ardiente
en juvenil anhelo
de excelsa gloria y de saber ardia:
y con el premio, que los genios cria,
me ensalzasteis al cielo.
Y tú, amable niñez, dulce esperanza,
dulce amor de tu patria; ¡cuán piadoso
de vuestro labio de carmin gracioso
admite Dios el himno de alabanza!
Dios de bondad, tú lanza
al denegrido Averno
el vicio; y en mil hierros oprimido,
jamas de la inocencia el feméntido
empañe el lustre tierno.
Mas ¿veis? ¿ó bien encanto delicioso
me engaña? yo la miro: ledo brilla
entre el amado coro, que acaudilla,
mas que de humana su semblante hermoso.
Ora del Pindo umbroso
sobre la lira mia,
blandas rosas, lloved: la virtud canto:
resuene en Helicon su nombre santo

(1) La sociedad propone premios anuales á los discípulos mas sobresalientes de las tres clases de matemáticas, que estan á su cargo.

con mas grata armonía.

Elisa (1), salve, ó tú, de nuestro suelo,
del Bétis dulce gloria. Salve, amada
siempre y digna de amor: tú fuiste dada
á nuestra patria del benigno cielo.
Por tí su justo celo
anima el virtuoso;
y al ver de la bondad la imágen pura,
tiembla el crímen audaz y en noche oscura
se esconde tenebroso.

Tú en la niñez de la virtud derramas
el fuego que tu pecho ha consumido.
Tal vez, amante esposo, complacido
verás embellecer sus puras llamas
á la beldad que amas;
y con blanda sonrisa
dirás feliz: «la cándida inocencia,
la dulce paz, la celestial prudencia
adoro en tí de Elisa.»

Vive feliz, y si á la lira mia
triunfar del tiempo edaz fué concedido,
tu gloria vivirá libre de olvido
desde la aurora hasta dó muere el dia:
y mientras la fe pia,
el ánimo elevado
y la bondad no odiaren los mortales,
cual nuncio de favores celestiales
será tu nombre amado.

(1) La señora marquesa de Paradas se ha consagrado á la educacion de la niñez en una de las tres amigas gratuitas erigidas por la sociedad. Es de esperar, que tan noble ejemplo, seguido por otras señoras, contribuya poderosamente á mejorar la educacion del bello sexo.

Hijos de Apolo, ¿y la gallarda frente
doblareis mas ante el guerrero injusto ?
¿ Postrareis á sus pies el lauro augusto,
que habeis cogido en la castalia fuente ?
De Gradivo inclemente
olvídese la ira,
ó virtud, por tus cándidos pendones:
abrase vuestros nobles corazones
el fuego, que me inspira.
Las trompas arrojad: de Pirro alabe
otro y de Aquíles los funestos nombres:
mi lira, bienhechores de los hombres,
solo cantar vuestras hazañas sabe:
y mientras Delio acabe
su perpétua carrera
del mar de Iberia en las espumas frias,
vuestra gloria inmortal dirán los dias
á la edad venidera.

XIX.

La felicidad pública. (1)

Sobre las cuerdas de mi lira vuela
el cántico del bien, ora que tiende
la dulce paz sus blancos pabellones,
y de la adusta frente los guerreros
el yelmo ensangrentado desenlazan.
Héroes de maldicion, el hierro impío
y el tronante cañon dejad: la tierra,
ya saciada de sangre y de ruinas,

(1) Leida en junta general de la sociedad patriótica de Sevilla en 24 de noviembre de 1802.

á ser feliz sin vuestra espada anhela:
y tú, felicidad, del alto cielo
el mas precioso don, mi acento mueve:
enseña por mi voz á los mortales
el arte de gozar; y la hermosura
de la santa virtud brille á sus ojos:
cual otro tiempo á cándidos pastores
en la dorada edad tú amanecias
con los primeros rayos de la aurora;
y al derramar los sueños deliciosos
la oscura noche, libres de cuidados
en tu materno gremio reposaban.
¿Por qué el hombre olvidó la ley suave,
que le dictaste entonces? el deséo
del bien de los demas ¿por qué no anida
en el humano corazon? Mortales,
solo á este precio lograreis la dicha.
¡Quién me diese exhalar del pecho mio
el fuego bienhechor que lo consume,
y en los helados ánimos lanzarlo!
tú, ambicion del poder: tú, del Averno,
pálida envidia, reyna: tú, vil odio,
de insaciables serpientes devorado:
vosotras, pestes del horrendo Erebo,
al patrio abismo huid: libre la tierra
de la ominosa hueste, en el humano
el ya feliz humano se complazca.
Labra, ó natura, en tu escondido seno
el hierro bienhechor: labra, no temas:
que no ya el hombre en homicida punta
ó alfange corvo tocará tus dones;
ni sepultado en el amigo pecho
el pérfido puñal, horrorizadas
gemirán tus entrañas maternales:

mas convertido el mineral precioso
en reja aguda, de la hermosa tierra
penetrará los escondidos senos,
y hará brotar la fuente de abundancia.
Desde las altas sierras desatados
derramarán el gérmen de la vida
sobre las vegas los fecundos rios:
no ya enrojecerá la sangre humana
su raudal puro, ni Eco en sus riberas
del bronce asolador el estallido
lanzará flébil al remoto golfo:
mas el sonido de la dulce avena
y el canto del amor sobre sus ondas
resbalará tranquilo: el Euro leve
lo llevará, cuando la aurora nace,
desde los labios del pastor querido
al redil de su bien: dulce el Favonio,
cuando el sol muere, en sus purpúreas alas
lo alhagará, y á la cancion suave
sonreirá amante la gentil pastora.

Rodeará en tanto á la fecunda madre
la prole de su amor: no de su gremio,
del gremio maternal el hijo insano
se arrojará tras el fantasma impío
de gloria funeral, ni de la trompa
el ronco son aterrará sus lares.
Cual la robusta encina, que vegeta
desde el antiguo siglo, no insultada
del uracan, verá los dulces hijos
á su lado crecer. Firme y profunda
la virtud en sus ánimos se asienta,
como el monte, que estriba sus raices
en las bases del mundo. El padre amante
sobre la esteva del arado espera

la risa matinal. Trabajo y premio
son su felicidad: el verde prado
da á su rebaño pasto delicioso
entre las bellas hijas de la aurora:
sobre su frente, del sudor cargada
y de la honrosa ancianidad, tranquilos
se multiplican del placer los dias.
Mas ¿cuál prora veloz el ancho golfo
rompe en sulco espumante? La alegría
y el bien lleva á las márgenes remotas,
y el bien traerá á los campos de su patria.
Pacífico habitante de la cuna,
dó en los brazos del Euro nace el dia,
goza tranquilo tan feliz morada.
No, Gánges, tus riberas florecientes,
ni tu sacro raudal enrojecido
verán los dulces pueblos de la aurora.
Y vosotras, mansiones del ocaso,
que veis templarse en los inmensos mares
el carro abrasador, que dora el cielo,
no temais: no ya viene la alta nave,
de muerte, luto y destruccion preñada,
á espigar de cadáveres los campos
y á trocar sangre y crímenes por oro.
Solo viene pacífica á ofreceros
los dones, que derrama la natura
en los prados del Bétis. Las riquezas,
que el abismo del piélago espumoso
y el fiero Noto separó del hombre,
en busca suya vuelan á otros climas
bajo las alas de tranquila popa.
Así el mortal, fundando su ventura
en la dicha comun de sus hermanos,
une en lazo de paz entrambos orbes.

¡Dulce ilusion! vosotros, ó felices,
ó gloriosos varones, de la patria
á un tiempo la esperanza y la delicia,
á vosotros el cielo ha concedido
dar vida á mi ilusion. Sientan las almas,
del bien comun y de virtud sedientas,
brillar sobre las márgenes del Bétis
un nuevo sol de nueva edad de oro.
Haced bien, instruid: que agradecida
de la posteridad la inmensa prole
esculpirá en el templo de la gloria
vuestro nombre y loor. «Aquel primero,
dirá, sembró de refulgente lumbre
la senda del deber, y las lecciones
del mutuo amor dictaba á los mortales.
Aquel de nuevos gérmenes poblaba
las patrias vegas, y el vigor natío
su genio agricultor enriquecia
de la fecunda tierra. Sobre el Pindo
se sació aquel de la inspirante onda,
y cantó la virtud y los solazes.
Cual la balanza, que equilibra el mundo
enseñaba, y la fuerza, que arrebata
al sol ardiente el pálido Saturno,
y entre argentadas lunas lo sostiene.
Y cual en fin con sobrehumano acento
á la admirada juventud corria
el velo del empireo: *Dios, mortales,*
un Dios de amor vuestro destino rige.
El dulce amor es la virtud hermosa,
y eternidad de amor será su premio.»
Así dirá: y en el sepulcro frio
vuestros callados manes escuchando
las bendiciones de la edad futura,

gozarán otra vez del bien que hicieron.

XX.

El triunfo de la tolerancia. (1)

¡Ay! ¿cuándo brillarás, felice dia,
en que estreche el humano
con el humano la amorosa diestra?
¿cuándo será el momento, que destierre
á la olvidada historia
el grito funeral de guerra y gloria?
Dulce beneficencia, tú del cielo
el don mas delicioso,
del mísero mortal desconocida,
¿á dónde, á donde fijarás tus aras,
cuando en tu fuego ardiente
se purifique la malvada gente?
¡Ah! desciende: tu santo trono sean
rendidos corazones,
y la virtud tu sacrificio: estiende
el cetro bienhechor, que te confia
el hacedor del mundo,
y llena el orbe de tu ardor fecundo.
¡O tantas veces tanto suspirada
de las almas sensibles,
y apénas á sus votos concedida!
ven: contigo la paz, la tolerancia,
y la amistad hermosa
embellezcan la tierra ya dichosa.

(1) Leida en una sociedad de beneficencia, cuyas reuniones se celebraban en el local de la extinguida inquisicion de Sevilla.

Que asaz de sangre retiñó su acero
el fanatismo impío,
de la máscara hipócrita velado:
asaz quemó su antorcha asoladora,
á la ambicion prestada,
del inocente la infeliz morada.

Si: yo los vi: ¡los monstruos! de ira ardiendo,
sedientos de venganzas,
invocaron á un Dios de mansedumbre:
en su sangre de amor fieros mojaron
los agudos puñales,
y á destrozar volaron los mortales.

¡O tristes campos de la antigua Albiga!
¡ó cavernas del Alpe!
¡ó noche infanda de delito y muerte,
en que el furor sagrado y la perfidia
y la ambicion insana
las Galias inundó de sangre humana!

Y tú ¡ó España, amada patria mia!
tú sobre el solio viste,
con tanta sangre y triunfos recobrado,
alzar al monstruo la cerviz horrenda,
y adorado de reyes,
fiero esgrimir la espada de las leyes.

¡Execrables hogueras! allí arde
nuestra primera gloria:
la libertad comun yace en cenizas
só el trono y só el altar. Allí se abate
bajo el poder del cielo
del libre pensamiento el libre vuelo.

¿Dónde correis, impíos? ¿qué inhumana,
que sed devoradora
de sangre y de suplicios os enciende?
¿No veis en esa víctima sin crímen,

que la impiedad condena,
de la patria la mísera cadena?

Y ¿qué, grande Hacedor, en nombre tuyo
siempre el mortal perverso
degollará y oprimirá? Creando,
cual es su corazon, un Dios de ira,
¿volará á las matanzas
invocando al señor de las venganzas?

Mas ¡ay! ¿qué grito por la esfera umbría
desde la helada orilla
del caledonio golfo se desprende?
hombres, hermanos sois, vivid hermanos:
y vuela al mediodía
y al piélago feliz dó nace el dia.

Si: que una vez el Hacedor benigno
dijo: *que la luz sea*,
y fué la luz. Tronó sereno el cielo,
y desde el Tajo hasta el remoto Gánges
desplómanse al abismo
las aras del sangriento fanatismo.

Salud, mundo infeliz: ya destruido
ves el imperio horrendo,
que levantó el error: ya se oscurece
al celestial aspecto de la lumbre
la abominable hoguera,
que un diluvio de sangre no extinguiera.

¡Ay! que ya del oceano saliendo
la lumbre bienhechora,
por los iberos campos se dilata.
¡Ay! que ya las riberas inundando
del levítico Bétis,
llega á las playas últimas de Tétis.

Mas ¡oh! ¿dónde se fija? ¡ó santuario
por siempre respetable,

otro tiempo espelunca de furores!
sí, santa luz: dó tus reflejos miro,
allí con luz sombría
de la supersticion la antorcha ardia.
Ardia, sí: y los hombres engañados,
que deslumbró su fuego,
allí mismo la muerte fulminaban,
en tu nombre, ó Señor de las piedades:
allí, allí los insanos
degollar meditaban sus hermanos.
Y la calumnia, como sierpe astuta,
que sus vestigios borra,
la víctima inocente sorprendia:
y pérfida de Témis la balanza
oprimió al acusado
con el peso de un Dios de furia armado.
Ese humbroso oriente, ese divino
raudal inextinguible
de saber, de bondad y de clemencia,
fué trono de feroces magistrados,
cuya justicia impía
vengar de Dios la injuria presumia.
¡Olvido eterno á su crueldad! y sea
castigo á tanto crímen
el perdon, que las víctimas conceden.
Si es posible, tu velo, ó tolerancia,
sepulte sus errores,
y tú, prole futura, los ignores.
Hijos gloriosos de la paz, el dia
del bien ha amanecido:
cantad el himno de amistad: que presto
lo cantará gozoso y reverente
el tartáro inhumano
y el isleño del último océano.

POESIAS AMOROSAS.

I.

La primavera.

Huyó el sañudo invierno,
y en la templada esfera
sobre las alas del Favonio tierno
brilla la primavera.
Y su guirnalda hermosa
risueña deshojando,
de blanco lirio y encendida rosa
las vegas va sembrando.
No ya de nieve helada
yace el prado cubierto,
ni de amores la selva despojada,
ni el monte triste y yerto.
Que es delicia del cielo,
cuando nace, la aurora,
y ámbares vierte, y el fecundo suelo
de blanda luz colora.
Ya pulsa el harpa de oro
la bella Citeréa,
y en tiernas danzas su festivo coro
los oteros rodéa.
De mirto, pues, y flores
la frente coronemos,
ó Dalmiro, y al dios de los amores
dulces himnos cantemos.
La juventud convida,
y entre clavel y rosa

brinda la ilusion vana de la vida,
aunque vana, gozosa.
Que luego, edad tirana,
las dichas desvaneces:
y del mortal la plácida mañana
no brillará dos veces.
¡Ay! huye la alegría
tu rostro macilento,
y entre tus densas sombras, parca impía,
se pierde en un momento.
De la fatal guadaña
no hay abrigo seguro:
que así hiere la mísera cabaña
como el soberbio muro.

II.

A Elisa.

Cuando á los campos sales, bella Elisa,
se reverdece el prado:
brota la selva amor y el cielo risa,
y ledo trisca el jugueton ganado.
Las márgenes del rio á tu hermosura
tributan amorosas
sobre lechos de plácida verdura
cándidos lirios y encendidas rosas.
El ave te saluda dulcemente;
cuando en la selva amiga
contra el sol en los fresnos de la fuente
cual bajo manto maternal se abriga.
Y cuando á ocaso entre celages de oro
decline el rayo estivo,
tejerán los zagales dulce coro

al son del arroyuelo fugitivo.
    Y allí tu nombre el amoroso canto
y tu desden gracioso
celebrará, y la risa y el encanto,
que enagena al pastor mas desdeñoso:
    Y luego en los alisos de la cumbre
lo grabarán risueños:
y cuando siga á la vencida lumbre
la noche oscura derramando sueños;
    Con frescas y apacibles enramadas
ornarán tus umbrales,
y para tí de pomas sazonadas
esquilmarán los fértiles frutales.
    Luego vendrá la sonrosada aurora,
y en tu serena frente,
que la inocencia plácida colora,
nacerá un sol mas bello y refulgente.
    Así en gozoso círculo girando
tu juventud florida,
de la beldad los triunfos disfrutando,
en contínuo solaz gozas tu vida.
    Ama, Elisa gentil. Sereno el cielo
ora brilla y tranquilo:
de la edad teme el inminente vuelo,
y contra su furor busca un asilo.

III.

El convite del pescador: traduccion del Metastasio.

    Ven, ya baja la noche, amada mia:
y en la fresca ribera

respirarás de la marina fria
el aura placentera.
Ven, dulce amor: su delicioso aliento
gocemos en la arena,
ora que el soplo del Favonio lento
crespa la mar serena.
Deja, mi Elisa, la feliz cabaña,
que alberga tu hermosura,
y descienda el placer de la montaña
á la playa segura.
Cuando esparce la noche el negro velo,
mas lucientes y bellas
verás el claro mar, émulo al cielo,
retratar sus estrellas:
Y en ascendiendo á la celeste cumbre
la luna sosegada,
rielar en largo surco su alba lumbre,
por las ondas quebrada.
Y cuando nazca el sonrosado dia,
al son de ruda avena
te contaré, dulce zagala mia,
mi enamorada pena.
O si mas, bella Elisa, te recréa,
entre las blandas flores
de Glauco ó de la linda Galatéa
cantaré los amores.
Tú con dorada caña y corvo anzuelo
pescadora y zagala,
las deidades del mar y las del suelo
envidiarán tu gala.
¡Ah! no ya el pez se salvará escondido
tras el peñasco algoso:
que vendrá alegre por el mar tendido
al lazo venturoso.

Y las ninfas del piélago sereno,
dejando los cristales,
festivas te ornarán el albo seno
de lúcidos corales.

IV.

Debe gozarse de la juventud.

Imitacion de Horacio.

¿No ves cómo blanquéa
coronada de nieve la alta cumbre,
y sus hojas deséa
la selva yerta y del abril la lumbre,
y en prisiones de yelo
se para encadenado el arroyuelo?
Echa con larga mano
en el fuego la encina destrozada:
del Aquilon insano
burla la furia en la mansion cerrada,
y la que el Létes cria
llene los vasos plácida ambrosía.
Que las altas deidades
sosegarán los vientos tempestosos.
Las dulces soledades
del bosque y los oteros deliciosos
y la gentil pradera
gozarás en la alegre primavera.
Mas no del tiempo fies,
que en alas de las horas va volando.
Ora bebes y ries:
este momento inesperado y blando,
que concede la suerte,

róbale astuto á la implacable muerte.

Mientras tu frente hermosa
no amenace con rugas y con canas
la senectud morosa,
goza de abril las plácidas mañanas
y las danzas y amores,
y con tu bella hablar entre las flores.

Y su reir travieso,
cuando artera se oculta en los rosales,
castigue el dulce beso:
mas dulce que de Himeto los panales
al jóven amoroso,
y á la que lo resiste aun mas sabroso.

V.

La Luna.

Mueve la luna el carro soñoliento
en tardo giro, y tibio resplandece
por la esfera su rayo macilento,
que los vecinos astros oscurece:
y mientras se adormece
en blando sueño el mundo sosegado,
las tinieblas disipa, y la campaña
y el silencioso prado
de sus reflejos plácidos se baña.

Vence la cumbre del opuesto monte,
y dominando la inferior ladera,
brilla elevada en todo el horizonte,
y retrata sn imágen placentera
en la sesga ribera.
En tanto el bello Arturo al mar sonoro
baja en curso veloz precipitado,

y el cayado de oro
esconde en el cristal del golfo helado.

Y las medrosas horas, ocupando
el ancho cielo, en toda su carrera
los estendidos campos van sembrando
de mustia adelfa y triste adormidera.
Renueva lastimera
Filomena su canto dolorido;
y al ayre dando las nocturnas alas,
con hórrido graznido
los bosques llena el ave grata á Palas.

En profundo letargo entorpecida
yace la tierra: el Aquilon rugiente
cesa: la inmensa mar calla adormida:
mas ¡ay! vela el amor: su voz potente
la bella diosa siente:
y el carro abandonando en la alta esfera,
al Latmo umbroso vuela, en cuya falda
su Endimion la espera
sobre lechos de rosa y esmeralda.

¡O crudo amor! despues que el vengativo
brazo aplicaste al arco mas certero,
y la flecha, teñida en fuego vivo,
traspasó de Diana el pecho fiero,
no ya con pie ligero
correr le place tras fugaz venado
del fértil Erimanto las riberas,
ni el venablo acerado
esgrimir en las ménalas praderas.

Solo del Latmo la floresta oscura
y la cima selvática le agrada.
Allí el pudor divino y la hermosura
cede á un mortal; y amante mas que amada,
rinde al amor el culto silencioso,

que entre sus ninfas pérfida le niega;
y al jóven venturoso
las breves horas de su imperio entrega.
Mas ¡oh! ¡cuán triste y pesarosa siente
del nuevo dia el resplandor cercano!
ya en las brillantes puertas del oriente
vé la cuadriga del odioso hermano
rayando el oceano:
suspira, y maldiciendo el giro eterno,
que de su dulce amante la desata,
bañada en llanto tierno
vuelve á regir el pértigo de plata.
Salve, ó benigna diosa, ó tú, del sueño,
y del silencio tímido señora:
salve: derrama al mundo tu veleño,
de dichosos amantes protectora.
Si el bien, que me enamora,
á la plácida sombra de tu velo
mi tierno pecho llena de alegría,
¡oh! nunca dore el suelo
la clara luz del importuno dia.

VI.

La queja: imitando el estilo de Calderon.

Si pudo el llanto mio
triunfar, Elisa bella,
de mi infeliz estrella,
de tu desden impío,
y me permites hoy que bese ufano
la pura nieve de tu hermosa mano:
A tus plantas rendido

humilde amante llego,
y aceptado mi fuego,
si no correspondido,
un corazon en cada aliento deja,
y un alma enamorada en cada queja.

Llorar fieros desdenes,
celos, rigor, mudanza,
tan falsa la esperanza,
tan rápidos los bienes,
es la herencia comun, que han dividido
entre sí los vasallos de Cupido.

Mas ¿quién de los favores,
Elisa, se ha quejado?
Sentir el que es amado
es locura en amores
tan nueva, que tu esclavo hallar procura
suspiros, que disculpen su locura.

Cuando el desden, bien mio,
hirió mi pecho tierno,
siendo mi llanto eterno
y eterno tu desvío,
esperé, que aprendiese maltratado
el arte de olvidar lo que se ha amado.

Mas de una vez la pena
viendo que me afligia,
el mismo amor queria
que huyese tu cadena,
y cediese mi cárcel rigorosa
á un alma mas paciente ó mas dichosa.

Mas cuando á mi ternura
tu pecho es ménos fiero,
ni libertad espero,
ni espero paz segura:
que eres muy bella tú, yo desdichado,

y necio ó tibio, amante confiado.

Ese jóven gallardo,
que para darme enojos
roba á tus dulces ojos
miradas, que yo aguardo,
me hace temer, que siga mi ventura
la instable condicion de la hermosura.

Galan y lisongero,
habiendose añadido
á dichas de admitido
licencias de estrangero,
ya que no te merezca algun cuidado,
consigue al ménos tu apacible agrado.

Yo celoso afligido
y amante venturoso,
que es dos veces celoso,
y él amante y oido,
decide tú si en mi inconstante suerte
el lograr tu favor es vida ó muerte.

No es justo ya, que ignore
si el bien ó el mal me has dado:
ser debo el envidiado,
Elisa, y no el que llore:
ó goze solo yo tu amor entero,
ó vuelve á darme tu desden primero.

VII.

Al mismo asunto.

Imitacion de Horacio.

Cuando tu alabas, Fílis, de Cratilo
el talle ayroso y el mirar ardiente

y la destreza en someter al freno
el alazan brioso:

Apénas puede el corazon la ira
contener que lo inflama: demudado
se inclina mi semblante, y loco y ciego
con encendido llanto,

Que las mejillas pálidas inunda,
del fuego lento, que me abrasa el alma,
te doy á mi pesar, ingrata Filis,
señales manifiestas.

Ardo, si los colores, que lo adornan,
brillar miro en tu pecho fementido:
ardo, si entre las vueltas de la danza
con sus brazos te estrecha.

¡Ay! sus brazos robustos, avezados
á la sangrienta lid, ofender pueden
ese florido cuerpo, donde Vénus
todo su encanto puso.

Ni esperes de él constancia: si indignado
suena en el campo el grito de Mavorte,
vuela el guerrero á la funesta gloria,
y del amor se olvida.

Premia, premia el ardor inextinguible
de un tierno pecho, que por tí suspira:
que en él solo la muerte, dulce dueño,
podrá borrar tu imágen.

VIII.

La entrada del invierno.

Ya, dulce Albino, deshojó el noviembre
del blando otoño la gentil guirnalda:

rugen los Notos y Aquilon envía
mares de nieve.

Nace el invierno, yela con su aliento
el monte altivo, la mansion de Flora:
yo con el vino su crueldad sañuda
burlo y sus iras.

Ni el grato Baco del amor suave
desdeña al fuego del hogar seguro
las dulces flechas, que en tus ojos, Fílis,
tira á mi pecho.

Los gratos dones nos prodiga el Lete
de sus viñedos, ni la herculea playa
ni la fenicia Málaga nos niega
vino suave.

Pláticas largas é inocentes risas
la noche abrevian. Las malvadas horas
roban la vida, del placer divino
raudas huyendo.

Tú de Minerva las sagradas aras
pisas insomne, y de Cupido y Baco
la dulce llama, que al mortal recréa,
próvido huyes.

Y de Sileno la pampinea enseña
y de Accidalia los nevados cisnes
dejas, y al ave sigues misteriosa,
que Palas ama.

Ya en negra tabla los certeros signos
copias de Hipatia, del divino Euclides
ya las figuras, que la inmensa tierra
miden y el orbe.

Nuevo Keplero á los etéreos astros
dictarás leyes: mientras yo modesto
y mas felice las de Fílis bella
tierno recibo.

IX.

El amor no conocido.

Vuelve, adorada Filis, vuelve al seno
de los constantes cándidos amores:
vuelve á la orilla, dó su nido hicieran,
del Bétis cristalino.

Ven; que el ardiente inextinguible fuego,
que en el pecho de Anfriso derramaste,
para exhalarse en férvidas caricias
espera tu presencia.

Creció escondido: con el falso nombre
de la amistad aleve serpeando
por mis entrañas todas, de repente
cual es se manifiesta.

Así de nieve su elevada cumbre
corona el Etna, y la mansion severa
de áspero invierno y de Aquilon silvoso
al peregrino anuncia.

En tanto abrasa el cavernoso abismo
oculto fuego, y repentino lanza
por su humeante dividida cima
mares de ardiente lava.

Rugen los bosques encendidos, ruge
el hervoroso piélago, bañado
de llama infausta: y cárdenas centellas
vomita al firmamento.

¡Ah Filis, Filis! te engañé: los dulces
de amistad que me diste blandos besos,
para mí fueron las sañudas flechas
del insano Cupido.

Maligno sonreia el niño ciego

y de mi necio orgullo se burlaba:
«prueba, me dice, prueba de este arco
la fuerza vencedora.

Aprende á amar á Fílis sin peligro:
aprende á ver sus celestiales gracias,
su blanda risa, su colmado seno
y sus ardientes ojos:

Aprende á ver los bienes mas preciados
que á sus dulces amantes da Citéres,
sin sentir del amor y del deséo
el aguijon sañudo.»

Ya estoy vencido: si tu flecha esquiva
sin conocerla ¡ay triste! me ha llagado,
ya el cuello doblo á tu seguro yugo
é imploro tus piedades.

Mas no; de ti, maligno, nada espero:
solo espero en tu pecho bondadoso,
ó dulce Fílis, que á mí triste herida
remedio des suave.

No pido, que al delirio correspondas,
en que me abraso: mas concede al ménos
los besos de una amiga compasiva
al labio de tu Anfriso.

X.

El convite de Estío.

Se exhalan ya de mi vergel frondoso
suavísimos aromas,
y por las ramas del frutal pomposo
cuelgan racimos de esmaltadas pomas.

Venid, dulces amigos. Cuando al dia
venza la noche oscura,

mas bella luz á la enramada umbría
dará, querida Emilia, tu hermosura.
Sileno, no del pérsico aparato
ostentes el tesoro,
ni el don de la amistad sencillo y grato
en vasos brindes de funesto oro.
Rosa tardía, que entre nieve crece,
no adorne mi guirnalda:
ni el preciado jacinto, que florece
del alto Olimpo en la remota falda.
Mas coge, Aristo, el arrayan nativo,
que alfombra nuestros prados,
y el cándido jazmin y el lirio altivo,
de alegre mejorana entrelazados.
Y de mi amada la graciosa frente
ciñan y el albo seno,
y á sus labios de rosa el fresco ambiente
lleve el aroma del cercado ameno.
Cede el calor: el rayo fulminante
ni aun dora la montaña;
y en los profundos piélagos de Atlante
su carro enardecido Apolo baña.
Ven, dulce amiga, ven. La vid hermosa
en su sombra se engríe:
templa Aristo la lira armoniosa,
tu Anfriso canta ya: Sileno rie.
La mesa de sus frutos deliciosos
el verano rodéa.
Mira como en los vasos anchurosos
el regalado néctar centelléa.
Bebamos: que tus ojos mas ardientes
flechará el dulce vino:
y entre festiyos juegos é inocentes
la parca burlaremos y el destino.

XI.

A Emilia.

Ven, mi pastora. Los templados rayos
del sol de primavera
fecundan ya nuestra feraz campiña.
Las rosas vierte el mayo delicioso
de su lecho florido,
cuna feliz de amor correspondido.
Ven: la tórtola amante ya despide
de su abrasado seno
el quejido de amor: la selva umbría
resuena con su arrullo, y el Favonio
lo conduce en sus alas,
dó envidiosas lo escuchen las zagalas.
¿No ves la aurora por el rojo oriente
derramar esplendores
al adormido mundo? ¿no respiras
el ámbar de las flores, que guarnecen
la esmaltada ribera,
y el aroma que exhala la pradera?
Mira cual quiebra en la argentada gota
del matinal rocío
el sol naciente sus primeros rayos.
Mira cual cubren campos y colinas
las ondeantes mieses,
y cual retozan las alegres reses.
Todo es placer y amor: el ave canta,
y los blandos amores
en torno vuelan del caliente nido.
Céfiro, por las vegas discurriendo,
de ardiente amor suspira:

naturaleza toda amor respira.
Ama tú, dulce Emilia: ven, corona
de tu Anfriso las penas:
ya las primeras frutas he cogido
de mi vergel, y entre las frescas hojas
las puse en la sombría
junto á la gruta de la fuente fria.
Ya despojé las altas rosaleras
de su fecundo esquilmo:
ya tejí el venturoso ramillete
y la guirnalda, que en tu frente y seno
yo pondré enagenado,
premiando una sonrisa mi cuidado.
En tanto tu rebaño desparcido
por el vecino otero
despuntará la yerba aljofarada;
y cuando baje del cenit ardiente
la calurosa siesta,
triscará solazado en la floresta.
Entonces su frescura deliciosa
nos dará el arroyuelo,
de perpétuos laureles coronado:
y sentada á la márgen floreciente,
que besan sus raudales,
mirarás tu hermosura en los cristales.
O si ya entre los árboles del bosque
el ruiseñor lamenta
su malogrado amor, la grata imágen
renovarás del llanto afortunado,
que venció tus desdenes
y trocó mi penar en dulces bienes.
O ya del colorin la voz suave
enagenada oyendo,
que entre las ramas del frutal se queja,

suspirarás de amor, y de tus ojos
el dulce ardor sereno
lanzará amor á mi encendido seno.
Cupido sonreirá. Del centro frio
de la vecina gruta
nos llamará con voz irresistible.
Entonces ¡ay! traspasará tu pecho
su dardo mas ardiente,
que amar solo permite á quien lo siente.
¡Ay ven! ya el astro del rosado dia
la hermosa frente alza
del seno de la aurora; y yo inundado
de la niebla, el lucero todavía
viva luz destellaba,
y ya junto á los sauces te esperaba.

XII.

Los celos.

Esta es la mansa y cristalina fuente,
dó tantas veces vi mi dulce amada,
mientras Febo rayaba el claro oriente,
dar envidia á la aurora nacarada.
Aquellos son los céspedes floridos,
dó al aura respirando los olores,
envenenó mi mente y mis sentidos
su tierno canto derramando amores.
Sentada allí, la tarde fugitiva
en deliciosa plática olvidamos:
allí la juré amor, cuando festiva
ciñó mi frente de olorosos ramos.
Junto á aquel arrayan con blando lloro
bañó el puro semblante enardecido,

y en mis felices manos el tesoro
entregó de su mano apetecido.

En este bosque de placer sedientos,
coronamos á amor de nuevas glorias:
allí y allí.. ¡ó lugares! ¡ó momentos!
dadme á Emilia, ó guardad vuestras memorias.

¿Dónde, perdido bien, de mí volaste?
¡ay! vuelve, vuelve al pecho, que te adora.
Tú, vergel, que felice me miraste,
¿dónde ocultas mi amada encantadora?

El viento entre las ramas murmurando,
«tras otro amante fué» triste me dice:
la fuente, sus cristales agitando,
«Burló, clama, tu amor: muere, infelice.»

Las flores, que su planta embellecia,
ora gimen marchitas y llorosas:
«no precia ya tu amor la ingrata impia:
por otro amante anhela y otras rosas.»

Y ¿esto, Emilia, es amar? ¡y acaso ahora
en contemplar mis penas te complaces!
¡y á ese nuevo feliz, que te enamora,
de mi eterno dolor gozar le haces!

¡O perfidia! ¡ó baldon! teme, perjura,
todo el furor de un injuriado amante:
mas ¡ay! que te defiende mi ternura,
la ternura, que ultrajas inconstante.

¡O nunca del amor correspondido
la sonrisa en tus labios sorprendiera!
nunca de tu mirar enardecido
el veneno mortal probado hubiera!

¡Emilia! nombre amable, nombre odioso
á un alma, que te adora y que atormentas,
¿por qué las gracias del semblante hermoso
con el engaño y la inconstancia afrentas?

Del penar mas acerbo é inclemente
triste ejemplar al amador ofrezco,
¡ay! condenado á amar eternamente
la misma fementida, que aborrezco.

XIII.

El amor inmortal.

En tus hermosos ojos templar pudo
el dios de los amores
aquel harpon tan dulce como agudo,
que para herirme coronó de flores.
De ese cabello de oro, que enagena
mi pecho enamorado,
pudo tejer la plácida cadena,
que á tus plantas me tiene aprisionado.
O en los lirios del seno, ó en la rosa
del cándido semblante
pudo labrar la cárcel deliciosa,
que preparaba á tu feliz amante.
La juventud, la gracia alhagadora,
el talle torneado,
esa risa mas dulce que la aurora,
cuando ilumina el soñoliento prado:
Tu hechicera mirada, tu festivo
candor, tu hablar suave
el corazon mas fiero y mas esquivo
domar pudieran; y el amor lo sabe.
Mas no con rayo, que mudables vientos
apaguen, quiso herirme,
ni en caducos y frágiles cimientos
labrar una pasion constante y firme.
Yo vi en tí el puro asilo, dó se anida

la cándida inocencia,
y al blando sentimiento la fe unida
y en verde juventud dócil prudencia.
Yo vi cuan compasiva é indulgente
con apacible agrado
tu hermosa mano alivia al indigente:
tu dulce hablar consuela al desgraciado.
Yo lo vi y te adoré, y en llama eterna
el pecho me encendiste:
que la santa virtud, la piedad tierna
del crudo tiempo al uracan resiste.
Deshójase la flor de la hermosura,
se agostan los placeres:
y allá en la márgen de la tumba oscura,
deleyte encantador, ni aun sombra eres.
En tí, mi dulce bien, cuando tu aurora
florece placentera,
amo el carmin, que no se descolora,
amo la luz, que siempre reverbera.
¡Ay! este amor de mi felice vida
será el postrer aliento:
y su llama inmortal correspondida
arderá mas allá de aquel momento.

XIV.

El sueño del infortunio.

« Sunt lachrymae rerum. »

Virg.

¡Qué horror! La fiera noche
ha triplicado el denegrido manto
de tinieblas sin fin. Huyó del cielo

el nocturno esplendor: no hay una estrella,
que con su yerta amortiguada lumbre
hiera la oscuridad del firmamento.
Oscuridad, silencio, del destino
imágenes augustas ¡cuán terribles
acongojais mi atormentado pecho!
¡cuán bien correspondeis á los latidos
de un mal herido corazon!.. Ya brama
el Aquilon sañudo:
ya ruge en los lejanos horizontes
el trueno aterrador.. La negra esfera
cárdeno rompe el precursor del rayo,
su efímero fulgor mezclando á veces
con la luz de esa lámpara sombría,
que á mis cansados ojos roba apénas
la densa oscuridad.. Triste silencio
domina infausto esta mansion de llanto:
otro tiempo mansion de mi delicia,
trono del dulce amor.. Yo solo velo,
solo: y ¿yo solo peno?.. Todos duermen:
mas ¡ay! que no descansan.. ¿qué suspiro
encendiendo los vientos á deshora
hiere mi corazon?.. No le conoces,
¿triste Anfriso? ¡ah! que no. Dichosos dias,
que en mis brazos la visteis reclinada
palpitando de amor y de ternura,
entonces si su enardecido seno
del placer exhalaba los suspiros:
mas este es de infortunio.. ¡qué agitada
duerme el único bien del alma mia,
hermosa en su dolor, muy mas hermosa,
que cuando alegre, satisfecha y tierna
á mi lado esperó la luz del alba!
duerme, mi bien, mi encanto, mi delicia:

dulce como el olor de las praderas
more el sueño en tus ojos: duerme, amada:
desata, blando amor, del bosque idalio
las mas templadas auras, y al oido
mi fuego y mi constancia le susurren.
Alhaga entre tus brazos, ó Morféo,
su herido corazon: que se regale
en la querida imágen de su Anfriso.
Derramad en su frente atormentada
las rosas del placer, y los recuerdos
de tan gozosos como breves dias,
que mi ventura fué, que fuí la suya,
disipen los pesares de su pecho.
Mas ¡ay! que no.. ¡Cuál gime! ¡cuál palpita
el blanco seno! ¡cuál la linda mano
oprime al corazon por sostenerlo!
¡cuál arden sus mejillas! destrenzada
la hermosa cabellera, circulando
por el nevado cuello, vaga incierta:
¡Pero qué miro! ¡lloras, dulce Elisa!
lloras ¡ay! y envenena el infortunio
de ese breve descanso los momentos.
Una lágrima sola se ha escapado
de sus cerrados párpados; girando
sobre el carmin de su purpúreo rostro,
brilla como la perla del rocío
entre el matiz de la naciente rosa.
Bebedla, labios mios: mas no ¡ay triste!
el silencio respeta de sus penas,
amante corazon.. Seis veces Febo
trajo la luz al aterido mundo,
seis veces las tinieblas de la noche
envolvieron el cielo, mar y tierra,
y un solo instante la amorosa hija

el lecho de la madre moribunda
no cesó de regar con tierno llanto.
¡O piedad filial! toda perdida
en su amargo pesar, de sí olvidada,
de un amante olvidada que la adora,
entre el temor y la esperanza anhela,
se agita al lado de la dulce madre,
llora y oprime el encendido lloro
por robarlo á su vista. Los cariños,
que la angustiada enferma le prodiga,
el harpon del dolor clavan mas hondo
en su afligido corazon. Recuerdos
de la edad juvenil, de la edad tierna,
la infelice horfandad, que la amenaza,
cuanto gozó y penó, todo la aflige.
Alma celeste y pura, hermoso pecho,
dó la santa virtud fijó su trono,
gloria de mi existencia y dulce hechizo,
mi bien, mi amor, mi todo, ¡quién pudiera
el rayo asolador de la desgracia,
quedando libre tú, recibir solo!
¡hija del infortunio! ¡quién me diera,
que aqueste triste pecho acometido
de tormentos sin fin, olvido, celos,
desden, desolacion y horror de muerte,
los abatidos ojos levantando
satisfecha y gozosa te mirase!
muriera yo ¡ay de mi! mas no penaras..
Duerme, mi dulce bien; duerme, amor mio:
tu existencia un momento interrumpida
te robará al dolor.. Recibe ahora
en este breve y temeroso beso,
que apénas hollará tu pura frente,
los votos de un amante enardecido.

El vivió para ti: morir promete
porque vivas feliz. Reposa, amada,
en el regazo plácido del sueño.
Cesa ya de silvar, Abrego impío:
cesa, horrorosa tempestad: sus alas
tiendan el Austro y el Favonio blando:
que está el bien de mi vida descansando.

XV.

A don Diego Montero, mi amigo.

«Y el pesar de su ausencia vi trocarse,
no en pena, no en congoja, en cruda muerte,
y en fuego eterno el alma atormentarse.»

GARCIL.

Almansa 2 de octubre de 18..

Aquí, dó de Vendoma la alta gloria
el mármol á los siglos va anunciando
y del ingles vencido la memoria;
Pides, querido amigo, que templando
mi ya olvidada cítara, del viento
suspenda el curso con su tono blando.
Quieres que el ceño adusto y macilento
de esa montaña lóbrega y sombría
la suavidad mitigue de mi acento.
¿Y podrá resonar la lira mia
en esta soledad tan dulcemente,
como en el Bétis resonar solia?
¿Podrá el herido corazon doliente,
este sensible corazon, que llora
con lágrimas sin fin su bien ausente?

¿Podrá exhalar la voz encantadora,
que tal vez complacido y satisfecho,
me oyó la noche y la naciente aurora?

No, mi Montero: á un afligido pecho
solo gemir, solo penar le es dado,
en amorosas lágrimas deshecho.

Tú ignoras en qué abismo quiso el hado,
flechando de una vez todas sus iras,
precipitar un triste desgraciado.

¿Ves el desnudo monte? ¿el valle miras,
de donde exhala el lívido torrente
las mortíferas auras, que respiras?

Pues comparado al peso, que inclemente
el corazon me oprime de contino,
es dulce otero y prado floreciente.

Este áspero desierto y sin camino,
lleno solo de sombras funerales,
que á la ambicion sacrificó el destino;

Es campiña de mieses y rosales,
dó se goza el abril, si se compara
á la eterna amargura de mis males.

Y el cielo abrasador, qne nube rara
entolda, y cuyo fuego despiadado
las árticas montañas liquidara;

Es el cielo, que al Tempe regalado
cubre, ó al bello Dauro ó Guadaira,
junto al ardor del pecho atormentado.

Mi corazon anhela y no respira:
no es sangre, no, que es fuego el que en mis
venas,
consumiendo mi ser, violento gira.

Oye la historia amarga de mis penas;
oyela y tiembla, amigo, si algun dia
quiere el amor, que arrastres sus cadenas.

En la ribera plácida que enfría
Guadalquivir, dó el sol del occidente
el postrer rayo de su fuego envía:
Vi una hermosura en el verdor luciente
de sus floridos años, que el sentido
me enagenó festiva é inocente.
De Minerva y las musas atrahido
pasara yo mi juventud dichosa,
en fáciles cuidados divertido.
Por vez primera entonces la amorosa
llama probé: se decidió mi suerte,
y dueño halló mi voluntad ociosa.
Sentí ¡ ay de mi! sentí que hasta la muerte
sin redencion estaba ya enredado
en el lazo tan dulce como fuerte.
La celeste ocasion de mi cuidado
no juveniles gracias y hermosura
ostentó solo á un pecho ya entregado:
Mas un alma tan firme, tan segura
de su valor, bondad tan generosa,
tan grato hablar, tan tierna risa y pura;
Que la fiera mas fiera y mas sañosa
y un corazon de triplicado acero
postrara fácil á su planta hermosa.
¿ Quién te podrá decir, dulce Montero,
lo que fué de tu Anfriso en el instante
que al declarar la pena de que muero,
El pecho, que temí duro diamante,
y sin piedad á mi dolor y esquivo,
sus lágrimas dijeron, que era amante?
Dulce raudal de amor copioso y vivo
deslizarse miré por su mejilla,
blandos ojos volver á su cautivo:
Y aquella blanca mano, á la que humilla

la rosa su carmin, su albor la nieve,
entre mis manos venturosas brilla.
Ni el templado Favonio, cuando mueve
sus alas entre plácidos olores,
ni el puro aljófar, que la aurora llueve,
Tan gratos son al prado y á las flores,
como las bellas lágrimas, que vierte,
nuncios de la ternura y los amores.
En esperanzas mi temor convierte:
mi pena en gloria; y el favor perjuro
¡simple! aplaudí de la inconstante suerte.
¡Cuán incauto ¡ay de mi! canté seguro
en la lira, que Apolo me fiara,
su gracioso desden, su alhago puro;
Las encendidas rosas de su cara,
su torneada mano, el dulce beso,
dulce siempre, ó lo diera ó lo negara;
Su blanda risa y plácida, embeleso
del ciego corazon, y el tierno llanto,
que el fementido amor bebió travieso!
Testigos fueron de mi alegre canto
la aurora y la tiniebla. El claro dia
tendiendo al orbe su rosado manto:
Los fuegos del ardiente mediodía,
la fugitiva tarde, todos vieron
inundada en placer el alma mia.
Diez veces la morada enrojecieron
del Aries los febéos esplendores,
diez veces el remoto polo hirieron:
Yo divertido en plácidos amores,
aquel siglo de gloria delicioso
como el aura fugaz pasó entre flores.
Y en un momento el hado envidioso
convirtió de mi dicha el claro dia

en noche oscura y cielo tempestoso.

Y el despiadado amor, cuya alegría
son los ayes, que el mísero suspira,
me arrojó, Marte, á tu contienda impía.

La horrenda enseña de venganza é ira
seguí ¡infelice! lejos de aquel prado,
dó el blando pecho, en que viví, respira:

De aquella boca y seno delicado,
de aquel dulce ademan, de aquellos ojos
que adora el corazon desventurado.

¡Ah! ¿qué á mí con los ásperos enojos
de la guerra cruel? ¿cuándo he querido
parte, fiera ambicion, en tus despojos?

Allá siga el tirano empedernido
las armas sin piedad: siga el estruendo,
siga el carro de Marte embravecido.

Atienda de la trompa el son horrendo,
complazcase en el campo ensangrentado,
que el cañon de destrozos va cubriendo.

Y un tierno corazon enamorado,
solo placer, solo respire amores,
solo ambicione amar y ser amado.

Logre troféos de inocentes flores,
cogidas en el seno de su hermosa,
y arrebate dulcísimos favores.

Dé á la batalla seña sonorosa
del blando beso el plácido estallido,
y él termine la lucha deliciosa.

Yo alumno de las musas y Cupido
en el campo de horror á mi despecho
por la agena ambicion fuí conducido.

Me arrancó airada del paterno techo,
y sin ser á otra cosa poderoso,
mi adorado placer voló deshecho.

¿Por qué no sufre el cielo rigoroso,
contra el humano mísero indignado,
que ningun amador viva dichoso?
¿Quién ¡infelice! como yo fué amado?
¿Quién divertido en fáciles placeres
vivió de la ambicion mas olvidado?
¿Cuándo al metal, que tú, codicia, adquieres,
troqué la paz, ó dulce medianía,
ni el bien tranquilo, cuya fuente eres?
Nada bastó. Del claro mediodía
hasta los mares lóbregos del polo
creció el incendio de la guerra impía.
A cuantos pueblos ilumina Apolo
se estendió destructor: y ¿no tocado
mi humilde techo se librara solo?
Fué preciso, Montero, que arrancado
de su firme raiz el trono ibero
y el orgullo frances fuese humillado:
Para que de mi sueño lisongero
despertase infeliz: para que huyese
aquel asilo del amor sincero:
Para que bajel mísero siguiese
el impulso del viento enfurecido,
y entre escarpadas rocas pereciese.
Y porque muera ¡ay Dios! tan abatido
cuanto dichoso fuí, la cruda ausencia
es quien devora el pecho dolorido:
De cuantos el amor en su inclemencia
monstruos produce el monstruo mas horrendo,
que no cede al valor ni á la paciencia.
Hiere el desden; y al paso que va hiriendo,
cual la lanza de Aquíles, sanar suele
el ofendido orgullo conmoviendo.
Aunque entre alhagos la inconstancia vele

su pérfida crueldad, el desengaño
destroza el lazo vil, que agrada y duele.
Sabe sufrir un año y otro año
combatiendo al amor el pecho fuerte,
que descubrió una vez su torpe engaño.
Y si tu amado bien robó la muerte,
muere y descansa; que en la muerte acaba
todo el poder de la implacable suerte.
Mas ¡ay! la ausencia ¿qué dolor no agrava?
ni ¿qué dulce esperanza la consuela,
de la sospecha vil tímida esclava?
Tal vez injusto el corazon recela,
(perdona, Elisa, á un desgraciado amante)
que un amor mas dichoso te desvela.
Y tal vez temo, si pasion constante,
belleza y juventud yertos despojos
fueron ya de la tumba devorante.
El sospechado mal ciertos enojos
me causa, y en mi acerba desventura
cuanto puedo temer lloran mis ojos.
Feliz tú, amigo, que en la pena dura
de tantos miserables compañero,
tienes cierto consuelo á su amargura.
De tu esposa el alhago placentero,
interpuesto al dolor, que te persiga,
sus iras quebrará y el golpe fiero.
¿Qué puedes, suerte acerba y enemiga,
cuando te ensañas mas, contra un dichoso,
que estrecha al seno su adorada amiga?
Su bondad dulce y celo afectuoso
te formarán con plácidas caricias
de ternura y virtud el nudo hermoso.
Hasta las penas te serán propicias:
que del amor el beso regalado

en ventura las trueca y en delicias.
Yo en tanto solo, mísero, privado
de consuelo, lamento con mi pena
las de mi ausente bien é idolatrado.
Cada ay, que exhala á la ribera amena,
dó otro tiempo el amor nos sonreia,
en mi afligido corazon resuena.
Quizá en el seno de la verde umbría
buscas, mi dulce bien, aquella fuente
primer testigo de la gloria mia.
Y su escondida y plácida corriente
llorando aumentas, y al laurel imprimes,
dó tu nombre gravé, beso doliente.
Tal vez, si el llanto tímida reprimes
entre el odioso popular ruido,
con tu mudo pesar el pecho oprímes.
Desgraciada beldad, si á tu gemido
es consuelo saber, que de tus males,
mas infelice yo, nunca me olvido:
Juro por esos ojos celestiales,
hechizo y ya tormento de mi pecho,
abrasado con fuegos inmortales:
Que hasta yacer exánime y deshecho,
el tierno corazon que en ti vivia,
penará, siendo tuyo, satisfecho.
Yo te he enseñado, dulce amada mia,
la senda del placer: ora te enseño
á contrastar la adversidad impía.
Fácil es de la dicha el blando sueño:
mas ¿quién guardó á un ausente fiel memoria,
si el destino cruel muestra su ceño?
Aspiremos, mi bien, á esta victoria:
que hay tambien en las selvas de Cupido
para el constante amor laurel de gloria.

Ya, generoso amigo, ya has sabido
la acerba causa de mi eterno duelo:
compasion y amistad solo te pido,
pues no es posible á mi dolor consuelo.

XVI.

La reconciliacion imposible.

Muger, que destrozó con furia impía
de un casi eterno amor los firmes lazos,
no espere ver amigo entre sus brazos
al que engañado amante fué algun dia.
Puede estimar un triste desdeñado
el rigor, que se opone á su fineza:
que no es culpa el desden en la belleza,
ni es ignominia al fin no ser amado.
Suspéndase á los celos la venganza:
que aunque el herido pecho sienta el daño,
la prontitud de un útil desengaño
á perdonar convida la mudanza.
Mas olvidar un siglo de caricias,
dorar con falsedades el olvido,
calumniar el amor mas encendido,
y acusar como culpas sus delicias:
¿ Quién lo sufre ? la infiel, que cruda hiere
y luego injuria, su sentencia escribe:
que el amor, que á los celos sobrevive,
bajo la espada del agravio muere.
Tus perfidias, Elisa, disiparon
la ilusion dulce que adoraba ciego:
y ¡ aun buscas necia de amistad el fuego
en cenizas de amor, que ya volaron!
Pregunta donde está mi antigua llama,
no á mí, sino á tu pecho fementido,

que ya de furias, ya de amores nido,
jamas conoce si aborrece ó ama.

De tu incierto cariño é inconstante
sufre, necia beldad, la justa pena:
que no vuelve á la pérfida cadena,
una vez libre, el injuriado amante.

Nunca, Elisa falaz, nunca me amaste:
¿cuándo pecho amoroso fue inclemente?
¿por qué me heriste, infiel, si era inocente?
¿por qué, si criminal, no perdonaste?

O en fin, si tan sañuda me aborreces,
y tu alhago en furor lloré trocado,
¿por qué, ya aborrecido é insultado,
el dulce afecto de amistad me ofreces?

¡Ah! quedate con él: con él convida
á un alma menos tierna ó mas paciente:
ni soy tan necio yo, que hacer intente
amiga fiel de amante envilecida.

XVII.

A Serafina.

Imitacion de Horacio.

¿Qué lloras, Serafina? el caro esposo,
que te robó el destino,
volvera á ti mas tierno y amoroso.
Si Marte despiadado
de los campos del Bétis cristalino
á las australes playas lo ha arrojado,
no tu cariño olvida;
que su prenda te llama y dulce vida.

Esgrime contra el fiero independiente,
mientras que brilla el dia,
fiel á patria y á amor, la espada ardiente:
y cuando restituye
el descanso comun la noche umbría,
el grato sueño de sus ojos huye;
y en solitario lecho
tu ausencia gime en lágrimas deshecho.
Al donayre, las gracias, la hermosura
de mil nuevas beldades
prefiere de su pena la amargura.
Ciegas por él suspiran:
ya con artes de amor, ya con verdades
al firme corazon flechas le tiran:
en vano: que al mar fiero
no es erizado escollo tan entero.
Tú empero teme, que al audaz Silvano
mas de lo justo quieras:
aunque ninguna lira el verde llano
ni los frescos abrigos
mejor llene en las vándalas riberas:
ni alguno entre sus jóvenes amigos
por el prado ó la selva
el bridon cordobes mas diestro vuelva.
Cierra temprana tu modesta puerta,
ni á su amoroso canto
dé entrada fácil la ventana abierta:
ni mires cuidadosa
si espera insomne de la aurora el llanto:
y aunque al son de la citara quejosa
te llame ingrata y fiera,
en el cauto desden tú persevera.

XVIII.

El cumpleaños de Celmira.

« Scribe quod quævis nosse puella velit. »

PROPERT.

Plácido vuelve el delicioso dia,
que tus floridos años,
linda Celmira, y tu beldad aumenta:
y al despuntar en el rosado oriente,
con sus trinos suaves
lo aplaude el coro de las dulces aves.
Sereno brilla el cielo: el prado rie:
rie la fresca selva,
que de verdor temprano se engalana:
alegre el claro sol comienza el dia
tras la risueña aurora,
y el pastor amoroso solo llora.
Lágrimas vierte de ternura y fuego
al ver la peregrina
deidad, que ilustra el olivoso Bétis:
y « ¿ quién, clama, los ojos vencedores
podrá ver de Celmira,
sin probar del amor la infausta ira?
Aquellos labios de rubí encendidos
los labios son, que Psíquis
al escondido amor cedió turbada:
y el ondeante y nítido cabello
es la guirnalda umbrosa,
que ciñe en el cenit la luna hermosa.
El ámbar puro de su puro aliento
es la esencia, que roba

á las rosas el Céfiro atrevido;
y su voz celestial el dulce canto,
con que blandos amores
Vénus inspira al dios de los furores.
Su risa virginal, la luz templada,
que el alba vierte al prado,
cuando riega las flores: su albo seno,
doble colina cuya falda cubre
tesoro apetecido,
que el mismo amor contempla enardecido.
Arded, pastores, ya: cual corre el yelo
en ondas desatado
ante el sol de caliente primavera,
así á tu vista el corazon mas duro
se abrasa en dulce fuego,
por ti anhela y renuncia á su sosiego.
Dos giros hoy añade á los tres lustros
de tu edad venturosa
el claro Apolo. Jóven azucena,
que en el pensil de amor brillas temprana,
quien tu hermosura viere,
nunca otra vez la libertad espere.»
Así llora el pastor. Tu nombre grava
del álamo en el tronco,
y de amorosas quejas llena el viento:
solo suena en las márgenes del Bétis
el nombre de Celmira,
y el eco en los collados lo suspira.
Mas tú gozosa en tu beldad lozana,
de amor burlas las iras
y el arco triunfador: su harpon ardiente
te perdonó hasta ahora, y á tus juegos
la inocencia sonríe
y sosegada juventud te engríe.

Solo te place la rosada mano
por el blando instrumento
llevar, enagenada en su armonía:
ó bien gozar del baile, tu delicia,
el rumor placentero,
moviendo al dulce son el pie ligero.

¡Ay, cuánto fuego emprendes! bien enlaces
el torneado brazo
al feliz compañero; bien rehuyas
el lindo cuerpo con desden nativo;
ó bien sueño amoroso
finjas sobre su brazo venturoso.

¡Tersícore del Bétis! cuantas ninfas
por sus riberas danzan,
en ayre y gala superior te envidian.
¡Ay! mientras el zagal tus pasos sigue
con amoroso anhelo;
tú descuidada burlas su desvelo.

No siempre así será. La pura llama,
que tú inspiras, probando,
de dulce amor palpitará tu seno:
por tu mejilla delicioso llanto
correrá en blando giro,
y exhalarás su plácido suspiro.

Sí, Celmira: las gracias, que benigna
te prodigó natura,
no en vano anuncian tu sensible pecho,
nacido para amar y ser amado.
Y ¿á quién guarda el destino
de tu dulce ternura el don divino?

El mismo Adónis le verá envidioso
desde el gremio de Vénus:
Cupido mismo dejará á su Psíquis
en los lechos de Gnido solitaria,

y el nombre de tu amado
coronará del mirto enamorado.
En tanto oye benigna las canciones,
que tu beldad celebran:
esta es la lira, que cantó de Elisa
la constancia y amor: é hizo su nombre
en el Betis famoso,
y del olvido y tiempo victorioso.
Lira feliz, que de laurel eterno
é inmarcesibles rosas
Apolo rodeó: su verde mirto
le ciñó la deidad de los amores;
y de su fuego llena
solo ternura, solo amor resuena.
Ora es tuya. Hermosísima Celmira,
yo ví varias bellezas:
cual me hechizó por el mirar sereno
de sus lucientes ojos. Ya en los labios,
ya en dorado cabello
me hirió el amor ó en el tornátil cuello.
Yo las canté. De la beldad divina
amador entusiasta,
dó quier la vi, adoré su pura imágen:
mas ¡ay! que solo en tí reunió Cupido
las gracias celebradas,
que en mil hermosas brillan separadas.
Salve, ó bella: tu nombre repetido
en las vandalias liras
llenará siempre el delicioso márgen
del claro Bétis: vivirá en su vega
tu querida memoria,
y crecerá en sus alámos tu gloria.

XIX.

La ausencia.

Traduccion de Leonard.

Partió mi bien á la lejana aldéa.
¡Ay! ya la selva umbría
ó el pintado vergel ¿á quién recréa?
huyó el campo, desnudo de alegría,
la madre de las flores,
y abandona el amor nuestros pastores.
Entre aquellas colinas, Dóris bella,
te robaste á mis ojos.
Céfiro, si has pasado junto á ella,
ven, y consuele al ménos mis enojos
el ámbar regalado,
que su labio de rosa ha respirado.
Y ¿cuál árbol feliz ora le ofrece
su plácida frescura?
¿qué prados su nevado pie florece?
¿en qué fuente contempla su hermosura?
ó ¿cuál floresta amena
con su canto dulcísimo resuena?
¡Ay, quién fuera la flor de su tocado!
ó la cinta que enlaza
su seno! ó de su pie blando calzado!
ó en sus vestidos ondeante gaza!
ó el pajarillo ufano,
que ella besa y regala con su mano!
Tú, ruiseñor, al nido delicioso,
dó el placer te convida,
vuelas. ¡Ay! vuela: mientras yo envidioso

la prenda lloro de mi amor perdida:
si tuviera tu vuelo,
¡cuán pronto fuera donde está mi cielo!

Ya ¿qué me importan las pintadas flores
de la verde pradera
que me vieron feliz; los resplandores
del sol, ni la apacible primavera,
ni el aura que respiro,
ni cielo y campo, si á mi bien no miro?

Mas tú, mi amada, entre el rumor nocivo
de bulliciosas fiestas,
¿olvidarás nuestro cantar nativo,
y el placer que animaba tus florestas,
y la danza inocente
y las guirnaldas, que ceñí á tu frente?

¡Ay! no me dejes. Morirá tu amante,
si la dulce terneza,
que ardió en tu pecho, apagas inconstante.
Puede rendirse esclavo á tu belleza
un pastor mas hermoso:
mas ¿dónde lo hallarás tan amoroso?

Regálate en la imágen de tu ausente,
cuando el alba amanezca,
y al morir y al nacer el sol ardiente:
que el delicioso sueño te la ofrezca,
y que sea, mi gloria,
cuando despiertes, tu primer memoria.

Sí adorada te ves de nuevo amante,
nuestro primer momento
recuerda: coloraba mi semblante
la timidez, y el corazon sediento
en mis ojos brillaba
y en mis trémulos labios palpitaba.

El dulce valle, que moré contigo,

ya es triste y enojoso:
huyó la voz de mi mejor amigo:
cuanto amé en otro tiempo me es odioso:
y en tan amargo duelo
pido mi Dóris al amor y al cielo.
Estas las flores son dó descansabas:
cantando aquí á tu lado
risueña y cariñosa me mirabas:
allí unido pació nuestro ganado:
allá me despedia
cuando al ocaso se lanzaba el dia.
Volved, volved, momentos deliciosos
vuelve tú, dulce amada,
á animar estos bosques silenciosos;
y al tono de la flauta enamorada
mis cantos de alegría
despertarán los ecos de la umbría.

XX.

Celia á Anfriso.

Ya, caro Anfriso, de la flecha impía
tu tierno corazon gemirá herido
que destrozó mi rápida alegría.
Y el llanto de amistad habrás vertido
sobre su tumba, y á la sombra helada
el homenage del dolor rendido.
Y ¿por qué á esta infeliz desesperada
en su inclemencia le negó la suerte
ver por lo ménos la ceniza amada?
Yo hubiera con mi abrazo en nudo fuerte
su espíritu ligado: yo la presa

robado hubiera á la implacable muerte:
Y sobre el yerto labio, ya pavesa
de mustia llama, con mi labio ardiente
la vida del amor dejara impresa.
Yo penetrara de vigor caliente
sus medio helados miembros: yo volviera
el fresco lirio á la amarilla frente:
Y á los ojos, que cubre noche fiera,
envidia un tiempo del rosado dia,
la alegre claridad restituyera.
Compasiva tal vez la parca oiria
mi angustiado gemir: mi tierno llanto
los reynos del horror conmoveria:
Y si el lloro de amor no puede tanto,
muriera con mi bien: este consuelo
no negara el destino á mi quebranto.
Ora solo la imágen de mi duelo
y la voz de afliccion desconsolada
concede á mi dolor el crudo cielo.
En la campiña mustia y apartada
el dulce nombre de mi bien perdido
á los vientos entrego lastimada.
Murió Aléxis, me vuelve en su bramido
el silvoso Aquilon de la montaña:
murió, me vuelve el Noto enfurecido.
Tal vez la vista fijo en la campaña
que de verdor eterno coronado
el cristalino Bétis sesgo baña.
Allí mi pecho libre y descuidado
el solaz grato de la edad primera
gozó en alegres juegos regalado.
De la amistad la llama placentera,
que brilla sin quemar, y amor paterno
único fin de mis cuidados era.

¡Ah! no entonces temí, que en fuego interno
se abrasaran mis venas, ni el destino
me condenase á suspirar eterno.

Mas ¡ay! que cuando el cielo mas benigno
me sonrió, á desdichas inmortales
el despiadado amor me abrió el camino.

Allí al autor querido de mis males
vi: allí le amé, y amor correspondido
nos coronó de rosas celestiales.

Tú, Anfriso, con los dos en lazo unido
de amistad generosa, tú notaste
el incendio crecer no resistido.

¿Por qué, cruel, la llama no atajaste
en su nacer con oportuno aviso?
¿por qué el fuego mortífero aprobaste?

Mas todo fué para mi mal preciso,
si el amor y la suerte conjurados,
en mí su ira probar el cielo quiso.

¿Quién me diera, ó amigo, que inundados
de las letéas aguas mis sentidos,
quedaran tantos bienes olvidados?

Dulces bienes de amor, ¿por qué sois idos?
y si sois idos ya, de mi memoria
para siempre volad, volad perdidos.

Pregunta, Anfriso, mi amorosa historia
del verde tronco á la corteza fria,
donde impresa á su par creció mi gloria.

Pregunta al valle, á la enramada umbría,
al prado, al monte, al rio: todos fueron
caros testigos de la dicha mia.

Si las tinieblas lóbregas huyeron
de la naciente aurora, venturosa
mi dulce Aléxis celebrar me vieron.

Y si cubrió la noche pavorosa

los cielos, por su ausencia suspirando
me sorprendió la luna silenciosa.

Todo era amor. Favonio susurrando
entre las flores; manso el arroyuelo
las tranquilas riberas halagando:

El dulce resplandor del claro cielo,
el trinar de las aves, la alegría,
que vierte el alba en el sediento suelo;

Todo hablaba de amor al alma mia;
y de mi pecho á la emocion ardiente
encantado mi Aléxis sonreia.

¡Ay! de tanto placer, cielo inclemente,
ya ¿qué nos resta?..un túmulo lejano,
y de mis ojos la perene fuente.

Ni esparcir puede mi amorosa mano
las flores del dolor sobre su losa,
y el dolorido llanto pierdo en vano.

¡Cayera donde mora silenciosa
en sueño eterno su ceniza cara
y allí espirara Celia venturosa!

Mas (lo que puedo) á la funesta ara
en gemidos sin fin el alma envío,
que ya á seguir su sombra se prepara.

Vnela á su tumba, tú, suspiro mio,
y clama sin cesar «amor eterno,
que anime el polvo del sepulcro frio.»

En él encerró ya mi afecto tierno
el malogrado Aléxis: allí viva,
y gócelo en olvido sempiterno.

Que ya de nuevo amor nueva cautiva,
no me verán formar nuevos enlaces,
de mis primeros nudos fugitiva.

¿Qué á mí de los pastores los solaces,
el celoso pesar, ni la alegría,

las falsas guerras, ni las blandas paces?
Dulce y perdido bien del alma mia,
si mas allá de la inflexible muerte
dura el ardor, con que me amaste un dia,
El voto acepta y lágrimas, que vierte
por siempre tuyo mi amoroso pecho:
tus manes adorar será mi suerte.
Y en mi dulce morir, un mismo helecho
cubra nuestra ceniza enamorada:
y el peregrino, en lágrimas deshecho,
Dirá: de Celia, amante y desgraciada,
la parca marchitó la edad florida,
mas no el amor: hasta en la tumba helada
á su adorado Aléxis yace unida.

XXI.

A Aletino, que abandonó el estudio y las musas por el amor.

Aletino, ya en fin de amor anhelas
los pérfidos placeres.
El fuego devorante,
que consume tu pecho, en vano celas.
Ya el hijo de Citéres
arboló contra ti su harpon triunfante,
y entre el sumiso bando
del carro de su gloria vas tirando.
Y ¿de qué rubio y nítido cabello
se labró tu cadena
de esclavitud? ¿cuál mano
de rosa y de jazmin la echó á tu cuello?
que ni la cumbre amena

visitas ya del Píndo soberano,
ni en las nocturnas horas
el santo númen de Minerva adoras?
Y quien negará ya que á la ardua sierra
subir pueda el torrente,
ó Bétis cristalino
dejar ceñudo la tartesia tierra,
y su mansa corriente
llevar al cauce del Genil divino,
si las sabias taréas
truecas tú por las lides citeréas?
¡Ah! mejor prometiste. Vuelve al seno
de la amiga Helicona:
la márgen esmaltada
otra vez corre del Permeso ameno;
dó el lauro y la corona,
por la dulce Melpómene enlazada,
y enardecido aliento,
Febo te dió y el plácido instrumento.
Mas ¿quién podrá la flecha emponzoñada
del seno desclavarse?
¿quién podrá hacer, que olvide
su dulce error un alma enamorada?
verás al indio helarse
bajo el fuego inmortal, que Aries despide,
ántes que de sus brazos
inexperto amador rompa los lazos.

XXII.

El desengaño.

Renace la estacion de los amores,
y el apacible aliento

del Céfiro vernal la tierra inflama:
ya la desnuda rama
se ciñe de hojas mil: crecen las flores
en el herboso asiento.
Su velo ceniciento
depone la enramada: el alba llueve
sus fecundos aljófares al prado,
y el cierzo destemplado
duerme en el polo sobre estéril nieve.
Ves, caro Albino, en la feraz campiña
la alhagüeña esmeralda,
con que borda su manto primavera:
ya convertirse espera
en la dorada mies, que á Céres ciña
mas preciada guirnalda.
Ya descubre su espalda
libre de yelo el monte: ya florece
el matizado abril la inculta breña;
y en la tajada peña
el lentisco oloroso retoñece.
El cándido rebaño en las praderas
pace la yerba fria,
que esmalta el agua del raudal sonoro:
en bullicioso coro
vagan las zagalejas placenteras
por la floresta umbría.
Nace el rosado dia:
de las pintadas alas el rocío
sacude el ave y por la selva gira:
gozo el valle respira,
gozo resuena el viento, gozo el rio.
Mas ¡ ay de mí! yo peno. En la natura
es solo desdichado
tu Anfriso. Al pie de la colina verde,

que caudalosa muerde
del padre Bétis la corriente pura,
gimo y maldigo el hado.
Ni el resplandor templado,
que Febo enciende en él alegre cielo,
ni la noche siguiendo por la esfera
su esmaltada carrera,
término dan á mi contino duelo.
Recuerdo triste el curso presuroso
de mi edad descuidada
por el injusto amor acelerado;
tan en valde esperado
el bien, y el mal tan cierto y tan costoso,
y la paz suspirada
para siempre ahuyentada
del corazon. Cual Abrego violento
voló el placer de un año y otro año;
y el tardo desengaño
vino en pos de aquel pérfido contento.
Así tal vez por calles pedregosas
corre el turbio arroyuelo,
que al apartado mar raudo se aleja;
y cieno ingrato deja,
mientras sus ondas bajan presurosas,
en el estéril suelo.
¡ Ay! con ligero vuelo
pasó la verde juventud: pasaron
con ella risas, juego y cantares;
y de eternos pesares
el vestigio infeliz solo dejaron.
Un tiempo, un tiempo en el amable seno
de la inocencia pura
tranquilo reposé: con faz risueña
me acarició albagüeña;

y gocé libre y de inquietud ageno
su celestial dulzura.
Mas ¡ ay ! con mano dura,
con mano irresistible al mortal brio,
me arrancaste, ó amor, de su regazo,
y en tu funesto lazo
mi tierno pecho encadenaste impío.

Yo, simple, te adoraba, y tus loores
y tu alhago mentido
en lira juvenil canté gozoso;
mi lira, que amoroso
el padre Delio enguirnaldó de flores
y del lauro querido.
Ora en infausto olvido
yace, rompido el plectro y cuerdas de oro,
mustio el laurel, las flores marchitadas
entre el polvo pisadas,
y el triste dueño en miserable lloro.

Mas tú, amor, que embelleces la natura,
y en pez, en ave y fiera
la delicia y el ser benigno inspiras,
¿por qué egerces tus iras
solo contra el mortal? Beber procura
tu copa lisongera:
¿ por qué ponzoña fiera
le das en ella, si el placer brindaste?
Hiere blando tu harpon, dulce, apacible
en la planta insensible:
¡ Y al hombre sin piedad lo enerbolaste!

Sepultada en el yelo desfallece
del diciembre nevoso
la tierna rosa, honor de la pradera:
mas si á la primavera
el amante Favonio blando mece

su vástago espinoso,
del soplo cariñoso
siente la inspiracion, y conmovida
las bellas hojas tímida despliega,
y á amor su seno entrega,
y es delicia y placer su corta vida.
¡Dichosa flor! la juventud de un dia
gozas brillante, y mueres
sin ver la triste luz del desengaño.
Yo, infeliz, por mi daño
tu númen invoqué, razon impía,
y mas funesta eres
que los falsos placeres.
Tú disipaste el dulce devanéo,
que me alhagaba y dejas su memoria:
O vuelveme mi gloria,
ó de gozarla quítame el deséo.

XXIII.

Vénus buscando al amor.

Traduccion del Tasso.

Reyna inmortal de la tercer esfera,
hoy en la tierra busco
al fugitivo amor, mi dulce hijo.
Jugando ayer en mi encantado gremio,
ó maligno ó incauto
me hirió el costado con su flecha de oro:
y huyendo del castigo,
pasó los ayres súbito volando,
ni sé donde se oculta mi tesoro.
Recobrarle es mi afan: registré luego

todo mi cielo de una en otra parte,
y la esfera de Marte,
y cuantas dora con su hermoso fuego
el gran padre del dia,
y en ninguna encontré la gloria mia.
Ora, blandos mortales, pues mil veces
habita vuestro suelo,
vengo á ver si por dicha aquí ha bajado.
No espero entre vosotras encontrarle,
ó bellas ninfas: que aunque osado juegue
risueño con el oro ensortijado,
y en torno de las rosas
del semblante gentil vuele suave,
y piedades reclama
y pide albergue, vuestro pecho esquivo
rechaza al niño y su sabrosa llama:
mas los hombres amantes
en su pecho corteses le reciben.
Amigos, ¿dónde está mi amor amado?
quien me lo diga, tome de mi boca
por galardon el beso mas suave,
que Vénus sepa dar; y el que dichoso
le vuelva á mi regazo
de su destierro voluntario, espere
otro premio mayor; el mas precioso,
que puedo conceder, aunque conceda
del amor la estendida monarquía:
yo por el lago estigio
juro cumplir la celestial promesa.
¿Dónde está amor? ¿ninguno me responde?
¿todos callan? quizá yace escondido:
quizá del hombro las pintadas alas
dejó y del brazo el pasador temido,
y vive entre vosotros ignorado.

Mas yo sus señas os daré, que bastan
para burlar su astucia:
Aunque de edad y de perfidia cuenta
muchos siglos, es niño, y tan travieso,
que á cada instante muda sitio y forma,
jugueton y versátil: mas su juego
lleno está de peligro. Facilmente
prende y se apaga su iracundo fuego,
y casi en un momento llora y rie.
Su cabello, encrespado en rizos de oro
y poblado en la frente,
como los tiene la fortuna varia:
mas si vuelve la espalda, no hay alguno,
de que asírsele pueda. Sus colores
mas vivos son que la encendida llama:
su lascivo mirar pérfida risa
al soslayo derrama:
siempre en giro veloz los ojos mueve
y á fijar las miradas no se atreve.
Su lengua, que parece en miel suave
bañada de contino,
forma palabras dulces y graciosas,
y aunque tal vez truncadas é imperfectas,
son claras é ingeniosas.
En sus labios parece blanda risa,
y la perfidia y los engaños todos
aquella risa encubre,
cual entre ramo y flor fiera serpiente.
Primero humildemente,
cual pobre peregrino,
pide el niño por gracia una guarida;
mas en el pecho incauto ya acogido,
se ensoberbece y manda
altivo é insolente:

las llaves arrebata
del corazon: arroja al dueño antiguo,
y otro nuevo entroniza:
la razon esclaviza:
quita é impone leyes:
el que huesped entró, manda tirano;
y al que se opone á su sañudo imperio,
persigue y acongoja el inhumano.
Os dije ya sus señas:
si entre vosotros vive, yo os suplico
que digais donde está. ¿Sigue el silencio?
¿pensais quizá ocultármelo? ¿quién pudo
tener á amor oculto, simplecillos?
pronto los ojos y la lengua indicios
darán del huesped pérfido. El insano,
que en su pecho quisiere
cruda sierpe esconder, con grito agudo
vendrá al fin lastimado á descubrirla.
Mas pues aquí no encuentro
al hijo de mi amor, ántes que vuelva
á la esfera celeste,
buscarle quiero en apartados climas.

XXIV.

En las bodas de Mirtila.

Desde los mares de mi patria suena
el canto del amor: ¿qué ninfa hermosa,
qué celeste beldad ora conduces,
alma Vénus, al ara de Himenéo?
Mirtila, gloria de los dulces prados,
que dora el sol cayendo al occidente
con sonrisa benigna, de Cupido

al fin sintió los plácidos ardores.
Amor, supremo dueño de los seres,
hoy erige su trono entre las hijas
del africano mar: islas felices,
que veis al astro abrasador del cielo
templar cansado en vuestras frescas ondas
su guirnalda de luces fulminante,
no envidieis ya de Chipre ni Citera
los deleytosos valles. Nueva Psíquis,
por la que amor dejara la de Gnido
en su lecho de aromas, las orillas
del atlántico piélago hermoséa.
Está en su rostro la brillante nieve
templada con la rosa: la benigna
luz de sus ojos sobre el campo esparce
el plácido calor del sol naciente:
la pura risa de la blanca aurora
tiñe sus labios: su gracioso seno
es la colina, que en su falda cubre
los tesoros de amor: su hablar suave
es el canto de Vénus, con que á Adónis
alhagó blanda en su hechizado gremio.
No ya, felices campos de mi patria,
vereis yacer en inocencia inútil
tan bella flor, ni sola y sin amores
temer del tiempo la fatal guadaña.
No, Mirtila: la gracia encantadora,
el rostro de beldad, los ricos dones,
con que adornó Cupido tu hermosura,
no estériles serán. De ardor suave
tus ojos se animaron; y aquel fuego,
que en el pecho del jóven venturoso
encendiste, hechizando su existencia,
por el tuyo de nieve se dilata.

Entre cándidos lirios resplandece
la rosa del pudor sobre tu rostro,
y en tu hablar apacible se desliza
el gemido de amor: tu tierno pecho
bate y suspira, y en los bellos ojos
los rayos de Cupido centelléan.
Beldad, tú del hermoso amor recibes
las mas celestes gracias: á él las vuelve.
Deja, Mirtila, que tus sienes orle
su guirnalda de rosas: son cogidas
en el vergel de Idalia: con suspiros
y lágrimas amantes florecieron:
tejióla amor, y á tus hermosas plantas
los juegos y las risas la presentan.
Fecundidad sonrie: tu hermosura
mirará el genial lecho retratada
en venturosa prole, que en mil nudos
estrechará los lazos de Himenéo:
y amor feliz y amor correspondido
y amor sin fin coronará tus dias.
Mas ¿dó vuelo? ¿qué canto desusado
el pecho herviente llena? Del Permeso
miro correr las cristalinas ondas:
estas son, Pindos, tus umbrosas selvas,
aquel el valle de Helicon: la fuente,
dó reside el espíritu del canto,
de la castalia cumbre se desata.
Tu elogio son, Mirtila, dulces himnos
que resuena el Parnaso. El dios de Delo
así canta en la cítara divina,
que enfrena el fiero piélago y del Noto
acalla el ronco horrísono bramido:
« Ninfas del Pindo umbroso, entre las flores,
que la guirnalda de la esposa bella

tejen, y el mirto de la idalia márgen
entrelazad el lauro de Helicona.
Las artes, que otro tiempo su delicia
y dulce encanto de su edad primera
fueron, hoy la coronen; que no en vano,
bella Mirtila, tu naciente seno
para el amor formaron. Las lecciones,
que al sencillo pastor dictó Cupido
en el sonido de la ruda avena,
no en vano las oiste. El Euro blando,
el manso susurrar del sesgo rio,
Céfiro entre las flores bullicioso
imágen son de amor. Jóven felice,
no solo el puro rostro de Diana
y las gracias de Vénus en tus brazos
al pecho amante estrechas: cuanto el cielo
pudo inspirar de sus celestes dones,
el candor virginal, la fe constante,
la piedad dulce, el ánimo modesto,
por las sensibles musas instruido,
y al que no encubre avara sus tesoros
naturaleza, un genio sobrehumano
en tu dichoso seno se recata.
¡Ah! goza: del placer la dulce fuente,
que amor te brinda, agota: sé de amantes
el modelo y la envidia, y de Mirtila
gloria y felicidad; y ántes que el alba
colore al Teyde de su luz serena,
recibe el dulce beso de Himenéo.

SONETOS.

I.

Moises.

Espuesto fué del Nilo en la corriente
el que á Israel intrépido acaudilla,
borrando de la faz la vil mancilla
de esclavitud á su oprimida gente:
Y al rey, que en la niñez tierna, inocente
ensangrentó la bárbara cuchilla,
con vigor celestial hiere y humilla
y sepulta en el piélago inclemente.
Así necios los míseros tiranos,
ó mandan que no nazca el pensamiento,
ó que si nace audaz, al nacer muera.
Mas oculto se espone á los humanos,
y crece, y llega el vengador momento;
y al déspota sumerge la onda fiera.

II.

Orestes.

Dirige, Atrida, un númen enemigo
tu puñal, entre victimas errante;
y sangre brota abierto y palpitante
el seno, que aunque aleve, fué tu abrigo.
De venganzas argivas ya testigo
huye el sol: arde en ira el gran tonante;
y no despide el rayo devorante
por darte igual al crímen el castigo.
Vive, y vive á las furias entregado;
que de tu madre el adulterio feo
y el hierro infando á tu maldad no alcanza:

Y entre cuantos delitos han manchado
la casa infame del horrendo Atréo,
el delito mayor es tu venganza.

III.

Arístides.

Arrojas de tu gremio, pueblo insano,
porque el nombre de *justo* no te agrada,
de la virtud la imágen consagrada,
gloria y modelo del linage humano.
Pronto será, que la homicida mano
brille, de ilustre sangre mancillada;
y la teja, ya honrosa y deseada,
por la cicuta trocará inhumano.
Goza Esparta sus héroes: Roma altiva,
los triunfos y laureles prometiendo,
su feroz prole incitará á adquirirlos:
Y Aténas solo á la virtud esquiva,
los varones ilustres persiguiendo,
sabe, mas que otro pueblo, producirlos.

IV.

Demóstenes.

Rayo de la elocuencia, ¿por qué truenas,
si es ya la libertad un nombre vano?
Trasibulo, lanzando al espartano,
no el vicio y la maldad lanzó de Aténas.
De tu sublime voz la patria llenas:
brillan hasta y arnes contra el tirano:
mas ¡ay! del griego en la cuidada mano
las armas pesan mas que las cadenas.
Sumido en ocio y en delicias ¿quieres,

que el hierro, de los persas tan temido,
contra el astuto macedon esgrima?
Y aunque al tirano venzas, nada esperes:
que á un pueblo turbulento y corrompido
¿cuándo falta un Filipo que lo oprima?

V.

Focion.

¿Perdiste, pueblo ingrato, la memoria?
¡ay! ese anciano, que á la muerte envias,
por sus hazañas numeró sus dias,
y te dió en cada hazaña una victoria.
Con él morirá Aténas; y tu gloria,
que solo en sus virtudes sostenias,
se enterrará con sus cenizas frias,
y en su suplicio acabará tu historia.
Cuando hubo en ti valor, no lisongero
demandaste cual ínclitas mercedes
tu misma sangre á un bárbaro tirano.
Y esclavo ya del macedonio fiero,
libre y grande te juzgas, porque aun puedes
dar muerte al mas ilustre ciudadano.

VI.

Virginia.

Vuela, Virginia, por la vez postrera
de un padre al seno víctima adorada:
la libertad de Roma esclavizada
y el honor y la muerte allí te espera.
El puñal de Lucrecia otra vez hiera:
corra otra vez la sangre inmaculada;
y á los tartareos dioses consagrada

deje, tirano, tu cabeza fiera.
La ven, y vuelven del fatal desmayo
los tímidos esclavos, ya varones:
que al contemplar cual mano la vertia,
La oprimida virtud súbito rayo
rompe de los airados corazones,
y devora la infame tiranía.

VII.

Marco Bruto.

¿Pensaste, ó Bruto, que á nacer volviera
la libertad, dó Sila no aterrado
depuso la segur, de herir cansado,
teñida en sangre de la Italia entera?
¡De qué al mundo sirvió tu virtud fiera!
A un tirano clemente y desarmado
dado te fué oprimir; mas no fué dado
que libre Roma y corrompida fuera.
Pérfido Octavio, Antonio sanguinario
pendiente de un puñal con mano impía
tienen ya esa corona, que aborreces.
¡O virtud necia! ¡ó brazo temerario!
si era forzosa ya la tiranía,
¿por qué á monstruos tan bárbaros la ofreces?

VIII.

Roma bajo los Césares.

Pan y circenses pide el pueblo fiero,
que sometiendo á su constancia el hado,
al pie del capitolio vió postrado
al peno, al galo, al griego y al ibero.
Pan y circenses pide; y el que entero
no temió á Aníbal, junto á Roma armado,

aprende de sus triunfos ya olvidado,
á obedecer á un déspota altanero.
Mas de aquella pobreza, que dió leyes,
de aquel valor, fatal á los humanos;
que hizo temblar los pueblos y los reyes:
Conserva aun degradado las señales;
y así tan solo pide á sus tiranos
breve alimento y juegos funerales.

IX.

Tito.

Aquí yace el gran Tito, que elegido
para colmar la tierra de alegría,
del trono desterró la tiranía,
y venerado fué sin ser temido.
Y aunque el cetro, á sus manos concedido,
hasta el linde del orbe se estendia,
igualó al cetro la virtud, y el dia,
que no hizo un bien, lloró como perdido.
El hierro destructor la parca esgrime,
y sus floridos años inclemente
lanzó al abismo del sepulcro helado.
Mas el amor universal lo exime:
que jamas morirá, quien justamente
delicia de los hombres fué llamado.

X.

Marco-Aurelio.

A ti, sublime Aurelio, que el romano
venera entre sus dioses por primero,
he de cantar; á ti, del orbe entero
padre, moderador y ciudadano.
Tú á Roma, herencia siempre de un tirano,

registe á todos blando, á ti severo:
el cetro de Neron sañudo y fiero
fué adorable y benéfico en tu mano.

Y acusando las bárbaras crueldades,
que el poderío y la ambicion maquinan,
tu nombre irá diciendo á las edades;

Que solo imperio justo y justas leyes
hay, donde los filósofos dominan
ó donde son filósofos los reyes.

XI.

El trono.

De la regia amistad por fruto adquiere
Arato una ponzoña devorante:
á Luna incauto el odio, ya triunfante,
con la segur de la justicia hiere:

Y la hermosa israelita, que prefiere
un rey al cetro y al laurel brillante,
casi en los brazos de su augusto amante
de mil puñales traspasada muere.

Conoce Arato á su asesino, y gime:
Raquel su tierno Alonso en vano nombra:
á Luna cubre ignoble sepultura.

Ya el trono ¿á quién deslambra ¿á quién oprime,
sabiendo que es mortífera su sombra
al valor, la amistad y la hermosura?

XII.

A Fernando III de Castilla.

Fernando, honor del trono, tú el primero
su invicta fuerza á nuestra España diste;

á la discordia audaz freno impusiste
y debelaste al mahometano fiero.
Padre del venturoso pueblo ibero,
aun mas que de tus hijos, tú reuniste
virtudes de hombre y rey, y á un tiempo fuiste
sabio, legislador, justo y guerrero.
Dejaste al Bétis tus cenizas caras:
al Bétis, cuyos altos torreones
purgó tu acero del comun tirano.
Y si tan pronto al cielo no volaras,
hubieras tremolado tus pendones
en las playas del bárbaro africano.

XIII.

Sully.

Noble Sully, tú osaste ser humano
junto al altivo trono, y sus favores
dispensaste, á pesar de aduladores,
fácil al pobre y duro al cortesano.
Fuiste amigo, no esclavo ni tirano
de un rey; y á los fanáticos furores,
de pérfida ambicion encubridores,
la máscara arrancó tu sabia mano.
Tú á la Europa, ignorante todavía,
enseñaste el primero quien conserva
mejor que el hierro el solio de los reyes:
Y siendo el pro comun tu eterna guia,
las dádivas de Pluto y de Minerva
enlazaste en el cetro de las leyes.

XIV.

A Enrique IV. de Francia.

Mueres, Enrique, y en la tumba encierra
fanático furor los bellos dias,
que á tu patria, á la Europa prometias,
plegado ya el pendon de infanda guerra.
Si tu clemencia y tu valor lo aterra,
sus iras se embravecen mas impías;
y en vano mil virtudes oponias
al monstruo vil, que dominó la tierra.
Pasó la horrible noche de su gloria;
y en el oscuro abismo encadenado
ni aguza su puñal, ni sangre vierte.
Mas aun espanta al mundo su memoria;
y de tan fieros crímenes culpado,
el mas fiero de todos fué tu muerte.

XV.

Gonzalo de Córdoba.

Tú, Gonzalo inmortal, fuiste el primero,
que dictó leyes al furor de Marte:
por ti siempre invencible su estandarte
en ambos orbes tremoló el ibero.
El altivo frances y el turco fiero
probaron ya tu espada, ya tu arte,
que de la tierra á la abrasada parte
ántes lanzara al árabe guerrero.
Sin dejar de ser fiel, fuiste envidiado
de tu rey, y en su tumba, que cercana
fijó á la tuya misterioso el hado;
Gime al ver que tu gloria y la española

coronan tu ceniza; y sombra vana
aun se indigna del Liri y Ceriñola.

XVI.

A la muerte de Don Ramon de la Paliza, mi amigo.

Vive el inicuo, y logra sosegado
de crímenes sembrada su carrera,
y burlà en larga vida y placentera
la tarda indignacion del cielo airado.
Y el justo, cuyo aliento prolongado
dulce consuelo de los hombres fuera,
baja al sepulcro en su sazon primera,
de la envidiosa parca arrebatado.
¡Ay! cuando mas de ti se prometia,
en tu temprana edad te pierde el suelo,
y la fe y la bondad mueren contigo.
Y robó el hado en tan acerbo dia
á las virtudes su mejor modelo,
y al triste humano su mayor amigo.

XVII.

A Eutimio.

Suele al mirar la nave zozobrando
alegrarse el que habita en la ribera,
no del mal, que á los náufragos espera,
sino de la quietud, que está él gozando.
A mí, del crudo piélago escapando,
en que probé de amor la saña fiera,
la razon bienhechora, aunque severa,
me da en su seno acogimiento blando.
Mas defendido con su amparo cierto

y asegurado en su eminente abrigo,
tiemblo, Eutimio, á la mar embravecida:
Pues al tender la vista desde el puerto,
eres tú el que naufragas, dulce amigo,
mitad, la que mas amo, de mi vida.

XVIII.

A Alcino.

El que escapó del piélago violento,
habiendo ya bebido la onda fiera,
fastidiado vegeta en la ribera,
y volver quiere al mar y al crudo viento.
Mi corazon tornó, de amor esento
y escarmentado, á su quietud primera:
mas ¡ ay ! ya nada teme, nada espera,
y es sinsabor y es tedio cada aliento.
Detesto la razon: su luz me ofende:
amo el placer falaz, que fué mi daño,
y echo ménos, ó amor, tus dulces dones.
Que no, mi Alcino, sin dolor se aprende
tras tantos siglos de sabroso engaño
el arte de vivir sin ilusiones.

XIX.

A Delia.

Si vi tus ojos, Delia, y no abrasaron
mi corazon en amorosa llama,
si vi tus labios, que el abril inflama
de ardiente rosa, y no me enagenaron:
Si vi el seno gentil, dó se anidaron
gracias, dó el carmin, que Vénus ama,
sobre luciente nieve se derrama,

é inocentes mis ojos lo miraron :

No es culpa, no, de tu beldad divina :
culpa es del infortunio, que ha robado
la ilusion deliciosa al pecho mio.

Mas si en el tuyo la bondad domina,
mas querrás la amistad de un desgraciado,
que de un dichoso el tierno desvarío.

XX.

La sociedad.

Dó el bárbaro habitó choza mezquina
de sangre y latrocinios siempre ansioso,
seguro por la ley, quieto y dichoso
el hombre en las ciudades se avecina.

Y dó se alzaba bajo triste encina
el crudo altár del druida espantoso,
vergeles pinta el mayo delicioso
y recama de mieses la colina.

Estos son, sociedad, tus gratos dones :
tú al placer, tú á la paz, tú al amor santo
convidas los humanos corazones.

Que la perfidia vil, el odio esquivo,
y de la envidia el rencoroso llanto
reliquias son del bosque primitivo.

XXI.

La envidia.

Dulce es á la codicia, cuando alcanza
doblar el oro inútil, que ha escondido :
dulce al amor, feliz ó desvalido,
meditar ya el placer, ya la esperanza.

Dulce es tambien á la feroz venganza,

que no obedece al tiempo ni al olvido,
los sedientos rencores, que ha sufrido,
apagar entre el fuego y la matanza.
A un bien aspira todo vicio humano:
teñida en sangre la ambicion impía
sueña en el mando y el laurel glorioso.
Sola tú, envidia horrenda, monstruo insano,
ni conoces ni esperas la alegría:
que ¿dónde irás, que no haya un venturoso?

XXII.

La esperanza.

Dulce esperanza, del prestigio amado
pródiga siempre, que el mortal adora,
ven, disipa piadosa y bienhechora
las penas de mi pecho acongojado.
Vuelve á mi mano el plectro ya olvidado,
y al seno la amistad consoladora:
y tu voz, ó divina encantadora,
mitigue ó venza la crueldad del hado.
Mas ¡ ay ! no me presentes lisongera
aquellas flores, que cogiste en Gnido,
cuyo jugo es mortal, aunque es sabroso.
Pasó el delirio de la edad primera,
y ya temo el placer, y cauto pido,
no la felicidad, sino el reposo.

XXIII.

La razon inútil.

Es tarde ya para que amor me prenda
en su lazo alhagüeño y fementido:
que aunque tal vez de la razon me olvido,

el yelo de la edad ¿ quién hay que encienda ?
Es tiempo ¡ ay triste ! que á su voz atienda,
mi juvenil esfuerzo ya perdido ,
despues de haberla insano desoido ,
cuando ser pudo de mi esfuerzo rienda.
Así va: los humanos corazones
sufren en la verdad y en el engaño ;
y sin gozar de sí ni un solo dia ,
Venden la juventud á las pasiones ,
la edad madura al triste desengaño ,
y la vejez á la razon tardía.

XXIV.

A Elisa.

En vano, Elisa , describir intento
el dulce afecto , que tu nombre inspira ;
y aunque Apolo me dé su acorde lira ,
lo que pienso diré , no lo que siento.
Puede pintarse el invisible viento ,
la veloz llama , que ante el trueno gira ,
del cielo el esplendor , del mar la ira ;
mas no alcanza al amor pincel ni acento.
De la amistad la plácida sonrisa ,
y el puro fuego , que en las almas prende ,
ni al labio , ni á la cítara confio.
Mas podrás conocerlo , bella Elisa ,
si ese tu hermoso corazon entiende
la muda voz , que le dirige el mio.

XXV.

Del amor.

Alcino , quien los ásperos rigores

de una ingrata beldad vencer procura,
ni encantos á la tésala espesura,
ni á la remota Cólcos pida flores.
Amar es el hechizo, que en amores
la victoria y las dichas asegura,
y somete el pudor y la hermosura,
y corona al amante de favores.
Mas si el vil seductor quiere que sea
una impura pasion amor hermoso,
no se admire de verla desdeñada.
Que no es amante el que gozar deséa,
sino el que sacrifica generoso
su bien y su placer al de su amada.

XXVI.

La ausencia.

Nace la aurora, y el hermoso dia
brilla de rojas nubes coronado:
en mi pecho, de penas abrumado,
la sonrosada luz es noche umbría.
De las aves la plácida harmonía
es para mí graznido malhadado,
y estruendo ronco y son desconcertado
el blando ruido de la fuente fria.
Brotan rosas el soto y la ribera:
para mí solo, triste y dolorido
espinas guarda el mayo floreciente.
Que esta es, ó niño dios, tu ley primera:
no hay mal para el amor correspondido,
no hay bien, que no sea mal para el ausente.

XXVII.

La duda.

¿ Si será de amistad , Fílis hermosa ,
la grata llama , que en el pecho siento ;
que como propio tu dolor lamento ,
y soy feliz , cuando eres venturosa ?
¿ O será amor ?- Tu imágen deliciosa
grabada está en el alma , y el momento ,
que obligado la deja el pensamiento ,
me es ingrato el pensar , la vida odiosa.
Amor es. Este ardor de verte , este
inefable placer cuando te veo ,
¿ quién sino el dulce amor puede inspirarlo ?
Mas ¡ ay ! es como tú puro y celeste :
é ignorando los fuegos del deséo ,
alhaga el corazon sin abrasarlo.

XXVIII.

A mi amada , en el dia de su santo. (1)

Ven , primavera , ven ; y antes que dores
la hermosa cuna , donde nace el dia ,
el dulce nombre de la amada mia
corona con tus rayos y esplendores.
Brote la tierra anticipadas flores :
sople el aura gentil , que el mayo cria :
rebose en selva y prado la alegría
y el ruiseñor festivo cante amores.
Añade nuevo lustre á la hermosura
de mi adorado bien , y nuevo encanto

(1) 19 de marzo.

á aquel mirar, que cuando hiere, alhaga.
Y añade nuevo fuego á la ternura
de su pasion: que nunca será tanto,
que al de mi ansioso pecho satisfaga.

XXIX.

La belleza: traduccion del Petrarca.

¿Dónde cogió el amor ó de qué vena
el oro fino de su trenza hermosa?
¿en qué espinas halló la tierna rosa
del rostro, ó en qué prados la azucena?
¿Dónde las blancas perlas, con que enfrena
la voz suave, honesta y amorosa?
¿dónde la frente bella y espaciosa,
mas que el primer albor pura y serena?
¿De cuál esfera en la celeste cumbre
eligió el dulce canto, que destila
al pecho ansioso regalada calma?
Y ¿de qué sol tomó la ardiente lumbre
de aquellos ojos, que la paz tranquila
para siempre arrojaron de mi alma?

XXX.

La timidez: traduccion del Petrarca.

Cuando el planeta, que embellece el dia,
vuelve á la casa del rosado toro,
y entre las puntas de encendido oro
vivificante ardor al suelo envía:
No á la faz solo de la tierra fria
da en bellas flores nítido decoro:
mas de la vida el celestial tesoro
lleva del centro á la mansion umbría.

Así mi hermoso sol su luz me ofrece:
me mira, y va en mi seno derramando
de dulce y blando amor llama alhagüeña.
Mas ¡ ay ! mi labio tímido enmudece;
y aquel precioso fuego malogrando,
pierdo sin fruto la estacion risueña.

XXXI.

La querella: traduccion del Petrarca.

Cuando Febo en los piélagos de Atlante
templa su ardor y el ayre se oscurece,
quejas doy de mi mal, que entonces crece
á la alba luna, al cielo rutilante.
Mi dolor cuento, simple é ignorante,
á amor, que en los rendidos se enfierece;
al adormido mundo, que enmudece,
y al dueño esquivo de mi pecho amante.
De mis cansados ojos huye el sueño:
triste suspiro y lamentable lloro
en mi rostro y mis labios halla el dia.
En tanto el alba su esplendor risueño
difunde hasta el cenit: ¡y el sol, que adoro,
no amanece á templar la pena mia!

XXXII.

La noche: traduccion del Petrarca.

Ora que callan cielo, tierra y viento,
y duermen sosegados ave y fiera,
el negro carro lleva por la esfera
la noche, y yace el mar sin movimiento:
Yo solo peno y ardo, y ni un momento
desbrava mi dolor, ni tregua espera:

mas ¡ay! que él es de mi existencia entera
á un tiempo la delicia y el tormento.

En un raudal cuajado de amargura
mi ardiente sed alivio y refrigero,
una es la mano, que me hiere y cura.

Y así en el breve término de un dia
mil veces, crudo amor, renazco y muero,
y siempre incierta está la vida mia.

XXXIII.

Regalo á una nueva esposa: traduccion del Bondi.

Esta, que aun lleva la encarnada espina,
gloria de su vergel, purpúrea rosa,
y esta blanca azucena y olorosa,
bañada de la lluvia matutina;

Un pastorcillo á tu beldad divina
ofrece, pobre don á nueva esposa;
y no mal te convienen, Fili hermosa,
cuando á adornar tu pecho las destina.

Del virgíneo carmin la rosa llena
retrata tu pudor, y en sus albores
tu casta fe la cándida azucena;

Y ese mirto, que anuda las dos flores,
es, felices esposos, la cadena,
con que os enlaza el dios de los amores.

XXXIV.

La necedad: traduccion del italiano.

El duro remo en la cansada mano
y sometido al látigo inclemente,
implora el galeote tristemente

la libertad, aunque la implora en vano.
Mas si tal vez la alcanza, luego insano
de abandonar los mares se arrepiente:
la dicha de ser libre ya no siente,
y en precio vil la vende á su tirano.
Así yo, delirante, dueño impío,
con la argolla fatal mi cuello gravo,
aunque logré por tu traycion romperla.
Y aun es mayor que su delirio el mio:
pues sin merced alguna ser tu esclavo,
es dar la libertad y no venderla.

XXXV.

El amor perfecto: traduccion del Zappi.

Amo á Leucipe: aunque Leucipe ignora
mi callada pasion, la amo constante:
mi gloria es adorarla: el pecho amante
ni premio anhela, ni piedad implora.
Y la amo, aunque gentil y alhagadora,
á un dulce esposo su belleza encante:
que no el purpúreo celestial semblante,
ni el lindo seno en ella me enamora.
Y la amaré, cuando la pompa verde
marchite de su abril el tiempo odioso:
que amo en ella aquel bien que no se pierde.
Y la amaré, cuando eclipsada estrella
desfallezca mortal: que mas hermoso
será entonces el bien, que adoro en ella.

ROMANCES.

I.

A Eutimio, en la muerte de su madre.

«Ad tumulum, viridi quem cespite inanem,
et geminas, causam lachrymis, sacraverat aras.»

VIRG.

Si es cierto, que amistad blanda
tristes lágrimas enjuga,
bien la mano de tu Anfriso
podrá suavizar las tuyas.
¡Ay dulce Eutimio! si iguales
nos maltrató la fortuna:
si iguales en su regazo
nos acogieron las musas:
y si iguales en tus aras,
amable virtud, nos juntas,
¿por qué, de tu pena avaro,
á un tierno amigo la ocultas?
Ese túmulo, ceñido
de helecho y verbena mustia,
que levanta entre cipreses
su humilde pompa y oscura;
di, ¿qué cenizas contiene?
¿es de un caro amigo tumba,
ó bien el amor lo erige
á malograda hermosura?
¿Gimes? ¿y á mi voz responden
ardientes lágrimas mudas?
y los acentos, que empiezas,

entre suspiros se anudan?
Lo que tú ostinado callas,
ese mármol lo divulga,
dó de su víctima el nombre
perdonó la muerte dura.
De tu dolor el misterio
la amistad temblando busca:
A la mejor de las madres
de un fiel hijo la ternura.
¡Infeliz! gime y lamenta:
nunca tus lágrimas, nunca
igualarán tu ínfortunio,
por acerbas ni por muchas.
¡Perdiste una madre! ¡ó nombre
de inefable amor, que anuncia
cuantos afectos á un alma
ó la deleytan ó angustian!
Tal vez la amistad violan
del insano amor las furias,
cuyo estrecho lazo rompe
la infidelidad perjura.
Entre ambiciosas sospechas,
amor paternal, fluctúas;
y un hijo ingrato é indócil
la ley mas sagrada burla.
Mas ¡ay! del pecho materno
¿cuándo faltó la ternura?
ni ¿qué ardor ó qué constancia
podrá igualarse á la suya?
Lloremos, mi dulce Eutimio,
lloremos juntos. La tumba
allá en los campos del Bétis
mi adorada madre oculta.
Y á ti, lejos de tus brazos

te la arrebató sañuda
la parca, dó tus amores
remoto sepulcro cubra.
¡ Siquiera el yerto cadáver
poseyeses; y en la urna
su helada ceniza fuera
testigo de tu amargura!
solo un túmulo vacío
consagras, imágen muda
del dolor, falaz imágen,
que tus acentos no escucha.
Este solitario asilo,
que el sol apénas alumbra,
y donde flébil el aura
tristes acentos murmura:
esas ramas lastimeras,
que al suelo bajando mustias,
fúnebre pompa de otoño,
la muerte del año anuncian:
esta fuente, que resbala
callada por la espesura:
aquella selva, que aterra
melancolica é inculta:
ese monte, que amenaza
con su pesadumbre adusta
todo el campo, y que parece
túmulo de la natura:
albergue de la tristeza
son, y las almas lo buscan,
que á gemir sin esperanza
condenó la suerte injusta.
Aquí, Eutimio, lamentemos
tú mis penas, yo las tuyas,
y nuestras lágrimas sean

como los consuelos mutuas.
Tu herida, por ser reciente,
es quizá la mas profunda:
y quizá al dolor de hijo
otros recuerdos se unan.
La pérdida de una madre
aflige el alma mas dura:
¿ qué será, cuando es Rosaura
la que el túmulo sepulta?
Rosaura, honor de las playas
gaditanas, en quien juntas
por la primer vez se vieron
ciencia, virtud y hermosura.
Aquel corazon, que en valde
no imploró el infeliz nunca,
y que en el tuyo la imágen
de su piedad perpetúa:
aquel alma noble y sabia,
que hermanó con la ternura
de esposa y madre las prendas
que á una ciudadana ilustran:
que de la inocencia hermosa
conservó la llama pura,
y agradable á Dios y al hombre
toda justicia acumula:
¿ quién dignamente, mi Eutimio,
podrá llorarla? ¿ qué cruda
afliccion, qué acerba pena
debe igualarse á la tuya?
Mas ¡ oh! ¿ perdida es por siempre?
¿ su existencia por ventura
en el seno de la nada
callada sombra se oculta?
¡ Ah! que no: vive y gloriosa

por eternidades triunfa,
ni es, que el Dios de las virtudes
que fenezca el justo sufra.
Si: la tumba inexorable
podrá en su tiniebla oscura
cubrir el polvo aterido,
que un frágil vínculo anuda:
mas no el espíritu hermoso,
que altivo y noble se encumbra
sobre la region etérea
del solio inmenso á la altura:
y allí en el gremio sagrado,
fuente de amor, dó se inunda
de celestiales placeres,
espera que á él te reunas.
Un tiempo será, mi Eutimio,
que el orbe estallando cruja,
y entre piélagos de fuego
cielos y tierras se hundan.
El sol yacerá apagado,
caerá deshecha la luna,
y en la confusion primera
se abismará la natura.
Entonces su hermosa alma,
libre en la mansion augusta,
sobre las ruinas del mundo
brillará cándida y pura.
¿Cuál es tu victoria, ó muerte,
si aun esa ceniza mustia,
en que te cebas, es fuerza
que el sepulcro restituya?
Ella desde el alto cielo
tus lágrimas ve y enjuga,
dulce amigo, y se enternece

del dolor, que le tributas.
¿No la sientes mas suave,
mas madre que lo fué nunca,
como invisible y presente
tu amargo penar endulza?
¡Ay! aquellas almas tiernas,
que en la tiniebla profunda
ven de clara luz bañadas
las lóbregas sepulturas:
cuando las sombras, que adoran,
se aparecen: cuando escuchan
dulces cantos, que el silencio
de los sepulcros perturban:
sin duda el júbilo santo
prueban, que tú ahora, y sin duda
la fe, el amor y el consuelo
su exaltada mente ofuscan.
¡Dulce ilusion! ya tus ojos
en grato lloro se anublan,
y la ferviente esperanza
todas tus penas subyuga.
Gimamos, pues, y esperemos:
declina la edad caduca,
y en la orilla del sepulcro,
flor del placer, yaces mustia.
Cetros, coronas y espadas
en su abismo se sepultan:
allí calla la elocuencia
y se eclipsa la hermosura.
Solo la virtud ignora
los horrores de la tumba,
y en el naufragio del mundo
sobrenadará segura.
Renunciemos en sus aras

las brillantes imposturas
de la vida: el denso veló
cayga á la maldad inmunda.
Las lágrimas, que vertamos,
santa piedad nos infundan,
y la humanidad doliente
socorramos en su angustia.
Este de dolor sagrado
monumento nos reunas,
donde ¡ó virtud! gozaremos
tu contemplacion profunda.
Que en las sombras del sepulcro
altos misterios se ocultan:
mas que la vida parlera
enseña la muerte muda.

II.

La cabaña.

Entre las cimas del Alpe
sobresalen dos montañas,
que coronadas de nieve
al cielo sus frentes alzan:
una al grato mediodía
presenta la herbosa falda;
otra hácia el norte se eleva
y del Aquilon la ampara.
Yace entre las dos un valle,
del abril querida estancia,
y á fecundar sus praderas
un claro arroyuelo baja.
En estas sierras mi padre
fijó su humilde cabaña,

guarida de la inocencia
y de la virtud morada.
Su pajizo techo, espuesto
al Austro que lo regala,
jamas del Noto alterado
probó la indomable saña.
Libre del Bóreas, sus yelos
tarde ó nunca la maltratan,
y el astro hermoso del dia
con blanda lumbre la alhaga.
En la falda, que visitan
los Céfiros, colocada,
domina el bosque del Yser
y del Ródano las playas.
Ofrecen fecundos prados
alimento á las manadas,
y las vertientes estío
de doradas mieses cuaja.
Sabrosa é incauta pesca
da el arroyo y dulce agua,
y las breñas de los montes
fácil y segura caza.
El rústico caserío
coronan tendidas hayas,
que para contar mis años,
ó amado padre, plantabas.
Entre ellas lozanos crecen
cercos de pura esmeralda,
adonde el mirto y la rosa
unen matiz y fragancia.
Mas allá brotan los frutos
de Vertumno: en las quebradas
del monte sus blandas pomas
el paciente otoño aguarda.

Allí nací, y allí alegre
mi simple niñez gozaba,
cuando destrozó mi asilo
el rayo de la desgracia.
¡Feliz el que nunca ha visto
mas rio que el de su patria;
y duerme anciano á la sombra,
dó pequeñuelo jugaba!
Del autor del universo
bendecir la mano sabia
y amar á mi padre fueron
los cuidados de mi infancia.
Dios quiso que mis delicias
huyeran cual sombra vana,
y que desde niño el cáliz
del infortunio probara.
Mi padre, fiador de un pobre,
sintió la justicia avara
del acreedor, y á otro dueño
pasó mi humilde cabaña.
En ella murió, llorando
mi niñez desamparada,
y entre las hayas del huerto,
mas feliz que yo, descansa.
Un anciano virtuoso
mis lágrimas enjugaba,
y de mi horfandad abrigo
fué su no opulenta casa.
Dió á mi juventud consejos,
dio á mis penas esperanza,
y en él un segundo padre
la providencia me guarda.
Mas ¡ay! para mí no hay dicha
lejos de aquella cabaña,

aquel valle, aquella fuente,
que impresas llevo en el alma.
¿Qué me importan las ciudades,
la opulencia, ni las galas,
de frívolos corazones
inquietudes adoradas?
Mas quiero el tranquilo ambiente,
que en mi niñez respiraba,
que los ámbares del Ganges,
ni los perfumes de Arabia.
Mas quiero el grato silencio
de la repuesta enramada,
solamente interrumpido
por las fuentes ó las auras,
que de las soberbias cortes
las bulliciosas estancias,
donde todo es impostura,
todo, hasta el placer, engaña.
Mas quiero el humilde lecho,
dó fácil el sueño alhaga,
que velar medroso y triste
entre ropas de oro y grana.
En la dulce medianía
mi edad dichosa gozara,
de envilecida miseria
libre y de opulencia vana.
Bajo la paterna choza
alegres me despertaran,
cuando despunta la aurora,
los trinos de la alborada.
Entonces la tarda yunta
siguiera; ó si junio alza
ya de maduras espigas
la rubia sien coronada;

el dulce esquilmo de Céres
á las campiñas robara,
ó al favor del fresco viento
hiciera crecer la parva.
Ya bajo los pies el nectar
de Baco se deslizara:
ya el setiembre de sus frutos
me cediera la guirnalda.
Cuando abre la puerta al año
la primavera rosada,
y en el seno de las flores
moja el Céfiro sus alas:
cuando todo es vida, todo
placer: cuando brilla ufana
la bella naturaleza
con su mas pomposa gala:
del Dios, que anima los orbes,
la grandeza contemplara,
cantando los beneficios
de su diestra soberana.
Cuando á mi adorado padre
tierno llanto consagrara,
fuera su tumba mi templo
y su vida mi enseñanza.
En el trabajo y descanso
imitandole, las hayas,
que plantó, su fresco abrigo
por la siesta me brindaran.
Asi, cual tímida fuente,
que entre adelfas va callada,
no conocidos del hombre
mis dulces años volaran:
hasta que el golpe forzoso
diese la fatal guadaña,

y en la tumba de mi padre
mis cenizas reposarán.
¿Cuándo ilusion tan amable
veré en realidad trocada,
ó querida choza mia,
dulce objeto de mis ansias?
Dicen, que á cobrar mi herencia
corta cantidad bastara
de ese metal peligroso,
que los ciudadanos aman.
Almas tiernas, que mis males
escuchasteis y su causa,
vuestra piedad generosa
un desgraciado reclama.
Pueda una vez la opulencia
hacer un feliz, de tantas
como oprime al desvalido
y sus lágrimas ultraja.
Y pues hay quien mas estima
el oro que mi cabaña,
y á precio de un vil metal
la felicidad se alcanza:
dadme para conseguirla,
que en siendo mia, de entrambas
Indias las riquezas todas
hollaré con firme planta.
Así el Hacedor supremo
os corone de sus gracias,
y de prole virtuosa
felices padres os haga:
y en vuestra vejez postrera
á la paternal morada
para besaros la mano
numerosos nietos vayan:

favoreced mis deséos,
alentad mis esperanzas:
que en brazos de la virtud
la felicidad me aguarda.
Y el Dios, que protege al pobre,
y que la inocencia ampara,
mis piadosos bienhechores
premiará con mano larga.

III.

Celima.

Si quieres ver, Zaide amigo,
todo el cielo en una bella,
y competirse hermanadas
bondad, gracia y gentileza;
no faltarás esta tarde
del Genil en la alameda,
que es la fiesta de Celima,
y corren cañas por ella.
Celima, honor de Granada,
y de la hermosura reyna,
la adorada de su esposo,
la celebrada en la vega.
No hay dama que no la envidie,
no hay moro, que no la quiera,
del Guadalquivir al Dauro
y del estrecho á la sierra.
Mira ya por el Alhambra
bajar cuadrillas diversas,
cuyas lanzas y garzotas
vistosamente se mezclan.
Ven, y admirarás el fausto

de las galas y libréas,
los recamados jaeces,
y las africanas yeguas:
y en los palacios y huertos,
que el herboso valle cercan,
reunida de Andalucía
la hermosura y la opulencia.
Mas cuando al balcon saliere
Celima por ver las fiestas,
fijarás en ella sola
tu vista vaga é incierta.
Ya no hay ojos para Arminda,
para Fátima ó Benzeida:
que habiendo visto á Celíma,
no hay beldad, que lo parezca.
Correrá el velo de gasa
á sus dos claras estrellas,
y envidia serán del dia,
y gloria del que las vea!
Cuando el almaizar listado
á la ayrosa espalda tienda,
y en rizos de ébano puro
suelte la umbrosa madeja:
guarda el corazon, amigo,
que en aquellas redes negras
no hay alma, que no encadene,
ni libertad, que no prenda.
Menos brillará en su frente
el cerco de ricas perlas,
que en sus mejillas la rosa
y en sus manos la azucena.
Las plumas de su turbante
no tan gallardas ondéan,
cuando apacible las mece

el viento de la ribera;
como el talle delicado
inclina afable y risueña,
si á saludar se levanta
á sus amigas y deudas.
Centro blanco y cabos rojos
son los colores, que precia;
porque significan juntos
sinceridad y terneza.
Como el sol es su hermosura,
que hechiza á todos y alegra:
su familia la idolatra,
y las demas la veneran.
De amantes hijos cercada,
oliva fértil semeja,
que entre copiosos renuevos
promete mas á la vega.
Y si ha podido sus gracias
decirte mi tosca lengua,
las virtudes de su alma
se sienten, no se celebran.
¿Ves la gloria, que la ilustra,
los placeres, que la cercan,
sin que el destino ni el tiempo
á su ventura se atrevan?
¿Y entre tantos corazones,
que solo agradarla anhelan,
corrèr sus felices dias
en serenidad perpetua?
pues en secreto derrama
piadosas lágrimas tiernas,
(yo lo sé bien, que ella misma
me honró con su confidencia)
por un infeliz, que gime

en la prision de Baeza,
dó sus contrarios le tienen
ó con justicia ó sin ella.
Este infortunio la aflige,
este tormento la aqueja:
que no es Celíma dichosa,
si sabe que hay quien padezca.
Dulce corazon, que solo
para la virtud alientas,
cuando tú las lloras, ama
el desgraciado sus penas.
Esta angélica ternura
no es conocida en la tierra,
que hay piedades, que envilecen,
y consuelos, que atormentan.
Mas Celíma ¡ santos cielos !
cuando alivia la miseria,
piden sus modestos ojos
el perdon de conocerla.
Al que blanco de sus iras
eligió la suerte adversa,
le basta ser infelice
para que su amigo sea.
¡ Con qué suavidad le mira !
¡ cómo se pinta alhagûeña
en su apacible sonrisa
celestial beneficencia !
Si en el corazon de un hijo
despuntā la flor primera
de la bondad, y al mendigo
tiende la mano, aun incierta:
¡ con qué ardor, con qué delirio
al dulce seno lo estrecha;
y en mil regalados besos

su virtud naciente premia !
¡ Si la vieras cual suspira
con el triste ! ¡ si la vieras
el secreto de sus males
arrancar á la indigencia !
Cuando tormentos mas graves
á un pecho infeliz apremian ,
su elocuencia compasiva
ó los suspende , ó los templa.
Dígalo el cisne del Tajo ;
á quien dió fortuna ciega
en cada virtud un riesgo
y un suplicio en cada idea.
Lejos de su patria amada
gime en indigna cadena :
solo tu amistad , Celima ,
sus males adormeciera.
O yo lo diga. Deshecho
el timon , rotas las velas ,
y destrozado el navío
de los mares y las peñas ;
abortado de las olas
apénas besé la arena ,
cuando , deidad de infelices ,
encontré mi puerto en ella :
y aunque tú sabes , amigo ,
que no hay remedio á mi pena ,
llagas , que alhague , mortales
serán sino las consuela.
Dios á la tierra , Celima ,
te concedió , porque hubiera
ángel para el infortunio
y para el naufragio estrella.
Tu imaginacion ardiente

otro ensalzará, ó la fuerza
de ese ingenio que te abre
el imperio de las letras:
ó ya el delicado instinto
de lo bello, á quien presentan
el saber y la armonía
sus mas preciadas riquezas:
ó tu donayre, ó las gracias
de tu nativa elocuencia,
ó el no comun maridage,
de la hermosura y modestia.
Mas cuantos dones prodigan
fortuna y naturaleza,
nada son, si no es piadosa
el alma, que los poséa.
Esta es la beldad, que solo
adoro yo en tí: que esta
ni el tiempo la descolora,
ni los cuidados la menguan.
Mas ya de Sierra-nevada
el sol á apartarse empieza,
y las cuadrillas se cruzan,
y las dulzaynas resuenan.
Ven conmigo, y tomaremos
puesto de donde la veas,
y allí admirarán tus ojos
mas que te ha dicho mi lengua.
Esto á Zayde, el desterrado
del Guadalquivir dijera,
y hácia el Genil se encaminan
á ver las cañas por verla.

IV.

Belinda.

¿Qué hechizo derrama el cielo,
hermosa, en tu voz divina,
que ya en las almas no cabe
otro placer, que el de oirla?
No á la nacarada aurora,
cuando el oriente ilumina,
con mas dulzura aplaudieron
las pintadas avecillas.
No mas lastimera y tierna
la amorosa tortolilla
lamentó al perdido esposo
en las ramas de la umbría.
No mas grato el arroyuelo,
saltando entre tersas guijas,
con blando murmurio alhaga
los céfiros de la orilla.
Ni el ruiseñor, si desoye
su voz la consorte esquiva,
mas dolorosas querellas
al eco del valle envía.
El amor, cuando en tu rostro
sembró la rosa enceudida
del abril, cuando en tus labios
destiló la miel del Hibla;
porque á tu hermosura no haya
libertad, que no se rinda,
puso en tus ojos su incendio
y en tu acento sus delicias.
Y en vano, amantes incautos,
huireis de su hermosa vista:

que hay tambien para el oido
dulce inevitable herida.
¡Con qué atractivo donayre,
con qué graciosa artería
de amor las plácidas leyes
tu voz alhagüeña dicta!
Ya en verso elevado y puro
celebres su blanda risa,
ó ya en vulgares canciones
afectos nobles describas.
¡Cuánto placer mana entonces
tu boca, cuántas caricias!
¡con cuánta ilusion los pechos
enardecidos palpitan!
Ya de artificioso amante
cantas la astucia maligna:
ya mas tierna y seductora
himnos al placer suspiras.
En tus labios ser y forma
recibe la simpatía,
y al dulce lazo de Vénus
la primavera convida.
Al pescador, que blasfema
el poder de amor, castigas:
y al que le imite, igual pena
tus ojos le pronostican.
Las blandas quejas, las lides
del desden, sus breves iras,
y del jardin de Citéres
las deliciosas guaridas;
¿quién, Belinda, las describe
como tú? ¿quién alma y vida
con mas verdad, con mas gracia
prestó á la voz fugitiva?

Mas ¡oh! si en lúgubres tonos
gime enlutada la lira,
y del amor desgraciado
la doliente queja imita:
no es entonces la belleza,
que adoramos: no es Belinda:
es con todos sus prestigios
la dulce melancolía.
Es Psíquis, que el bien perdido
llora en la escarpada cima:
es Vénus cuando en sus brazos
el jóven amado espira.
¡Cuán lánguidas sus miradas
desfallecen! ¡cuál oscila
su lindo seno! ¡cuán triste
baña el llanto sus mejillas!
¡Cómo en el bello semblante
mágico el dolor se pinta!
¡Ay! ¿Cuál será el alma fiera,
que á tanta ilusion resista?
Digalo yo.. ¡cuántas veces
corristeis, lágrimas mias,
si de la homicida ausencia
lamentó la furia esquiva!
¡Cuál penetraba en mi seno
su flébil voz! ¡cuál heria
de este corazon sensible
las mas delicadas fibras!
Yo escuchaba las querellas
de una ausente: yo creia
ver la solitaria selva,
donde en libertad suspira.
Tal vez tú misma consuelas
mi acerba pena: tú misma,

Belinda, tal vez la alhagas
amistosa y compasiva.
¡Ah! gocen otros felices
glorias, placeres y risas;
que yo en gemir á tu lado
cifraré toda mi dicha.
Con tal que tu hermosa mano
mi llanto enjugue benigna:
lágrimas que te apiadan,
amor llorarlas querria.
Si él las causó, y es tu acento
el que á verterlas me obliga,
la amargura de su fuente
tu hechicera voz mitiga.
¡Ay! esas gracias, que templan
pesares, que almas cautivan,
no al arte solo de Orféo
pienses que le son debidas.
Puede la música al labio
prestar su vaga armonia:
mas no de afectos é ideas
la espresion casi divina.
¿Sabes, hermosa, en qué fuente
brota el fuego, que fulminan
tus ojos? ¿quién á tu canto
la ardiente pasion inspira?
Ese pecho, dó entre lirios
la fiel ternura se anida:
ese corazon, que solo
para el dulce amor palpita.
Feliz, no ya el que merece
entre adoradas caricias
ser tuyo: ventura tanta
los mismos dioses envidian:

sino el que alguna memoria
te deba, y si complacida
le miras, pueda imponerte
el tierno nombre de amiga.
Con él burlaré atrevido
tu furor, ó suerte impía:
y este pecho, aunque en sus hierros
el infortunio lo oprima;
libre y contento á tu lado
verás que late y respira,
y la amistad generosa
alhaga su acerba herida.
¡Ay! de tan sabrosa llama
las puras blandas delicias
solo es dado el esplicarlas
á los que saben sentirlas.
Si cantas, todas mis penas
enmudecen: si me miras,
huye el dolor de mi pecho,
vuelve á mi rostro la risa.
Así del cantor de Tracia
la voz oyendo y la lira,
el reyno infausto de Dite
sintió una vez la alegría.
Vive feliz: tu belleza
burle del tiempo las iras,
y ni el tiempo ni la suerte
jamas perturben tus dichas.
De las almas tiernas seas,
cual tú mereces, querida:
y siembre el amor de flores
la carrera de tus dias.
Esta espresion de mi afecto
recibe afable, y olvida,

por ser pura y verdadera,
lo que pierda por ser mia.
Así el desterrado Anfriso
dice á la hermosa Belinda,
cuando su voz alegraba
del Gers odioso la orilla.
Ella sus tiernas razones
premia con blanda sonrisa,
y vuelve á cantar, y Anfriso
enmudece para oirla.

Á Lucinda.

Imitacion de Horacio.

Dime por todos los dioses,
dime, Lucinda, ¿qué impío
furor, qué amor malhadado
te impele á arruinar á Aristo?
Ya de la sabia Minerva
olvida los sacros ritos,
y evita cual sierpe fiera
el ántes amado libro.
Fué un tiempo, en que coronado
de oliva y cárdeno lirio,
del Bétis su voz divina
alhagó el márgen florido.
Las bellas ninfas, sacando
el pecho del sacro rio,
pagaban enamoradas
sus canciones con suspiros.
¡Cuantas veces, linda Iberia,
depuesto el pudor altivo,

por escucharle bajabas
al valle de los alisos!
En vano: que amor no habia
su juvenil pecho herido:
todos sus placeres eran
con su lira y sus amigos.
Ora á las ojos se esconde
de Sileno y de Cratilo,
ni respondé á los acentos
del tierno cantor de Anfriso.
Así dicen, que de Tétis
se ocultó el valiente hijo,
dejando el lauro y la espada
por femeniles vestidos.
Mas los brazos de Deidamia
no fueron seguro asilo:
que allí la trompa de Ulíses
despertó su ardiente brio.
No esperes, falsa Lucinda,
tenerle siempre escondido:
que al grito del desengaño
huyen de amor los prestigios.

VI.

El despecho.

Con horrible agüero fuiste
plantado y en triste dia,
tronco infausto, dó engañado
gravé el nombre de Lucinda.
¿Qué encantamento funesto
mis potencias sorprendidas
pervirtió, cuando á una ingrata
di la voluntad cautiva?

Si es su beldad seductora
la que rindió el alma mia,
los ojos, que la miraron,
debieron perder la vista.
¿Por qué no estalló mi mano,
cuando en tu corteza fria
divulgué necio mi oprobio
y el triunfo de mi enemiga?
¿Por qué enamorado quise,
que crezca su gloria altiva,
tanto como tú crecieses
en verdor y lozanía:
si la ingratitud odiosa,
que en su aleve pecho habita,
dejará por siempre al Bétis
su memoria aborrecida?
Y aunque en sus hermosos labios
el clavel del mayo brinda,
¿qué importa, si fuente son
de venenosas mentiras?
No mires, incauto amante,
aquel seno de delicias:
que se oculta entre sus pomas
el áspid de la perfidia.
Teme, teme de sus ojos
la mirada dulce y viva,
que donde hieren, no dejan
sino incendios y ruinas.
El céfiro, que lascivo
su lindo talle acaricia,
exhala oculto veneno,
y muere el que lo respira.
Si: con hermosos colores
la piel jaspeada brilla

del tigre, y mueve los ojos
con aparente alegria.
Mas las penetrantes garras
en tanto pérfido afila,
y á la descuidada presa
con grito horrible se tira.
Así al amador sencillo
con tu hermoso rostro hechizas;
y á un Elisio de placeres
en tus brazos le convidas.
Esperas á que á tus plantas,
ardiendo de amor, se rinda;
y luego en su pecho clavas
del desden la flecha esquiva;
y en sus acerbos tormentos
te recréas complacida;
y tus juegos y solaces
son los ayes, que suspira.
¡ O furor! ¿y yo engañado
me abrasé en tu amor un dia?
¿y á un alma doble y tirana
di un alma tierna y sencilla?
Huye del tronco, ó funesto
nombre de la fementida:
estorba, puñal agudo,
que en él crezca mi ignominia.
Y tú, infausto árbol, que diste
á mi amor y sus mentiras
tu corteza, oprobio seas
del triste vergel, que habitas.
Jamas se cubran tus ramas
de verdor: jamas floridas
gloria del otero sean
cuajadas de fruta opima.

Ni de la aurora el rocío
en blandas perlas recibas;
ni del fecundo Favonio
el puro aliento de vida.
El ardiente sol te abrase,
la helada nieve te oprima,
y nunca el ave amorosa
por nido tu copa elija.
Así enfurecido Aristo
borra el nombre de Lucinda:
lo ve la pérfida, y rie
con desdeñosa sonrisa;
y dice: « borra mi nombre,
que yo lo entrego á tus iras:
¡feliz, si borrar del pecho
pudieses la imágen mia! »

VII.

El temor de la mudanza.

Reclinado está el amor
en el regazo de Celia,
y entre los lirios del seno
la blanda mejilla asienta.
Los brazos de rosa y nieve
á la cintura rodéa,
y con sus divinos labios
la cándida mano besa.
Pone á sus pies el manojo
de las vencedoras flechas:
de un rosal dejó pendientes
con el arco aljaba y venda.
Sus lindos ojos sonrien

á los ojos de la bella;
y con su beso y su alhago
olvida el de Citeréa.
Aléxis mira gozoso
las deliciosas ternezas,
con que el amor, que lo abrasa,
su amante zagala premia.
Al dulce niño acaricia
con mano amorosa y tierna:
el bello rostro le alhaga
y al pecho ardiente lo estrecha.
Alaba los claros ojos,
que con su llama alhagüeña
en ardor correspondido
los corazones incendian;
ó bien los rosados labios,
del placer segura prenda,
ó ya los dulces harpones,
que al mismo Jóve sujetan.
Mas al descubrir las alas,
que ora recogidas plega,
y que tendidas al viento
son de la inconstancia enseña;
de la infiel mudanza Aléxis
la herida mortal recuerda,
y con acento turbado
así le dice á su Celia:

«¿Qué importa, que tu favor
hoy corone mi esperanza,
si amor capaz de mudanza
no puede llamarse amor?
Que pierda, Celia, el volar,
si quieres dicha segura:
pues le basta á la hermosura

su inclinacion á mudar. »

Dijo, y con ligera mano
las lindas alas desplega,
y sus varios tornasoles
ya para cortar se apresta.
Huye amor de entre sus brazos,
y al rosal cercano vuela,
y así maligno responde,
y de su temor se venga:

« Cuando olvidada de ti
mude la fineza suya,
¿qué importa que yo no huya
si ella me echará de sí?
Si tu amorosa pasion
quieres lograr sin recelo,
no á mí me quites el vuelo,
sino á Celia el corazon. »

VIII.

El respeto : traduccion del ingles.

Corazon, guarda tu llama
en lo mas hondo del pecho;
no advierta la bella Elisa
ni aun el humo de su incendio.
En vano es el llanto: en vano
ardientes suspiros tiernos:
¿De qué te sirve la queja,
si es imposible el remedio?
Toda senda á la esperanza
niega tu adorado objeto:
para alcanzarlo, es muy alto:
para olvidarlo, muy bello.

Muere callando, y tan solo
se permite á tu deséo
beber de sus lindos ojos
el no evitado veneno.
Distante de su hermosura,
como el esclavo del dueño,
ni el menor gemido rompa
la estrecha ley del silencio.
Teme, teme que tus males
conozca la causa de ellos,
y que su burla ó su odio
castiguen tu atrevimiento.
¡Ay! tú verás su hermosura
entregarla el hado ciego
á un mortal mas venturoso,
pero que la adore menos;
y en aquel alma divina
y en aquel celeste cuerpo
mil gracias, que tú hallarias,
desconozca tibio ó necio.
Y poseerá distraido
tantos hechizos sin verlos,
y ella gemirá quejosa,
medio gozada, en su seno.
Elisa ignora, y es fuerza
que lo ignore, el noble fuego,
que su belleza y las musas
en tu espíritu encendieron.
Con su idolatrada imágen
regala tu pensamiento;
y alhague tu acerba herida
este dulce devanéo.
Siempre al despertar la veas,
siempre te la ofrezca el sueño,

y guarda en el pecho amante
su memoria y tu secreto.

IX.

La victoria inesperada.

A Dios, adorada ingrata:
quedate con tus desdenes,
que ya el pecho resistencia
para sufrirlos no tiene.
Tres años há que te adóro,
desde aquella noche aleve,
que entre juegos y alegrías
me diste herida de muerte.
Y ¿ qué he conseguido? celos
y rigores, sin deberle
ni á ti, ni al amor, ni al hado
aun la esperanza mas débil.
Ya disimular no puedo
la pasion que me enloquece:
tus amigas la murmuran
y hasta tu madre la entiende.
Es público, que á otro amante
el don de tu mano ofreces;
todos me miran y rien,
y algunos me compadecen.
Fuerza es morir: mas no vea,
que hay quien en mi mal se alegre,
y á mis últimos suspiros
nupciales cánticos mezcle.
Mira cual es mi suplicio,
cuando voluntario ausente
á mas que á morir me obligo
condenándome á no verte.

Ni espero, que ausencia ó tiempo
tan acerba herida templen:
que puede partirse Anfriso,
mas olvidarte no puede.
Ni temas, que nuevos lazos
mi desventura consuelen:
quien te adoró, bella Emilia,
te adorará hasta la muerte.
Dulce bien del alma mia,
á dios, á dios para siempre,
ya que el destino y los celos
y el tirano amor lo quieren.
Así se despide Anfriso
de la pastora inclemente,
que á tres siglos de ternura
opuso un alma rebelde.
Ella en ignorado fuego
incendiarse el pecho siente,
y en su corazon helado
las voraces llamas prenden.
De Anfriso aparta los ojos,
por si reprimirse puede:
mas ¡ay! que á mirar su amante
mas enardecidos vuelven.
Hasta que al amor rendida,
arde en su rostro la nieve,
tímidos suspiros lanza,
y llanto amoroso vierte;
y al zagal, que despechado
huye, y su triunfo no advierte,
diciendole «yo te adoro»
la blanca mano le tiende.
Anfriso se arroja á ella,
le imprime besos ardientes,

á su corazon la lleva,
y entre las suyas la prende.
Estrecha su Emilia al seno,
y entre rosas y claveles
de la ençendida mejilla
las dulces lágrimas bebe.
Goza, pastor, goza el premio,
que bien merecido tienes:
un despecho y un suspiro
hicieron feliz tu suerte.

X.

El pescador Anfriso.

ROMANCES.

I.

Amante pastor de Filis,
cuyos suspiros ardientes
oyó sonar en sus vegas
la amena orilla del Bétis:
escuchá del triste Anfriso
los cantares con que suele
consolar su pena amarga
de un perdido bien ausente.
Y ora pidas á tu lira
el himno fúnebre y cerques
el sepulcro de Norferio
de rosas y de laureles.
O bien furor mas sublime
tu agitado pecho llene
y cantes las bellas obras
de la diestra omnipotente:
no de un infeliz amante

el tierno llanto desprecies,
con que del Bétis aumenta
la clara y sesga corriente.
Que en él tú tambien llorando
de Fílis las esquiveces,
quiso amor que de sus flechas
la cruda herida sintieses.
Ya la selva que colmada
de frutos brillaba fértil,
cuando orló otoño de pomas
la guirnalda de su frente,
con su triste ausencia queda
espuesta al yelo y la nieve,
y el temido invierno anuncian
los rigores del noviembre.
Cubiertos de escarcha fria
yacen mustios los vergeles,
que el dulce y florido mayo
vistió de su pompa verde.
Del prado desparecieron
ya las rosas y claveles;
y en el aterido suelo
hasta el rudo espino muere.
Su dulce soplo el Favonio
retira al mar de occidente,
y de las polares cumbres
el fiero Aquilon desciende:
sobre los campos y valles
bate sus alas rugientes;
y en la empinada montaña
los duros robles conmueve.
Cuando embravecido gime
y en sus copas se enfurece,
no hay tronco que no sacuda,

ni peñasco que no tiemble.
Bétis recibe en su seno
los ya copiosos torrentes,
y con el aumento altivo,
emúlo del mar, se tiende.
Mánchase de pardas nieblas
su faz tersa y trasparente;
y en vez del undoso espejo,
enturbiadas aguas vuelve.
Con la mudanza alterado
deja el pez el hondo albergue,
donde del anzuelo astuto
las asechanzas no teme.
Cercano al ayre enemigo
el agua mas alta hiende
y al pescador cauteloso
abundante presa ofrece.
Entrambas orillas corren
unidos en tropa alegre
cuantos el anzuelo enlazan
y cuantos la red estienden.
Fórmanse en la abierta márgen
mil cabañas diferentes:
y cubren el ancho rio
remos, barquillas y redes.
En tanto el jóven Anfriso
de otros cuidados pendiente,
solo en apartada playa
lloraba su triste suerte.
Por la ausencia de su Elisa
amargas lágrimas vierte,
la mas hermosa zagala
que vió en su márgen el Bétis.
Con un mismo harpon sus pechos

el amor tirano hiere.
Elisa idolatra á Anfriso;
por Elisa Anfriso muere.
Mas viendo que ya el invierno
muestra la arrugada frente,
y temiendo que sus iras
en su manadilla emplee,
en las encumbradas sierras
contra el yelo las guarece;
y sin la luz de sus ojos
la vida de Anfriso es muerte.
Atada á un desnudo tronco
la mísera barca tiene,
el remo en la seca arena
y al sol tendidas las redes.
Y el corazon y la vida
fijos en su bien ausente,
hácia la envidiada cumbre
los llorosos ojos vuelve:
árboles, montes y peñas
con su lamento enternece;
y en triste lloro consume
la flor de sus años verdes.
¡O amor! si al que bien te sirve
con tanta impiedad ofendes,
¿quién á tu insufrible yugo
doblará el cuello obediente?

2.

De la mal formada choza
á su olvidada barquilla
sale el pescador Anfriso
al primer albor de un dia.
Tardamente costeaba

triste y solo las orillas,
donde de Itálica nombre
apénas queda y cenizas.
Contempla de su grandeza
las destrozadas reliquias;
y dejando aparte el remo,
así llorando decia:
«¡ O lamentables despojos
del tiempo! ¡ O tristes ruinas!
infeliz y fiel imágen
sois de la ventura mia.
Las altas torres, que al cielo
elevarse presumian,
al acero y á la llama
se desplomaron rendidas.
De arcos, columnas y estatuas
gastados trozos se miran,
y entre ellos la ingrata tierra
serpientes brota y espinas.
Yace entre el polvo deshecho
tu esplendor, tu pompa antigua;
triunfo que reservó el hado
á la africana cuchilla.
Así desvanece el tiempo
los placeres de la vida,
y en un momento destruye
la gloria de muchos dias.
¡ Ah! yo, necio, imaginaba,
cuando gozé mis delicias,
que instantes tan venturosos
nunca la edad llevaria.
Pasó derramando amores
la primavera florida:
y mis cantos alegraban

el aura de las campiñas.
Vino el sediento verano;
y el rayo ardiente del dia
en la floresta me hallaba
defendido de sus iras.
Donde de un amor felice
las ansias correspondidas
mi tierno pecho llenaban
de inalterable alegría.
De pámpanos y racimos
cubrió el setiembre las viñas;
y entre sus vides Cupido
nuevos gozos me ofrecia.
Breves cuanto dulces horas,
¿dó volasteis fugitivas?
¿cuándo volveré á encontrarte,
ó felicidad perdida?
Ahuyentó el sañudo invierno
la estacion de mis delicias,
y me arrebató á los montes
la mitad del alma mia.
En duro tormento ahora
arrastro la odiosa vida,
acrecentando mis penas
la memoria de mis dichas.
¿Dónde estás, bien adorado,
que así de un triste te olvidas?
¡Misero! que mis suspiros
escuchar no puede Elisa!

Calló: y en copioso llanto
se inundaron sus mejillas:
las bellas ninfas al verle
lloraron compadecidas.
Hácia la pesca su barca

con las demas encamina:
mas su pena y su zagala
van en su memoria fijas.

3.

Ya el horizonte de nieblas
cubre el Austro silvador,
que de la espumosa sirte
el diciembre desató.
Suben á turbar del dia
el sereno resplandor;
y al campo aterido roban
la luz benigna del sol.
Torrentes de espesa lluvia,
que á su seno el mar fió,
del viento agitados vuelan
en remolino veloz.
Entre las aguas el yelo
corre en deshecho licor;
y ya los cuajados copos
arroyos de nieve son.
Eleva el Bétis sus ondas;
y con doblado furor
ya de las márgenes rompe
la mal segura prision.
De las inundadas vegas
el zagal medroso huyó,
y la inútil reja guarda
el paciente labrador.
Desde un elevado risco,
donde el agua no alcanzó,
mirando el destrozo estaba
el amante pescador:

mas solo afligen su pecho
las crueldades del amor;
y contra él en triste acento
tales quejas pronunció:
« ¡ oh tirano dios ! si quieres
hacerme amable el horror
que por los campos esparce
la rigorosa estacion:
si quieres que no desee
de abril el plácido sol,
¡ ay ! vuelve, vuelve á mis brazos
el bien de mi corazon. »

4.

Precipitando sus ondas
por entre oscuras cañadas,
enfurecido un torrente
de la umbrosa sierra baja.
Cuando los estivos rayos
el ardiente can vibraba,
su raudal sediento apénas
regó las áridas plantas.
Mas ora que espesa lluvia
cubre el campo y la montaña,
por las campiñas tendido
al Bétis lleva sus aguas.
Junto á su ribera Anfriso
pensativo renovaba
de sus perdidos placeres
tristes memorias y amargas.
« ¡ Venturoso arroyo, dice,
cuya fuente pura baña
las altas cumbres que habita

el dulce bien de mi alma!
Cuando á la tarde recoja
sus ovejuelas cansadas,
¡ay! tal vez por tus orillas
conducirá la manada.
Y cuando al nacer el dia
envidia de Febo salga,
quizá á mirarse en tus ondas
un breve rato se para.
Ora en menudos cristales
lavarás su mano blanca,
y ora besarás lascivo
con blando giro sus plantas.
Tú á su amable vista siempre
ufano de verla pasas:
y la dicha que tú logras
á un tierno amante es negada!
Dame nuevas de mi ausente:
¿gime? ¿busca solitaria,
dejando el redil alegre,
las sombras de la enramada?
Tal vez ora, dulce Elisa,
por la misma orilla vagas;
y lamentando á tu Anfriso
verterás lágrimas blandas:
que con las felices ondas
al mar correrán mezcladas
quedando con tal tesoro
rica su corriente clara.
Verted, verted, ojos mios,
tierno lloro; que en las aguas
quizá se unirá dichoso
al llanto de mi zagala.
¡O instantes de gloria! cuando

en mis brazos enlazada,
unido tu pecho al mio
de blando amor palpitaba,
entonces sintiendo el fuego
de su mas ardiente llama,
tus lágrimas y las mias
en tu rostro se encontraban.
¡O dulce llanto del gozo!
¡O lágrimas siempre amadas!
¡Ay! ¡si eterna tu corriente
mis mejillas inundara!»

5.

Pasó del enero frio
la nieve, y no ya cubierta
el monte de eterno yelo
su empinada frente muestra.
Tal vez el cierzo irritado
de agitar los troncos cesa,
y tal, el blando Favonio
por los yermos campos vuela.
Sintiendo el venir cercano
de la amable primavera,
la bella flor del almendro
sus blancas hojas desplega.
Del agricultor anima
la esperanza lisongera:
y las primicias del año
en temprana pompa ostenta.
De hojas se pueblan las ramas,
desnudas ántes y yertas;
y el frutal de los vergeles
verde y frondoso descuella.

Ya en el cáliz su perfume
la tímida rosa encierra:
y gloria del prado erige
su vástago la azucena.
Mas no del febrero instable
bonanza fija se espera:
que tal vez, cuando reia
el alba mas alhagüeña:
y con su fértil rocío
alentó las plantas tiernas,
por el viento desatando
lluvia de menudas perlas:
entonces pequeña nube,
al templado rayo opuesta,
que en el claro mediodía
divisó la vista apénas;
se desenvuelve ocultando
la hermosa luz de la esfera;
y hasta el remoto horizonte
tiende su infausta tiniebla.
Del preñado seno en tanto
lanza horrorosas centellas,
que los espacios del ayre
de pálida lumbre llenan.
Brama el rayo: su bramido
por valles y cumbres suena;
y al centro de las montañas
huye asombrada la fiera.
De helado y rudo granizo
vierte despues lluvia densa,
que la tierna planta oprime,
y la mies naciente quema.
En fiero uracan el Noto
ruge indignado en la selva,

y á su embate sacudida
la robusta encina tiembla.
Y cuando ya despojada
de troncos la cumbre deja,
se lanza precipitado
sobre el valle y la pradera.
Su furia no resistida
en la humilde choza empléa,
y en su raudo remolino
cabañas y establos lleva.
Mas presto sus senos rompe,
herida del sol, la niebla,
y el rayo que la traspasa
dora la afligida tierra.
En partes mil dividida
desparece. El Noto cesa:
y vuelve á alhagar el aura
las ramas de la floresta.
El iris de oro y de nácar
los bellos visos despliega,
y precursor de bonanza,
mares y cielo hermoséa.
Anfriso entonces decia:
«despues de cruda tormenta,
¡cuán dulce es del claro dia
gozar la lumbre serena!
Atento á mejor fortuna
sufre el mísero sus penas,
y para aliviar sus males
la dulce mudanza espera.
¡Ay triste! ¡que de los mios
el ansiado fin no llega!
¡Ay del que amor despiadado
á eterno gemir condena!»

6.

Perdida esperanza mia,
sin cuyo alivio sentir
me vió el amor sus rigores
en una ausencia infeliz:
vuelve á mi pecho y alienta:
que ya el apacible abril
los amenos campos borda
de alegre y vario matiz.
El mas infecundo prado
se viste de flores mil;
y rica esmeralda brota
la ménos fértil raiz.
Entre la menuda grama
ya comienzan á lucir
el albor de la azucena
y de la rosa el carmin.
Los árboles, que en el Bétis
miran su erguida cerviz,
la cristalina corriente
truecan en verde pensil.
Alienta, afligido pecho:
llegó la estacion feliz
que tus lágrimas enjugue
la zagala mas gentil.
Ya las altas sierras deja,
donde se ausentó de mí;
y entre los pastos del llano
fija el nudoso redil.
En breve, dichosas vegas,
afrentar y competir
vereis su rostro al clavel,

y sus manos al jazmin.
Amante corazon mio,
templa tu acerbo gemir:
que presto, presto á tus penas
llega el anhelado fin.
Así el pescador Anfriso
cantaba, cuando á reir
ya serenas empezaban
las auroras del abril.

7.

Labradores de estas vegas,
pastores de estos ribazos,
decid ¡ay! si á mi zagala
habeis visto en vuestros campos.
Así las bellas pastoras,
su altivo desden postrando,
el dulce yugo de Vénus
reciban en vuestros brazos.
Así goceis en perpetuo
solaz del bien suspirado,
sin que jamas de la ausencia
probeis el dolor amargo.
Hoy es el felice dia
en que amor, ménos tirano,
volver promete á mi vista
el hermoso sol que aguardo.
Si visteis una zagala,
con cuya presencia ufanos
de nuevas flores se adornan
y nuevo verdor los prados:
si en su tersa y pura frente
visteis la aurora brillando,

ó el cándido enhiesto cuello
vencer de la nieve el ampo;
señas son de la que adoro,
que en mi pastora envidiaron
cuantas zagalas ilustran
la márgen del Bétis claro.
La dulce risa del alba
baña sus hermosos labios;
y en su rostro resplandece
el sereno sol del mayo.
En el fuego de sus ojos
templa Cupido sus dardos;
y en sus rizos de oro teje
los mas alhagüeños lazos.
Buscando viene á un amante,
de quien se ausentó llorando:
lágrimas, que en dulce gozo
hoy convertirá en sus brazos.
Yo, mísero, corro el valle
una y otra vez en vano,
desde que vino el lucero,
mas que otras mañanas tardo.
El puro aljofar del alba
mis cabellos ha bañado;
y el primer rayo del dia
me halló corriendo los campos.
Mas ¡ay! ¿no es ella? ¿mi Elisa,
que baja de aquel collado?
¡O amor! ya en fin mis suspiros
tu duro pecho apiadaron.
Dijo, y con ligera planta
vence el interpuesto prado,
cual ciervo herido del valle
busca el profundo remanso.

La gentil zagala entonces
deja el cándido rebaño,
y por dó su Anfriso viene
vuela amorosa á encontrarlo.
En dulce nudo se enlazan,
amantes ya afortunados;
y solo un momento premia
las ansias de todo un año.

8.

De los rediles del prado
á las márgenes del rio
la bella Elisa guiaba
los sedientos corderillos.
Tendida la red tenia
sobre las ondas su Anfriso,
y en la apacible corriente
nadaba el batel tranquilo;
cuando del manso ganado
oye los tiernos balidos,
y de su Elisa en la orilla
reconoce el blando silvo.
Coge la red presuroso;
y el remo al agua tendido
la barca hasta la ribera
conduce de un solo giro.
Elisa, en tanto que al márgen
desciende su ganadillo,
le espera á la fresca sombra
de un verde y frondoso aliso.
Amoroso la saluda;
y sobre el cesped florido
del regalado Favonio

gozan el soplo benigno.
Ya á descender empezaban
las sombras del monte erguido;
y ya en los bosques se oia
de la tortóla el gemido:
cuando la amante zagala
repite al dulce querido
la cancion, que á las montañas,
descendiendo al Bétis, dijo.
«A dios quedad, altas sierras:
desatado el yelo frio
en mansos raudales baña
los pies del musgoso risco.
De las empinadas cumbres
huye el invierno aterido:
y ya su olor á los vientos
entrega el blando tomillo.
La zagala, que llorosa
tantas veces habeis visto
cubierta de dura escarcha
é inundada del rocío,
guiar su pobre manada,
y entre amorosos suspiros
enseñar á vuestros ecos
el nombre amado de Anfriso,
hoy de vosotras se aleja,
antes que el ardiente estío
el céfiro que os recréa
convierta en soplo encendido.
Ansiosa busco los prados,
donde ya el mayo benigno
las flores que al alba nacen
tiñe de colores vivos.
Los prados que el claro Bétis

fertiliza cristalino;
y por sus dulces rediles
trueco el montaraz aprisco.
A sus orillas me llaman,
por si enjugarlas consigo,
lágrimas de un tierno amante,
y cuanto tierno, querido.
A darle la alegre nueva
volad, volad, vientecillos:
decidle que de las sierras
ya descender me habeis visto.
Decidle que ya los valles
veloz en su busca piso:
decidle que ausente muero,
y que hasta verle no vivo.
A dios quedad, altas cumbres:
y asi del rayo enemigo
vuestros verdes troncos sean
siempre respetado asilo;
si acaso por vuestra falda
tal vez pasare mi Anfriso,
decidle que ya su nombre
conoceis por mis gemidos.»
Asi cantó la zagala;
y alegres los pajarillos
la dulce cancion aplauden
volando al caliente nido.
Envidiosas la celebran
las bellas ninfas del rio:
su amante no: que está todo
solo en mirarla perdido.

9.

Del alto cenit Apolo
al seno de Tétis baja,
y en el mar del occidente
el dorado carro lava.
De entre las ondas envía
rayos de su luz templada,
que apénas torcidos doran
las cumbres de las montañas.
Perdido el tibio reflejo
por el ancho viento vaga;
y del incendio del dia
vuela fugitiva llama;
hasta que entre densas nieblas
amortecida se apaga,
y el imperio de las sombras
deja á la noche atezada:
á la noche, que rigiendo
los negros caballos pasa,
y opio y veleño sacude
de sus voladoras alas.
Ante ella la planta incierta
perezoso el sueño arrastra,
á quien las medrosas horas,
callado coro, acompañan.
El negro manto, que pende
del cielo en la cumbre alta,
de uno á otro polo tendido
entrambos orbes abraza.
Su tiniebla obscura en tanto
trémulo esplendor traspasa,
que en encendidas centellas

vierte la esfera estrellada.
Cual del apacible oriente
asciende al cenit ufana ;
y cual en veloz carrera
al turbio ocaso se lanza.
El astro fijo del polo
arde en su eterna morada ,
y á las sombras del silencio
preside su lumbre clara.
En tardo curso á su lado
revolviendo el carro baja ,
y el resplandeciente Arturo
rige sus ruedas nevadas.
En pos de él girando corren
las estrellas mas lejanas ,
y por el callado cielo
al helado mar resbalan.
Las aguas del manso rio
con plácido estruendo pasan ;
que la flébil Eco lleva
á las vecinas montañas.
Rendidas las flores yacen ,
sus tiernas hojas plegadas ,
que del nocturno rocío
el fresco céfiro cuaja.
El prado duerme : las aves
los calientes nidos guardan :
y aterido el mundo espera
la dulce risa del alba.
Solo y despierto , la vista
tendida á la opuesta playa ,
el amante Anfriso yace
al umbral de su cabaña.
En la playa, dó amorosa

su tierna Elisa le aguarda,
cuando en el cenit del cielo
la noche su curso parta.
¡ Cuán perezosas las horas
para el pescador volaban !
¡ Ay ! ¡ y cuánto de un amante
el bien anhelado tarda !
Suspira, y ora impaciente
al crudo amor quejas daba:
y ora la inquietud penosa
templaba con la esperanza.
Surta la barquilla yace
en la márgen sosegada,
casi tendida la vela,
y el remo dado á las aguas.
Deja la choza y al rio
con rápidos pasos baja,
y el feliz instante espera
que trueque en placer sus ansias.
Entretanto el frio Boótes
al carro la vuelta daba;
y al horizonte vecino
guia el pértigo de escarcha.
Por entre pardos celages
oculta su luz nevada,
y bajo el brillante polo
la noche media señala.
Vuela el pescador entonces,
al batel ligero salta,
la bañada sirga corta,
la vela estiende á las auras.
Gozoso y triunfante gira
hácia la ribera amada,
y la interpuesta corriente

con veloz carrera pasa.
Crece el plácido silencio:
y en las orillas calladas
el blando batir del remo
solo tal vez resonaba.
Cupido alegre en la popa
rige la dichosa barca,
la mano al timon asida,
y al ayre abiertas las alas.
En torno girando vuela
de amores la tropa vaga;
y el astro hermoso de Vénus
les destella lumbre blanda.
De la apacible ribera
los céfiros se desatan,
y las esencias de Flora
sobre las ondas derraman.
Benignos y bonancibles
la tendida vela ensanchan,
y arriba el feliz Anfriso
al puerto de su esperanza.
Al tronco de un verde aliso
deja la barquilla atada,
entre mimbreras oculta
y al abrigo de la playa.
De altos álamos y sauces
densas arboledas pasa,
y entre las amigas sombras
busca su Elisa adorada.
Entretanto los rediles
deja la hermosa zagala,
donde ya en tranquilo sueño
su manadilla descansa.
Con pie recatado vuela

por la tendida campaña,
y del humilde collado
al repuesto soto baja.
Por entre erguidos laureles
bullicioso arroyo salta,
que coronado de adelfas
en busca del Bétis vaga.
Con vueltas mil serpentea
por la frondosa enramada,
y con murmullo suave
el fresco márgen alhaga.
A su orilla en greña oscura
los arrayanes se enlazan,
y en hondas cuevas ofrecen
á amantes ninfas morada.
Su triste querella entona
Filomena entre las ramas;
y en el profundo silencio
los tiernos amores canta.
Al dulce Anfriso llamando
su voz Elisa acompaña;
y de Anfriso á los oidos
la lleva benigna el aura.
Del blando acento guiado
vuela á su bella zagala,
y entre amorosos suspiros
llega á animar á sus plantas.
Ya de la naciente luna,
que el horizonte dejaba,
á un tiempo montes, y valles
pálido el reflejo baña.
Los tiernos amantes mira;
y envidiosa y lastimada
vuelve el hermoso semblante

del Latmo oscuro á la falda.
¿ Quién tan deliciosa noche,
dulce amor, á cantar basta?
¿ni quien dirá dignamente
las victorias de tu aljaba?
Al niño alado, amadores,
sin temor rendid las almas:
que el placer y la ventura
bajo su yugo os aguardan.

10.

Ya las sombras de la noche
disipa la aurora alegre,
y de perlas, oro y nácar
esmalta el templado oriente.
La pura luz de sus rayos
por ambas esferas tiende,
y del cielo oscurecidas
las estrellas desparecen.
El prado rie: las flores
el blando céfiro mece,
y el néctar de la mañana
en su lindo seno vierte.
Despiertan las avecillas,
y en vandadas diferentes
no hay rama donde no posen,
ni valle por dó no vuelen.
Con sonora voz saludan
al nuevo sol que amanece,
y anuncian en sus quejidos
de amor los dulces placeres.
Amor, amor, en las vegas
canta el pastor inocente;

y «amor» la llorosa Eco
del lejano monte vuelve.
El pez en el seno undoso
sus gratos ardores siente;
y de blando amor suspiran
las rubias ninfas del Bétis.
Junto á su zagala Anfriso
celebraba dulcemente
el arco, que doma el mundo,
y el harpon, que dioses hiere.
Oye desde el fértil Gnido
amor los himnos fervientes,
y de su voz invocado
ya en la ribera parece.
A su vista nueva llama
por prado y vega se estiende,
y el grito de «amor» suave
repite el céfiro leve.
Pulsa la lira: los vientos
al sacro acento enmudecen,
y el Bétis enagenado
su sesgo raudal detiene.
«Amantes felices, canta,
vivid venturosos siempre,
que ya os preparo benigno
solo delicias y bienes.
Si el fiero dardo de ausencia
vuestro pecho hirió inclemente,
ya amor, cuanta fue la pena,
el blando consuelo ofrece.
Así premió á quien constante
sufre el rigor de la suerte,
y de invencible ternura
su corazon fortalece.

Ora de lirios y rosas
ceñid la gallarda frente:
no el ábrego las marchite,
ni el rayo estivo las queme.
Gozad; y en vuestros amores
de constancia ejemplo quede,
que despues á sus zagalas
los tiernos pastores cuenten.

Y vosotras, Gracias bellas,
no canteis que al Latmo verde
ardiendo en mi fuego Cintia
por Endimion desciende.
Ni que al fiero y crudo Marte
le desceñí los laureles;
ni que el padre de los dioses
mi temido imperio siente.
Mas porque conozca el mundo
cuanto mis harpones pueden,
cantad que ya en los amantes
la ausencia sus iras pierde.»

XI.

La primavera: traduccion del Metastasio.

¡Ay Dios! ya, mi dulce amado,
la campiña reverdece,
y ya el aterido bosque
á vestir sus ramas vuelve.
Nuncio de la primavera
desde el templado occidente
vuela Céfiro importuno,
que él corazon me entristece.

La nueva estacion te llama
al campo de honor y muerte:
¡ay! y ¿cómo sin tu amante
vivir podrás, triste Irene?
No respires, aura blanda,
que un alma amorosa hieres:
no tan pronto, abril florido,
estiendas tu manto fértil.
Cada flor, que se colora,
cada renuevo, que crece
¡ay de mi! ¡cuántos suspiros
cuestan á mi pecho ardiente!
¿Quién fué el primer despiadado,
que hizo el acero inocente
instrumento de homicidio,
y para matar dió leyes?
Jamas la grata ternura
su corazon inclemente
penetró, ni sintió el crudo
de amor los blandos placeres.
¡Ay! ¡qué demencia! ¿es posible,
que por las iras crueles
de un enemigo el alhago
de una dulce amante trueques?
¡Ay! no, querido Fileno:
no, simple, engañarte dejes:
si es que las guerras te agradan,
tambien amor guerras tiene.
El buen amante es soldado;
sufre el calor y la nieve;
la esperiencia y el ingenio
y el valor triunfos le adquieren.
Tambien amor dicta ardides,
espera, asalta, defiende,

huye, se rinde á partido,
da paces y enojos mueve.
Mas son amables las paces
y son los enojos breves,
é igualmente alhaga el triunfo
al vencido y al que vence.
Así no hay pena, que en gozo
benigno el amor no trueque.
Mas ¡ay! el fatal instante
ya la odiosa trompa advierte.
Tente, ingrato: ¿por qué huyes?
no te pido tus laureles:
poco te pido, hombre duro;
mirame otra vez, y vete.
Vete, y conserva en tu vida
la de tu infeliz ausente,
y vuelve, si puedes, mio:
pero victorioso vuelve.
Adonde quiera que vayas,
lleva mi dolor presente,
y di: ¿quién sabe si ahora
vive mi constante Irene?

XII.

La historia del amor.

De mil sospechas cercado
entro de amor al vergel,
como niño en sala oscura,
que á mover no acierta el pie.
Una esperanza risueña,
aunque falaz, me encontré,
y unos bellos ojos fueron

de mi libertad la red.
Negro rizado cabello,
tornátiles manos, que
roban al jazmin su albura
y su carmin al clavel:
dulce y gracioso donayre,
y un alhagüeño desden,
que esperando ser vencido
lastima sin ofender;
con blandísimas prisiones
encadenaron mi ser,
y fuí del amor esclavo,
y mi esclavitud canté.
Mas ¿ á quién dió el niño ciego
dicha asegurada ? ¿ ó quién
no halló al dolor acechando
en la senda del placer ?
Hirióme un áspid sañudo
que entre las rosas pisé:
llegó el veneno á mi pecho,
y puso un infierno en él.
¡ Cuántos siglos de furores
insano sufrí, hasta que
me curó con su cauterio
el desengaño cruel.
Mis verdes años marchitos
y herida el alma, de aquel
centro de dolo y perfidia
escarmentado salté.
Huye, juventud incauta,
de ese dios, niño y sin fe:
que hay áspides en sus flores
y tiene absintio su miel.

XIII.

Narcisa.

La bella Narcisa ilustra
del Ebro la fértil playa,
y mil corazones vuelan
adonde pone las plantas.
De aquellos felices campos
la juventud mas gallarda,
á su hermosura rendida,
la corteja y acompaña.
Y en otra parte se llora
su ausencia, aunque corta, amarga:
que ninguna ausencia es corta
para quien de veras ama.
Mas la ribera del Ebro
arde en júbilos y danzas;
y de pesares agenos
su propia ventura labran.
Narcisa afable y risueña
los tiernos obsequios paga:
pero su hermosura altiva
domina, no se avasalla.
Los maliciosos cavilan,
y diz que amante y amada
algun bien premiado afecto
dejó en su querida patria.
Quejosos y tristes gimen,
y los corazones claman:
« ¿ qué importa que aquí esté ella,
si dejó en su tierra el alma ? »
Mas no por eso desisten,

aunque celosos, de amarla:
que nunca el amor fallece
mientras vive la esperanza.
El desterrado del Bétis
lo diga, que una mañana
le dejó muerto de amores
en el bayle de las pascuas.
Y cuando loco por ella
se retiró á su posada,
así al compañero Elisio
turbado le preguntaba:

«La recienvenida,
que ostenta gallarda
el sol en sus ojos
y el mayo en su cara;
dime, quien es, amigo:
porque al mirarla,
exhalada en suspiros
me robó el alma.

Corrió por el clave
la mano rosada,
y vista y oido
á un tiempo alhagaba.
Yo no sé cual sentido
mis males causa:
solo sé que en sus manos
me prendió el alma.

«Cantó y amorosa
venció su voz blanda
la voz de las aves,
que anuncian el alba.
Yo en sus dulces acentos
absorto estaba;
y aquel placer de oirla

me costó el alma.
Su talle y sus brazos
desplega en la danza,
y el pie le mecian
amor y las gracias.
Yo enagenado y ciego
le rendí el alma:
mas ¡ ay ! que á tanto hechizo
una no basta.
Mas de sus lindos ojos
si logro una mirada,
gloria serán mis penas,
dulce placer mis ansias:
que una mirada suya
vale mil almas.

XIV.

Fílis.

Ya Fílis del Gers odioso
abandona las riberas:
á un amante esposo sigue,
y mil corazones penan:
Fílis, aquella hermosura,
que á todos encanta: aquella,
que el corazon mas esento,
sin saber cómo, sujeta:
la de los lindos cabellos,
la de la risa alhagüeña,
la que en sus ojos anida
amor, dulzura y modestia.
Cuando al delirio del bayle
el ayroso talle entrega,

son de tiernos corazones
sus hermosos pies cadenas.
Cuando el tono enamorado
pide á la dulce vihuela,
y con los dedos de rosa
hiere las sonoras cuerdas,
¡ cuánto hechizo, cuánto fuego
derrama! ¡ cuán alhagüeña
su voz celestial las almas
tras sí enagenadas lleva!
¡ Y es fuerza, Fílis divina,
que al Bétis partas! ¡ y es fuerza
que los valles del destierro,
que alegrabas tú, te pierdan!
Tus dulces amigos gimen,
aunque tu dicha celebran;
y otros ménos generosos
callan y en secreto penan.
El desterrado del Bétis,
cuya amistad pura y tierna
se iguala al amor en fuego
y le escede en la firmeza,
con mas voluntad que ingenio
la olvidada lira templa,
y al despedirse de Fílis,
le canta de esta manera:
» Vé, Fílis amada,
al márgen ameno,
dó manso y sereno
el Bétis se agrada:
la vega esmaltada
de eternos colores,
el mirto y las flores,
la fuente y el prado

asilo sagrado
allí son de amores.

Al nudo amoroso
allí te convida
la tierra florida
y el sol delicioso.
Allí fué dichoso
tu mísero amigo :
perene testigo
será de su gloria
la acerba memoria,
que lleva consigo.

¡ O amada ribera
del vándalo rio !
¡ O bosque sombrío !
¡ O verde pradera !
La dicha, que espera,
da á Fílis hermosa :
mi pena enojosa
será suspendida :
que aun amo la vida,
si es Fílis dichosa. «

XV.

El agüero.

Despues de tan larga ausencia
vuelvo á tu márgen, ó Bétis :
de mis primeros amores
guarida, salve mil veces.
¡ Con qué placer que discurro
tu orilla ! ¡ cuán dulcemente
respiro el aura apacible,

que en tus álamos se mece!
si bien un temor impío,
aunque justo, me detiene:
que quien amores halla, cuando vuelve,
are en las aguas y en el viento siembre.

Aquel es el verde prado,
donde sus ojos ardientes
me hirieron la vez primera
de un amor y mil desdenes:
mis enamoradas ansias
le declaré en esta fuente,
que sonora y cristalina
su curso entre guijas tuerce.
Prado y fuente son los mismos;
amante pecho, ¿qué temes?
Mas ¡ay! quien halla amores cuando vuelve,
are en las aguas y en el viento siembre.

Allí amorosa y benigna
mitigó sus esquiveces:
allí enojada á mis quejas
opuso un alma rebelde.
Al márgen de aquel arroyo
enlazados blandamente,
nos dió su apacible abrigo
la sombra de los laureles.
¿Cómo tan dulces memorias
de amor olvidarse pueden?
Mas ¡ay! quién halla amores, cuando vuelve,
are en las aguas y en el viento siembre.

Pero ¡ó dolor! en los troncos,
que ciñen el soto alegre,
de mis amorosas cifras
ni aun vestigios permanecen:
y en las ramas, dó cantaba

el ruiseñor dulcemente,
miro deshechos los nidos,
que respetaba el diciembre.
Ya para ti no hay asilo,
amor, bien puedes volverte:
no en vano temias
mudanzas aleves:
que quien amores halla cuando vuelve,
are en las aguas y en el viento siembre.

XVI.

La precaucion.

En vano, traydora Elisa,
mi antigua pasion reclamas:
que en la misma tumba yacen
el amor y la esperanza.
Tantos siglos de ternura,
tanto amor, tan dulces ansias,
breves guerras, blandas paces,
iras, alhagos, constancia:
cuya historia aun se conserva
en este aliso grabada,
tú sola en un solo dia
sepultaste en la mudanza.
Y fué un rival heredero
de mis dichas y tus gracias,
y un largo infierno dejaste
al pecho, que te adoraba.
Gemí, lloré, todo en vano:
que en mi penar solazada,
de tu nuevo amante el triunfo
con mi suplicio aumentabas.

Razon, desengaño, orgullo
en curarme se empleaban,
y el desesperar fué entonces
la salud de mis desgracias.
Ya estoy tranquilo: ya puedo
despreciar la que me agravia:
á mi rival compadezco,
que debe temblar, si ama.
Todos los nudos rompiste:
¿qué quieres de mí, tirana?
si amor, tú le diste muerte:
y si amistad, tú me engañas.
Afecto tan noble y puro
caber no puede en un alma,
que insultó fiera é impía
al corazon, que injuriaba.
A Dios y no por vengarme
tu llanto desprecio, ingrata:
que evitar á una enemiga
es precaucion, no venganza.

XVII.

A Vénus.

Imitacion de Horacio.

Las lides, por tantos años
interrumpidas, renuevas
otra vez, ó cruda Vénus,
y enciendes el pecho en guerras.
Ah! perdona á un afligido,
que de tus harpones tiembla:
ó tú, de dulces amores

madre inclemente, ya cesa.
Ya diez lustros de mi vida
volaron: no soy cual era
bajo el imperio de Elisa
en mis juventudes tiernas.
Deja á un corazon, ya duro
para tus gratas empresas,
y en los jóvenes floridos
que te invocan, triunfa y reyna.
Si quieres un pecho digno
de tus ardientes saetas,
á los umbrales de Albano
tus blancas palomas lleva.
Allí juveniles brios
hay, y varonil belleza,
y en breve edad grande ingenio,
y ya madura elocuencia.
Soldado constante y fuerte
seguirá tu blanda enseña,
humillando á sus rivales
y estendiendo tu potencia.
El grato incienso de Arabia,
la dulce y templada avena,
la voz de acordada lira,
que solo amores resuena;
y el coro siempre festivo
de jóvenes y doncellas,
que embelesadas las almas
en sus pies hermosos llevan;
en solaz siempre perpetuo
allí tus triunfos rennevan,
y mas víctimas te rinden
que Idalia, Gnido y Citera.
Mi pecho ya no alborozan

el vino ni las bellezas,
ni de amor correspondido
las esperanzas lo alientan.
Huyo las lides de Baco,
huyo de Vénus las flechas,
ni ya me agrada la frente
coronar de flores nuevas.
Mas ¡ay! ¿por qué, si te veo,
vuelvo á llorar, Fílis bella?
y en otro tiempo elocuente,
torpe silencio me yela?
Ingrata, en vano me huyes:
de tus desdenes me venga
el dulce sueño, y prodiga
las venturas, que tu niegas:
y ya en los lechos floridos,
que pinta la primavera,
ya entre las aguas del rio,
ya en el bosque, ya en la selva,
pagando mi amor, suave
y amorosa te presenta.
Ilusion es: pero amando,
¿que dicha hay que no lo sea?

IDILIOS.

I.

El desden.

Si tu desden, bien mio,
en dicha tuya fuera,
yo alegre padeciera
y amara tu desden.
Mas ¡ay! ¿qué vale, hermosa,
la condicion esquiva,
si á ti tambien te priva
del mas preciado bien?
Tú me adoras: el rostro
en púrpura encendido,
brotó mal reprimido
el amoroso ardor:
y tus hermosos ojos,
depuestos los desvíos,
flecharon á los mios
la llama del amor.
El venturoso Anfriso,
correspondido amante,
vió su pasion constante
premiada con tu fé.
¡Qué dicha! todo es mio,
tu corazon, tu vida;
y de mi amor vencida,
amar tu gloria fué.
¡Ay! ¿por qué, si ya el cielo
unió nuestro destino,
y lazo tan divino

Cupido nos tejió,
niegas á mis deséos
el placer anhelado,
y opones á tu amado
desden, que ya venció?
La flor, que vergonzosa
se cierra á la mañana,
del Céfiro tirana
burlando está el dolor.
Mas cuando ya vencida
á amor rinde tributo,
en caliz, hoja y fruto
recibe al vencedor.
¿Ves al ave, cual vaga,
del amor fugitiva,
y que al consorte esquiva,
le deja padecer?
Pues pronto, mas benigna
al amante quejido,
verás, que el dulce nido
es cuna del placer.
Mira la vid frondosa
del olmo enamorada:
¿no la ves, rechazada,
su asalto renovar?
Pues pronto amor constante
domará la aspereza:
y la ruda corteza
se dejará abrazar.
Todo, Elisa, condena
á un alma injusta y dura:
cuanto hay en la natura
imágen es de amor.
Tú sola, dulce ingrata,

mis ansias no sosiegas,
y á Cupido le niegas
la prenda del favor.
No es tan duro, bien mio,
tejer hermosos lazos,
y á un amante tus brazos,
blanda prision, ceñir:
ó en los sedientos labios
de un dichoso querido
de amor correspondido
dulce sello imprimir.
No mal, mi bien, descansa
en cándida mejilla
un rostro, donde brilla
inextinguible ardor:
ó en el nevado cuello
la enardecida boca,
cuando á gozar provoca
el indomable amor.
¡Ay bella! no retardes
ya mas la dicha mia:
no espire mi alegría
en brazos del desden.
Y si del pecho esquivo
logré ya la victoria,
á coronar mi gloria
ven, dulce amada, ven.

II.

La felicidad.

Modera, dueño mio,
mi dicha y tus caricias. Ya en mi pecho

no cabe el alborozo : ya fallece
en amantes desmayos
al peso del placer correspondido.
Si, dulce bien: conserva
esta vida feliz, que te consagro;
y no en el fuego ardiente de tus ojos,
ó en tus blandas palabras ó en la risa
de tu amorosa boca la consumas:
que á un tierno corazon enamorado
y de tu amor sediento
el esceso del gozo es un tormento.
Mas no, mi amada:
vuelve á mirarme:
que sin tu alhago
no sé vivir.
Dulces favores
no darán muerte
al que tus iras
pudo sufrir.
¡O gozoso recuerdo
de mis amargos dias! ¡O desdenes
ora tan dulcemente compensados!
¡O enamoradas ansias! ¡ó tormentos
de celosa inquietud! ¡ó tristes penas,
que una mirada tuya trocó en gloria!
Del abismo profundo
tus deliciosos brazos me elevaron
al cielo del amor. Aquel momento,
que decidió mi triunfo y tu ternura,
vale una vida entera de amargura.
Dulce hechizo de un alma,
que sin ti fallecía,
recíbela, no es mia,
que solo tuya es.

Logró el constante pecho
la suspirada gloria :
tu amor es mi victoria ,
y amarte mi interes.

III.

El recelo injusto.

Al alma enamorada
mas que tu alhago tierno
es dulce , Elisa mia ,
tu tímido recelo.
Yo lo adoro : es la prenda
mas cierta de tu fuego :
que de temores vive
el firme amor sincero.
Con tal que la injusticia
conozcas , y mil besos
¡ ay bella ! satisfagan
la injuria de un momento.
De mi constancia eterna
¿ tú dudas , dulce dueño ?
¿ qué fuerza habrá , que arranque
tu imágen de mi pecho ?
Preguntale mis ansias
al bosque , dó crecieron
con sus altivos troncos
tus cifras y mis versos.
O al cristalino rio ,
cuyo apacible espejo
mis lágrimas ardientes
mil veces encendieron.
La fuente , que susurra ,

el Céfiro alhagüeño,
que jugueton menéa
las ramas del otero:
las rosas, que al aurora
te prodigó mi huerto,
y con dichosa mano
fijé sobre tu seno;
de enamoradas ansias
testigos mudos fueron,
y ya gratos emblemas
de mi constante incendio.
¡Ay dulce bien! no temas
mudanza en mis afectos;
que olvidos no conoce
amor, si es verdadero.
Mas si tu pecho asalta
tal vez algun recelo,
confiesa la injusticia,
y páguenla mil besos.

IV.

La tempestad.

¡Cuál silva en el otero
el Aquilon furioso! ¡con qué saña
ruge el trueno en el valle y la montaña!
¡Ay! ¿qué cárdeno fuego
rompe las nieblas de la noche oscura?
Embravecido el Noto
contra los riscos de la cumbre alpina,
desgaja el roble y la robusta encina.
¿No basta ¡ay Dios! que gima
lanzado á tierra agena?

¿Por qué á crecer mi pena
bramó la tempestad?
En áspero desierto,
sin luz y sin camino,
un triste peregrino
¿dónde hallará piedad?
No calma el viento ayrado:
no calla el ronco trueno. ¡Cuál retumba
en la lejana cumbre,
que inunda el rayo de horrorosa lumbre!
¡Cuál despiden los cielos
mares crecidos de violenta lluvia!
¡Cuál se lanza orgulloso
con el aumento el rápido torrente,
y ensordece los valles su corriente!
Piedad, cielos, piedad: perdido vago
mísero y solo por la selva umbría:
¡ay! ¡nazca pronto el suspirado dia!
Mas ya del oriente
abres la aurea puerta,
y naces, dulce aurora,
á iluminar la esfera.
Ya cesan los truenos,
huyen las tinieblas,
y el sonrosado dia
el mustio campo alegra.
¡O blanda mudanza,
que el mundo recreas,
y en júbilo conviertes
la desventura acerba!
¡Ay de quien fallece
en contínua pena!
¡Ay de quien á sus males
ningun alivio espera!

V.

La ausente.

Quien las penas de amor ha sentido,
en mi acerba afliccion se consuele:
que ninguna ¡ay de mí! tanto duele,
como ver á un amante partir.
Vivo, y late mi pecho oprimido,
y jamas suspirando reposa:
vivo, y siento la vida enojosa,
ni es tan duro mil veces morir.

Aquel triste y amargo momento,
que de mí, dulce bien, te robaste,
no hay gemidos, no hay llanto, que baste
á igualar su tormento y rigor.
El adios doloroso tus labios
balbucientes formar no pudieron:
mas tus ojos llorando dijeron:
«seré firme: no olvides mi amor.»

Tu mirada doliente y suave,
que mi rostro fijó, parecia
moribundo reflejo del dia,
que se eclipsa en las ondas del mar.
Al fin partes, y mísera quedo
en tiniebla horrorosa y oscura;
ni mis ojos verán la luz pura,
que otro tiempo los supo alegrar.

Dulce dueño de un alma cautiva,
que en tus lazos el cielo encadena,
no receles, que olvide tu pena:
es mi gloria, que penes por mí.
Si tu gimes, mi pecho amoroso

corresponde á tu tierno quebranto;
no hay placer, que se iguale á mi llanto,
pues lo vierto, mi amado, por ti.

VI.

A un arbol: traduccion del frances.

Tronco infeliz, desnudo y sin verdura,
imágen fiel de mi mortal dolor,
si marchitó el invierno tu hermosura,
¡ay! yo probé las iras del amor.
Mas tú, al reir la dulce primavera,
gloria serás del plácido vergel:
mi corazon ningun alivio espera,
ni mayo habrá para mi mal cruel.
No des jamas tu sombra ó tu corteza
á infiel beldad, á pérfido amador:
y el que á engañar se atreva la terneza,
conserve en ti renombre de traydor.
Yo huiré de tí, de tu enramada umbrosa,
que un tiempo dió su asilo á mi placer:
mas al morir tu primavera hermosa
tu me verás contigo padecer.

VII.

A mi ausente en su dia.

Pide al viento sus alas,
y vé, suspiro mio,
adonde el hado impío
me niega á mí volar:
que si á mi hermosa alhagas

el labio sonrosado ,
cual pecho te ha exhalado
no puede , no , dudar.
El fuego , que me abrasa ,
ardiendo va contigo ;
y el de su pecho amigo
podrás tambien crecer :
que allí puro y constante
amor sus alas mueve ,
y aquella hermosa nieve
no sabe mas que arder.
Dile , que sufro y lloro
las iras del destino :
que un pecho diamantino
labrara mi gemir :
y que es en tantas penas
la mas acerba y dura
estar de su hermosura
ausente , y no morir.
¿ Por qué la injusta suerte ,
que me robó mi gloria ,
no arranca la memoria
de aquel perdido bien ?
Y así de pena esento ,
y esento de alegría ,
del hado burlaria
el áspero desden.
Mas ¡ ay ! ántes que olvide
y tanto amor ofenda ,
el rayo , dulce prenda ,
se lance sobre mí.
De clima en clima errante ,
desconsolado y triste ,
el alma , en que viviste ,

es siempre para ti.

Adonde el sol ardiente
los rostros descolora,
ó adonde muere Flora
y brama el Aquilon:
bajo la hoguera estiva,
ó entre el agudo yelo,
serás gloria y consuelo
del tierno corazon.

Por ti suspira, cuando
llorosa el alba nace:
por ti, si Febo yace
y el mundo duerme ya.
El sueño con tu imágen
engaña mi deséo:
cuando despierto, creo,
que huyendo de mí va.

Vegas, dó gocé un tiempo
caricias adoradas,
donde no eran soñadas
las dichas del amor:
en vuestro seno llora
á su infeliz ausente,
y á la emboscada fuente
confia su dolor.

Vuelve el ya ingrato dia,
cual antes venturoso,
en que tu nombre hermoso,
bien mio, celebré:
en la estacion amena
de plácidos amores,
que dió la tierra flores
hollada por tu pie.

¡Ay, cuánta dicha el cielo,

mi Elisa, prodigaba!
¡ Cuán grato nos brindaba
Cupido su favor!
todo de amor hablaba
al tierno pecho mio:
el prado, el monte, el rio
brotaban dulce amor.

¿Qué nos quedó de tanta,
de tan fugaz ventura?
una infeliz ternura,
como infeliz, leal.
Mas ella, vida mia,
es mi existencia entera,
y entre la pena fiera
consuelo celestial.

Que si lloré en un dia
perdido mi tesoro,
pues me amas y te adoro,
no todo lo perdí.
El corazon, huyendo
del ayre, que respiro,
se exhala en un suspiro,
y vuela libre á ti.

Recíbale piadoso,
mi bien, mi dneño amado,
el seno regalado,
donde feliz vivió:
y en él su pena esquiva
consuela enamorada,
que aun lleva atravesada,
la flecha, que lo hirió.

VIII.

El túmulo.

¡Ay! ¿dónde huyeron
los bellos dias,
que de alegrías
colmaba amor?
Solo un sepulcro
perdonó el hado,
templo adorado
de mi dolor.

La muerte fiera,
dulce bien mio,
con brazo impío
te arrebató.
Robó á mi pecho
todas sus glorias:
tristes memorias
solo dejó.

Por tí gimiendo,
sombra querida,
mi edad florida
consumiré.
Ni en la pradera
cantaré amores,
ni entre las flores
me adormiré.

A la adorada
ceniza fria
el alma mia
se exhalará:
y allí estrechando

lazo constante,
¿quién, dulce amante,
lo romperá?
Cuando el sepulcro
regueis, pastores,
de mustias flores,
fúnebre honor:
volved diciendo
con voz llorosa:
«bajo esta losa
respira amor.»

IX.

La jardinera: anacreónticas.

I.

Del álamo de Alcides
y de laurel ceñida
para cantar las guerras
templaba ya mi lira.
La diosa de Citera
del brazo me la quita,
y afable sonriendo
en blando amor la hechiza.
¿Por qué tu dulce acento,
me dice, lo dedicas
á las marciales lides,
si puedes á las mias?
Cuando los bellos ojos
de la sin par Mirtila
abrieron en tu pecho
la mas sabrosa herida,

sintiendo amores, ¿cómo
celebrarás las iras?
Canta, canta sus gracias;
canta la blanda risa,
que en sus purpúreos labios
al tierno amor convida.
Canta de sus jardines
las plácidas delicias,
las venturosas flores,
que crecen á su vista,
y del vendado niño
victorias y caricias.
Dijo, y en vez del lauro
ciñó á mi humilde lira
de su pensil de Idalia
la rosa y clavellina.
Ya solo de ti canto,
¡ay jardinera mia!
amor el premio sea
de versos, que amor dicta.

2.

Cuando disipa el alba
la fúnebre tiniebla,
y hermosa precursora
del sol, el mundo alegra:
á sus vergeles sale
mi amada jardinera,
mas que la aurora linda,
y mas que Apolo bella.
Las flores al mirarla
nueva beldad ostentan,
y al aura, que las mueve,

de mil olores llenan.
En la floresta umbrosa
dulce alborada suena,
con que las tiernas aves
saludan su belleza.
Con la nevada mano
las blandas flores riega,
y del estivo rayo
piadosa las preserva.
¡Ay Mirtila! ¿tan solo
piedad merecen ellas?
¿por qué del fuego mio
no calmas la violéncia?

3.

Ayer me dió Mirtila
un oloroso ramo,
que de diversas flores
tegió con diestra mano:
y al darmele su rostro
se abrasa en fuego blando,
y flores su megilla
mas lindas rosearon.
¡Ay ramo! tú lo sabes:
cuando feliz y ufano
en su mano te hallabas,
dime ¿suspiró acaso?
¿te besó cariñosa
y al seno delicado
te llevó? ¿lo sentiste
de gozo palpitando?
Dime, dime qué ardores
al darte la agitaron:

sino es amor, yo muero:
si es amor, yo me abraso.

4.

¿No ves aquella rosa,
que con beldad lozana
el lindo seno ofrece
al Céfiro del alba?
Pues aun no bien las sombras
del alto monte caygan,
cuando su pompa hermosa
mustia verás y ajada.
No pierdas, no, Mirtila,
tu plácida mañana:
la mas brillante rosa
al otro sol no alcanza.

5.

¡O amor! así de Psiquis
el blando beso logres,
sin que envidiosa Vénus
se ofenda ni lo estorbe:
así del alto Olimpo
por dueño te corones,
y tus harpones rindan
al padre de los dioses:
que cuando de Mirtila
la bella luz adore,
inspires tú benigno
mis perturbadas voces.
Al labio da osadía,
si al pecho diste ardores:

que no hay piedad ni cura
á heridas que se esconden.
Mira qué hermosa viene
coronada de flores,
en su amor abrasando
desde la orilla al monte.
Sé propicio, ó Cupido,
y en eternos loores
sobre mi dulce lira
resonará tu nombre.
Mas ¡ ay ! que cuantas fuerzas
para decirla amores
me das, en solo amarla
el corazon las pone.

6.

Era la siesta cuando
el sol ardiente abrasa
con devorantes rayos
vergeles y montañas.
Amor quemando el pecho
con mas activa llama,
al huerto de Mirtila
mis pasos arrebata.
Por él mi amada prenda
ayrosa caminaba,
venciendo su hermosura
la luz del cielo clara.
Bate Favonio dulce
sus vagorosas alas
y en giros mil lascivo
el lindo talle alhaga.
Al bosque de los mirtos

mueve la bella planta,
y callado la sigo
entre amorosas ansias.
En su retiro umbroso
se recuesta y descansa
sobre florido lecho
que envidian los de Idalia.
Suspira, y sus ardientes
suspiros lleva el aura,
y delicioso llanto
su tierno rostro baña.
Y corriendo ligero
en perlas desatadas,
con ellas enriquece
del césped la esmeralda.
Arrebatado entonces
llego, y con voz turbada
piadoso le pregunto
de su dolor la causa.
Gime; y los dulces ojos
de mí tímida aparta,
y el semblante colora
de rosa, nieve y nácar.
Maligno amor reia:
y de la ardiente aljaba
la mas aguda flecha
al blanco seno clava.
El fuego por sus venas
triunfante se derrama,
y dice «yo te adoro»
con voces desmayadas.
¡O dios de los amores!
á tus divinas aras
mi corazon rendido

por siempre se consagra.
Vosotras, que felice
me veis, hermosas Gracias,
decid, decidle á Vénus,
que ya Mirtila ama.

7.

De las preciadas flores,
que en su jardin cultiva,
una guirnalda hermosa
entretegió Mirtila.
De púrpura y de nácar
las unas van teñidas:
y á cual de la inocencia
el puro albor cubria.
Y en lazos de geranio
y verde mirto unidas,
con ella ornó mi frente
ya tierna, ya festiva.
Pues víctima á tus aras,
bien mio, me destinas,
desde que fué el amarte
la vida de mi vida;
ya coronada tienes
la víctima ofrecida:
¿por qué, di, no la hieres,
si está en morir su dicha?

8.

A un eminente olmo,
honor de la pradera,
entrelazó Mirtila

las ramas de una yedra.
De los tenaces brazos,
que el duro tronco cercan,
la altiva copa cede
á la amorosa fuerza.
De su constancia el triunfo
tú misma me celebras,
ingrata, y á la mia
el dulce premio niegas.

9.

¿No ves la luna hermosa
qué clara, qué tranquila
por el cenit del cielo
el albo carro guia?
¿No ves cómo la noche,
de veleño ceñida,
espanto perezoso
al ancho mundo inspira?
Allí de los amores
el astro puro brilla,
que en benévolo rayo
su tierno influjo envía.
Reguemos pues las flores:
el aura fugitiva
con apacible soplo
al riego nos convida.
Y en tanto que la aurora
con dulce y grata risa
de nácar y de perlas
no siembre la colina;
en union venturosa,
del blando amor delicia,

reguemos los jardines
hasta que venga el dia.
No quede flor sin riego,
por alta ó escondida:
la flor, que no se riega,
¡ay! morirá marchita.

10.

Amor, deja tus flechas,
depon la venda hermosa,
y al cándido himenéo
enciéndele la antorcha.
La frente de Mirtila
unidos ya coronan
de la constancia el lirio
y del pudor la rosa.
De su pensil las flores
lecho nupcial le forman:
por la que yo suspiro
es linda sobre todas.
Ven, himenéo, vuela:
que Apolo ya las ondas
del piélago de ocaso
con tibio rayo dora.
Y tú, mi dulce lira,
celebra armoniosa
del mas ardiente afecto
la mas feliz victoria.
Y cuando nazca el alba,
las aves bulliciosas
imiten en sus nidos
tus cantos y mis glorias.

X.

El sueño: traduccion del frances.

En los jardines de Gnido
contigo el sueño me unió,
y un arrayan escondido
su amiga sombra nos dió.
¡O qué beldad! no tan pura
comienza el alba á reir.
Tú cediste á mi ternura:
yo iba en tu seno á morir.
Mas ¡ay! Cupido envidioso
velaba: yo desperté:
solo en mi pecho amoroso
tu imágen querida hallé.
Con mi dulce sueño huiste,
y de aquel dichoso error
nada mas me queda ¡ay triste!
que tu hermosura y mi amor.
Ya solo, amada delicia,
la vida espero de ti:
que siendome tú propicia,
¿qué puede amor contra mí?
Haz, que el hijo de Citéres
trueque, movido á piedad,
tantos soñados placeres
á un momento de verdad.

XI.

Mi deséo.

¿Sabes, hermosa Emilia,
cual es el bien que ansio,
y cuyo ardiente voto
los dioses me inspiraron?
No son, no, los tesoros
del Ganges celebrado,
ni el oro y las riquezas
del opulento Craso.
Ni de Marte en las lides
brillar funesto rayo,
ni que mi frente ciñan
laureles sanguinarios.
Tampoco los favores
del necio prócer amo,
ni junto al trono fiero
mandar esclavizado.
«Acaso te deslumbra
la gloria de los sabios.»
No: lejos de mi vista
los triunfos literarios.
¿Yo de opinion agena
viviera? ¿yo temblando
del ignorante vulgo
comprara el torpe aplauso?
«Quizá en el blando vino
sepultas tus cuidados,
y sigues con Sileno
la enseña del gran Baco.»
Es cierto, que algun dia

bebí su partidario:
y no, no poca gloria
sus lides me alcanzaron.
Mas ya del traydor néctar
detesto el dulce engaño:
que sin razon no hay hombre,
ni gozo en el letargo.
Tú callas, bella Emilia;
mas tu silencio es vano:
que no una vez mis ojos
mi pecho te mostraron.
Artera, tú sonríes:
ya tu malicia alcanzo:
lo que mis ojos dicen,
repetirán mis labios.
Con tal que des en paga
un beso anticipado:
por él de mis deséos
sabrás el grande arcano.
Y te diré, mi Emilia,
cual es el bien que ansio,
y cuyo ardiente voto
los dioses me inspiraron.

XII.

La entrevista.

Cuando el rigor, bien mio,
nos separó del hado,
tu rostro vi inundado
en lágrimas de amor.
¿Por qué, si mas benigno
nos concedió un momento,

este fugaz contento
me amarga tu dolor?
Mas ¡ay! no alivia el verte
mi acerba desventura:
pues miro en tu hermosura
mi ya perdido bien.
Tormento son del alma
tus gracias celestiales:
á dar fin á mis males,
sañuda muerte, ven.

Porque ¡ay de mí! ¿qué vale
gloria pasada á un triste?
Ya, Elisa, me perdiste:
ya Anfriso te perdió.
¿Qué vale en pena tanta
amor correspondido,
que ni desden ni olvido
un punto perturbó?

¿Qué vale la constancia,
el tierno llanto, el ruego,
el amoroso fuego
y el mísero gemir,
si inexorable el hado
juró nuestra ruina,
y su impiedad contina
nos obligó á sufrir?

¿Por qué miré esos ojos,
funestos como bellos?
¿Por qué de tus cabellos
prisiones me labré?
¿Por qué mi pecho, Elisa,
con tu desden no heriste?
¿Por qué correspondiste
con dulce amor mi fe?

¡O furia! ¡yo apartado
del bien del alma mia!
yo, que por ti vivia,
¡ay! moriré sin ti.
¿Lloras? amor tirano,
si la crueldad te agrada,
tu flecha emponzoñada
dispara contra mi.

Mas deja libre á Elisa
de tu furor sañudo:
¿en qué ofenderte pudo
su cándida beldad?
¿en qué el pudor ingenuo?
¿en qué el ardor constante?
es infeliz y amante,
é implora tu piedad.

Mas lloras... ¡ay Elisa!
llora. Tu amargo llanto
le pide al cielo santo
venganza contra amor.
Verted, pues, ojos mios,
las lágrimas de muerte,
verted, y de la suerte
cedamos al rigor.

Dulces ojos, deidades,
que en mi infortunio adoro,
unamos nuestro lloro
y crecerá el sentir.
Y de tan dura pena
contento el hado esquivo,
nos dará compasivo
la dicha de morir.

XIII.

El primer amor: traduccion del Metastasio.

¡Qué bien dijo, amor, quien dijo
que tu primer llama era,
si una vez prendió en el pecho,
entre cenizas centella,
y oculta esperando que el aura la mueva,
al mas leve soplo levanta una hoguera!
Digalo yo: que si miro
tal vez mi enemiga bella,
de su perfidia me olvido,
contemplando su belleza:
de nuevo amoroso suspiro por ella,
y es Nise de nuevo mi gloria y mi pena.
Ni tan solo es alimento
del fatal delirio el verla:
que en todas partes encuentro
de mi perdicion la senda:
el monte y el rio, el prado y la selva
heridas mal sanas de amor me renuevan.
Allí me rindió: este prado
la vió premiar mi terneza:
junto á aquel bosque la ingrata
se burló de mis querellas:
y fieles testigos de paces y guerras,
las fuentes y troncos su historia conservan.
Digo amores á las ninfas
por divertirme con ellas:
mas si en Clori ó Silvia admiro
el donayre y gentileza,

y en cantar sus gracias mi lira se empléa,
el alma suspira: *mi Nise es mas bella.*
Del amor, dulce bien mio,
por ti conocí la fuerza:
por ti sola vivir quiero,
ó morir si tú lo ordenas:
y al pecho afligido dé alivio en sus penas,
que tú de mi suerte el árbitro seas.

XIV.

El premio.

Estos son los preciosos momentos,
que concede la suerte á un amante:
ya cansada la diosa inconstante
terminó mi infeliz suspirar:
y al rigor, los desdenes, los celos,
que afligieron mi pecho amoroso,
ya sucede el placer delicioso,
dulce premio á mi triste penar.
Bellos prados de grata verdura,
que regó tantas veces mi llanto,
hoy vereis como viene mi encanto,
y os florece su amable reir;
y tan tierna, benigna y graciosa,
como esquiva otro tiempo y tirana,
volverá cariñosa y ufana
gozo y gloria mi eterno gemir.
Lindas flores, que al céfiro blando
prodigais los nativos olores,
la fragancia de puros amores,
cuando venga mi dueño, esparcid:
vientecillos, venid de la selva,

dó cultiva sus mirtos Cupido;
y asaltando ligeros su oido,
las lecciones de amor repetid.

Clara fuente, que riegas el prado
dividida en perenes raudales,
¡cuántas veces tus puros cristales
de mis ojos el llanto enturbió!
Cuando venga á mirarse en tus ondas,
y retrates su gracia y lindeza,
di tambien: «por amar tu belleza
un amante mi curso aumentó.»

Mas ¡ay cielo! que viene mi Elisa,
dando envidia á la cándida aurora.
¡Cuántas gracias su rostro atesora!
¡cuántos rayos esparce de amor!
Fuentes, flores, arroyos y vientos,
regalad cariñosos mi amada:
cantad, aves, mi prenda adorada,
mientras premia de Anfriso el ardor.

XV.

La libertad.

Feliz el alma, que huye
de tus cadenas, amor,
y para siempre deja
tu lóbrega prision.

Ni grillos, ni argolla siento:
libre nací, libre soy:
y libre gozo, ó dia,
tu plácido esplendor.

Ni aun la señal de los hierros
en pie ó en mano quedó:

mi frente no del sello
conserva ya el borron.
Tan osado el desengaño
la fatal cárcel rompió,
que vió el amor mi fuga,
y no lanzó su harpon.
Ya de mi antiguo tirano
me burlo tan sin temor,
que á sus agudas flechas
espongo el corazon.
De la amistad su enemiga
la enseña siguiendo voy;
y á mi placer blasfemo
de aquel mentido dios.
No hay beldad, por mas que ostente
en rostro y cuello el albor,
la aurora en la sonrisa
y en el cabello el sol;
Que merezca otro cuidado
á mi libre desamor,
que el de cantar sus gracias
tranquilo y sin pasion.
Ni temo crudos desdenes,
ni ardo en celoso furor,
ni su funesta venda
me pone la ilusion.
Amo solo por mi gusto:
olvido cuando hay razon:
y á la amistad le pido
las dichas del amor.
Y tú, inconstante hermosura,
cuya mudanza acabó
con solo un desengaño
mi gloria y mi dolor:

No temas, no, que te ultraje
injusta y libre mi voz,
ó que tu nombre manche
con áspero baldon.
Insnlte un débil amante
la belleza que adoró:
y exhale en duras qnejas
el no extinguido ardor.
Nadie tus divinas gracias
celebrará mas que yo:
las dichas, que te debe,
mi pecho no olvidó.
Y si mi penar fué largo,
y el placer sombra veloz,
culpa es de amor y mia,
no es culpa tuya, no.
Tú estas inocente, Emilia:
ese vendado traydor
fue quien, ardiendo el mio,
tu fuego consumió.
O mas bien, yo fuí tan loco,
que me persuadí ¡ó error!
que en pecho de una bella
durara la pasion.
Cuantas penas tu inconstancia
no esperada me causó,
de aquel delirio insano
la medicina son.
Cualquier hermosa la diera:
mas de tu mano es mejor:
que al fin, mas blanda hiere
la que rendida amó.
De aquel amor tierno, de esta
saludable curacion,

Emilia hermosa, quedó
dos veces tu deudor.

XVI.

Fílis, separada de su amante.

Invierno erizado,
que enlutas el cielo,
y cubres de yelo
las almas y el prado:
Por ti los raudales
su curso entorpecen:
por ti languidecen
los tiernos frutales.
Le robas sus flores
al márgen del rio,
y al bosque sombrío
sus nidos y amores:
Su grata verdura
al valle aterido,
su pasto al egido,
y á mí mi ventura.
Perdí á tu venida
mi amante, mi amado,
mi tierno cuidado,
mi gloria y mi vida.
Imploro doliente
al hado y al cielo:
mas no dan consuelo
á penas de ausente.
La misma esperanza
mis males aumenta;
que amor siglos cuenta

en breve tardanza:
    Y allá, cuando dieres
gentil primavera,
fulgor á la esfera
y al mundo placeres,
    Verá el alma mia
al dueño, que adora:
¡cuán lenta es la aurora
de aquel feliz dia!
    El soplo suave
del Céfiro blando,
la selva brotando,
los cantos del ave:
    Pradera alhagüeña
de amor y recréo
mi ardiente deséo
las finge ó las sueña.
    Si tal vez depone
el monte su nieve,
y á abrirse se atreve
la flor de Dione:
    Aquel breve rayo
engaña el sentido,
y á enero le pido
las flores de mayo.
    Mas viene á deshora
el Noto irritado,
y roba al collado
la luz, que lo dora.
    Al prado se lanza,
la rosa fallece:
con ella fenece
mi breve esperanza.
    Perdida alegría

de un alma doliente,
si el hado inclemente
de ti me desvía:
Borrar tu memoria
del pecho no puede:
que amor nunca cede,
y amarte es mi gloria.
Ni temas que huya
tu dulce cadena:
que alivio mi pena,
pensando en la tuya;
Y á pechos leales,
amor, les previenes,
que esperen los bienes,
si sufren los males.
Su ley, dulce amado,
constantes guardemos,
y asi triunfaremos
del tiempo y del hado.

XVII.

El ponche.

Al dios celebremos,
que alegre y festivo
difunde en las almas
su dulce furor.
Y dando benigno
delicia sin pena,
la flecha sañuda
despunta de amor.
Al dios celebremos,
que al Bétis florido

trajeron las naves
del fiero Albion:
que tal vez el suelo,
fecundo de males,
produce á los hombres
benéfico don.
De palma remota
corona su frente:
su rostro iracundo
enseña á reir.
El vaso espumante,
henchido en la mano,
su voz poderosa
debemos oir.
No temas, mi Fílis,
su fuego nativo:
que templa su fuego
el blando azaar.
Gocemos del dia
brillante y sereno:
que es necio el que espera
pudiendo gozar.

XVIII.

La simpatía.

Rayo de amor, celeste simpatía,
fuego inmortal, que abrasa sin dolor,
llama feliz, que al de su amante envía
un corazon con dividido ardor;
tu lumbre fué la favorable estrella,
que me guió á los pies de Fílis bella.
Tú, blanda paz del mundo y de los seres,

ligas al sol el astro matinal:
por ti el leon suspira los placeres,
y unen por ti dos fuentes su raudal:
por ti al mirar de Fílis la hermosura,
del tierno amor probé la llama pura.
En tierra, mar y viento tú dominas
al bruto, al pez, al pájaro fugaz:
la linda flor hácia la flor inclinas,
y al duro iman el hierro montaraz:
tu lazo fué, divina simpatía,
el que me unió con la adorada mia.

XIX.

Al cumpleaños de Emilia.

Es hoy el fausto dia,
que á tus floridos años
un nuevo giro añade
el padre de los astros.
Y aunque de mustia escarcha
yace cubierto el campo,
y á la prision de yelo
el manso arroyo atado;
alegra monte y valle
no sé qué nuevo encanto,
y dulce primavera
alhaga los collados.
La flor, que de la nieve
temia los estragos,
al viento y luz descubre
el caliz esmaltado.
Calla el furioso soplo
del Aquilon insano,

y va por los oteros
el Céfiro jugando.
No ya la aurora nieva
entre celages pardos :
que vierte en los pensiles
el alelí del mayo.
Las aves, que perdieron
nidos y sombras, cuando
el rígido diciembre
taló su pompa al árbol ;
ya bulliciosas vuelven,
y animan selva y prado,
y cantan sus amores
y oye el amor sus cantos.
Ménos adusta alza
su faz el monte cano,
y nítida esmeralda
matiza su costado.
Todo es placer: el cielo
sereno brilla y claro,
y brota en las praderas
abril anticipado.
Si, hermosa Emilia : hoy vuelve,
el Bétis alegrando,
la luz, en que naciste
á ser de amor milagro.
Venid, pastores. Sea
júbilo y danza el prado,
y nuestra dulce amiga
gozosos aplaudamos.
Desprecia ya, Sileno,
de amor el fiero dardo ;
que si en la cera encarna,
se embotará en el mármol.

Baña de alegre risa
los juveniles labios,
aunque tu risa ofenda
al flechador tirano.
Y tú, de las pastoras,
Aristo fiel, cuidado,
tu blanda lira pulsa
que vence suspirando.
El son de la ternura
al ayre dé su encanto,
ó del amor triunfante
el plácido desmayo.
Así en tu edad florida
trocabas sollozando
de tu inconstante Iberia
las quejas en alhagos.
Oyelos tú gozosa,
divina Emilia, en tanto
que digna voz á Apolo
pide tu Anfriso amado.
Y si mis versos pueden,
en Helicon grabados,
al golfo del olvido
sobrenadar ufanos;
irá de gente en gente
tu nombre idolatrado,
ni tu amable memoria
marchitarán los años.
Mas vivirá alhagüeña,
mientras el sol de ocaso
derrame sobre el Bétis
sus moribundos rayos.
Vive feliz, delicia
de tus amigos caros,

y sus sencillas flores
recibe con agrado.
Mas si el amor se oculta
artero en algun ramo,
con solo que lo aceptes,
ya queda bien premiado.

XX.

La querella inútil.

Si ardientes suspiros,
si lágrimas tiernas
vencer no pudieren
tu cruda fiereza;
del pecho brotaron,
al pecho se vuelvan.
Un tiempo mi afecto
premiaste risueña:
trocó tu mudanza
mis glorias en quejas:
mas ¡ay! pues son vanas,
al pecho se vuelvan.
Mas fácil lanzada
se para la piedra,
que escuche los ruegos
mudable belleza:
inútiles ruegos
al pecho se vuelvan.
Los necios rivales
tu olvido celebran,
y escuchan riendo
mis tristes querellas:

del pecho salieron:
al pecho se vuelvan.

XXI.

La mudanza.

Lamento, infiel, lamento,
aun mas que tu mudanza,
el ver sin esperanza
y eterna mi pasion:
que cuando tu perfidia
herido y triste llora,
perdido bien te adora
el tierno corazon.
Y cual la vid podada
con mas vigor recrece,
y herido retoñece
el alto cielamor;
así cuando en tu pecho
las iras son mayores,
levanta mas ardores
mi inextinguible amor.
¡Ay! ¿quién, tormento mio,
así pudo trocarte?
¿es delito el amarte,
ó lo es amarte yo?
Mas tú de mi delito,
cruel, la culpa tienes.
¿Por qué brota desdenes
un pecho, que ya amó?
¿Quién convirtió en desvíos
aquellos dulces lazos?

¿quién me cerró los brazos,
en que feliz viví?
¿Por qué murió en tu boca
el beso regalado?
¿por qué tu labio helado
ya es mudo para mí?

Perdí el mirar suave,
perdí el suspiro ardiente,
y en mi gemir doliente
te gozas desleal.
¿Por qué la muerte impía
no acaba mis dolores,
y sacia sus furores
la causa de mi mal?

Mas tú, mi dulce Emilia,
entonces ¡ay! piadosa
sobre mi helada losa
llorarás tu rigor:
y tarde arrepentida
del duro ceño impío,
digeras: « él fué mio
con verdadero amor. »

Ora, que aun vivo y puedo
gozar de tus piedades,
depon fieras crueldades
y al tierno pecho ven.
Consuele en él tu alhago
cuanto tu ceño ha herido;
y vuelve, amor perdido,
á ser su dulce bien.

XXII.

Al amor.

Amor, ¿quién entiende tus fieros engaños,
tus paces, tus guerras, tu falsa dulzura,
el plácido alhago, la acerba amargura,
que tegen la vida del triste amador?
El sol mas luciente le nace riendo,
y logra dichoso tus blandos favores:
mas súbito un áspid le muerde entre flores,
y abrasa sus venas celoso furor.

Amante de Emilia probé su desvío:
su ingrata belleza dejaba indignado:
vencerla no pude lloroso y postrado,
y solo un enojo domó su desden.
Gocé sus favores, gemí sus mudanzas,
rompí mi cadena, volví á sus caricias,
lloré mil pesares, canté mil delicias,
y fué de mis años la pena y el bien.

La ausencia y los celos con furia doblada
mi pecho afligieron sensible y amante:
mis tristes querellas burló la inconstante,
gozandose en verme rendido al dolor.
Busqué en la mudanza remedio á mis males
y el mismo remedio mis males aumenta:
y siempre asaltado de nueva tormenta,
el piélago ayrado surqué del amor.

Y cuando en el templo del fiel desengaño
la tabla he fijado del náufrago leño,
la ingrata me alhaga, y al áspero ceño
sucede la risa del dulce querer.

Amor, te conozco: la ingrata hermosura
reparte contigo los crudos harpones:
que solo os agrada prendar corazones,
y si huyen la pena, brindais el placer.

XXIII.

La amistad.

Fílis, tu amistad hiciera
mi tierno pecho feliz,
si al fuego suave, que sientes é inspiras,
amor no mezclara su llama sutil.
¡Cuán gallardo crece el lirio,
gala del templado abril,
si el soplo del Euro conmueve sus hojas,
y riega la fuente su verde raiz!
Mas si ardiente el sol de junio
sobre él comienza á blandir
el férvido rayo, que abrasa los campos,
y trueca en incendios el claro cenit:
Lánguido y mustio fallece,
é inclinada la cerviz,
el vástago seco, marchitas las hojas,
de tristes ruinas alfombra el pensil.
Amor, tiránico dueño,
me ha condenado á gemir
la dicha, que logro, gozando tu afecto:
que tú amas tranquila, y yo ardo por ti.
Si miro tus bellos ojos
á los mios sonreir,
y el beso apacible de amiga me ofreces;
yo loco el de amante quisiera imprimir.

Tus miradas, tus caricias,
tus juegos, toda tú en fin
la imágen me ofreces del puro cariño:
y yo suspirando lo gozo infeliz.
Cese ya el engaño: ó ama
como yo, ó huye de mí:
que humanas venturas las mide el deséo,
y gozo no entero no es gozo, es morir.

XXIV.

El escarmiento.

Amor, ya libre respiro
de tu piélago espantoso:
ya en el seguro reposo
de las orillas me miro.
Si aun suspiro,
no es de amante, es de cansado:
que quien en el trance ayrado
con vida escapó de Marte,
aun sueña que sigue el fiero estandarte,
y tiembla el peligro despues de pasado.
La hermosura encantadora,
que aprisionó mi albedrío,
de mi ciego desvarío
se burla ingrata y traydora.
Fué señora
de mi amor, y aun lo seria,
si tan necia como impía
creyendo eterno su imperio,
no hubiese rompido del vil cautiverio
los vínculos fuertes su indigna falsía.

¡ Dichosos los desconsuelos,
que tu rigor me ha costado!
¡ dichoso el llanto, el cuidado,
la agitacion, los desvelos,
y aun los celos!
que en tu mudanza ó desden
hoy recibo el parabien
de cuantas penas mi vida
por ti atormentaron: que así, fementida,
á fuerza de males labraste mi bien.

Y tú, flechero vendado,
que un tierno pecho engañaste,
adios para siempre: baste
los años, que me has robado.
Su sagrado
la amistad me brinda abierto:
ya ocupo tranquilo el puerto:
Fílis y Euterpe me ofrecen
los sacros laureles, que siempre florecen,
y el puro cariño, que nunca es incierto.

XXV.

Al mismo asunto.

Injusto es tu enojo, querido bien mio:
si yo desconfio del niño vendado,
tambien he probado su falsa esperanza,
su triste mudanza.

Yo náufrago he visto la mar alterada,
la nave azotada tocar las estrellas,
y raudas centellas el piélago horrendo
y el ayre encendiendo.

Yo vi peregrino, la senda perdida,
en fiera avenida crecido el torrente
cubrir dique y puente y el campo inundado
de yerto ganado.
De violas y rosas el prado florido
gocé divertido; cogí las mas bellas,
y un áspid entre ellas vertió por mi seno
su ardiente veneno.
No estrañes, que turbe el fiel escarmiento
la gloria, que siento, tu rostro adorando:
que es necio el que amando del dios, que lo
enciende,
las artes no entiende.

XXVI.

El deséo.

Ya de fulgentes flores se adorna primavera:
el céfiro apacible discurre por el prado:
verdura deleytosa el plácido collado
y mirto florecido corona la ribera.
La edad de los amores
ya vuelve: el dios vendado su cierto harpon
envía:
ya abrasa en vivo fuego zagalas y pastores:
ya vuelo á tus rediles, amada Fílis mia.
No aljofarada yerba del recental querida,
ni tanto al seco arbusto la lluvia es deliciosa,
ni de cobarde gamo la loba deseosa,
ni de repuesta fuente la cierva malherida,
cual yo de tu semblante
busco la luz hermosa, que afrenta la del dia;

si el aterido invierno me vió gemir constante,
ya vuelo á tus rediles, ya vuelo, Fílis mia.

Llevaba mis suspiros el Aquilon silvoso
del Nervion nublado al Ebro floreciente:
de su feliz ribera y de mi amada ausente,
mil veces acusaba al mayo perezoso.
Cuando el agudo yelo
la tierra marchitaba, el ayre entorpecia;
y de agrupada nieve cubrió su faz el cielo,
por ti, mi dulce Fílis, el corazon ardia.

Ya traspongo ligero los cántabros collados:
del alabes tranquilo discurro las montañas:
diviso allá á lo lejos las plácidas campañas
y de abundantes mieses los rios coronados.
Desciendo al Ebro hermoso;
y busco en su ribera mi gloria y mi alegría.
Allí estan sus rediles: amor, ya soy dichoso,
que ya vuela á mis brazos la amada Fílis mia.

XXVII.

La esperanza amorosa.

No hay diosa, que iguale
mi dulce adorada;
ni aurora rosada,
ni sol cuando sale.
Dale, Vénus, dale
la poma de oro,
que es Fili el tesoro
mas lindo de amor:
Fílis bella es la gloria del Ebro
y de la hermosura la gala y la flor.

El alma arrebata
su blando desvío:
hirió el pecho mio
severa, no ingrata:
si tal vez maltrata
osados desvelos,
con dulces ojuelos
mitiga el dolor:
Fílis bella es la gloria del Ebro
y de la hermosura la gala y la flor.
Si el mirto y la rosa
los huertos florece,
guirnaldas le ofrece
mi mano amorosa:
su frente graciosa
con ellas ciñendo,
mi amada riendo
aumenta mi ardor:
robo un beso á sns labios divinos
y no se me enoja del Ebro la flor.
Mi afecto constante
su nieve ya inflama,
y dulce me llama
su amado y su amante:
y cuando brillante
robare el estío
las ondas al rio
y al prado el color,
será mia la gloria del Ebro,
y de la hermosura la gala y la flor.

XXVIII.

El beso.

Cual suele venciendo su márgen riscoso
lanzarse á las tierras
soberbio el torrente, é inunda primero
la humilde pradera:
Y luego crecido con lluvia incesante
no admite riberas,
y chozas y establos, ganados y puentes
las ondas se llevan:
Del súbito estrago el rústico huyendo
se acoge á la sierra,
y allí guarecido los turbios raudales
seguro contempla:
Así los furores del niño vendado,
que Jove respeta,
al ver que domina con pérfido cetro
entrambas esferas:
Burlé asegurado, buscando en tu pecho
¡ay Filis! centellas
del fuego inocente, que enciende las almas
con llama alhagüeña.
Amiga constante, premiando mi afecto
gozosa y risueña,
en plácidos juegos, en puras caricias
y en pláticas tiernas
Las horas sabrosas fugaces volaban,
la vida con ellas,
de amor ignorando la risa dañosa,
la ardiente saeta.
Mas ¡ay! que en el pecho sintiendo á deshora

cual sierpe encubierta,
la herida funesta probé de su aljaba,
que mata y recréa.
Al bosque apacible de altivos laureles
¡ay Filis! ¿te acuerdas?
huyendo de Febo llevónos un dia
la férvida siesta.
Allí recostados al márgen florido
de fuente encubierta,
que en mansos raudales los mirtos y rosas
alhaga parlera;
De tórtola amante hirió nuestro oido
la ardiente querella,
y en trinos suaves su fuego amoroso
lanzó Filomena.
No sé qué torrente de llama sabrosa
corrió por mis venas,
y en dulce esperanza de nuevos placeres
mi pecho enagena.
Ansioso te pido el beso de amiga;
y tú blanda y tierna
mi ardiente megilla con boca inocente
buscabas contenta.
¿Por qué ya sedientos de gozos acerbos,
te di en vez de ella
mis labios, que osaron sellar por su daño
la rosa entreabierta?
¿Por qué, respirando su aroma divino,
gusté de entre perlas
la miel destilada, que fiera ponzoña
ya el alma me quema?
Despues de aquel dia, mi pecho encendido
sosiego no encuentra,
ni el campo me agrada, ni busco del Bétis

las plácidas vegas.
Dejé los amigos: los libros me enfadan,
y, Fílis, tú mesma
con blandos afectos, con puras caricias
mi pecho atormentas.
Y al mal, que padezco, querido bien mio,
remedio no queda,
si no haces, que al beso, que fué mi ruina,
mil besos sucedan:
Al nombre de amigo, delirios amantes;
y al prado y la selva,
el tálamo blando, la antorcha fecunda,
que amores sosiega.

EPIGRAMAS.

I.

A Vénus.

Deja, ó madre del amor,
las bellas selvas de Gnido:
ven á mi jardin, te pido,
con el niño flechador.
Venga el no agreste pudor,
que flores temblando pisa,
las gracias, la blanda risa;
y en tan delicioso alarde,
si ha de ser feliz la tarde,
Vénus, que no falte Elisa.

II.

El despedido : traduccion del frances.

Me amaba ayer *con furor*,
segun dijo, mi querida;
y hoy en carta muy cumplida
se despide de mi amor.
Venid, feliz sucesor,
estos efectos tomad,
la copia de su beldad,
sus billetes mas de ciento,
su pelo y su juramento
de eterna fidelidad.

III.

La fácil: traduccion del frances.

¿Al primer asalto mia?
Por Dios que esto vá, señora,
mas pronto, que yo queria.
Si ha de durar mas de un dia,
resistid siquiera una hora.

IV.

Beldad perfecta.

Un retrato formó el cielo
de belleza celestial:
carmin, nácar y cristal
dieron color al modelo:
su risa fué la que al suelo
derrama el alba graciosa:
talle y mirar de una diosa;
y añadió á tanta hermosura
un alma modesta y pura,
y le dió por nombre *Rosa*.

V.

La tarde.

Ya el rayo declina, ya Febo el último otero
con lumbre plácida desde el ocaso dora.
Céfiro, dejando alegre la apacible floresta,
árbitro del mayo, por la pradera rie.

Al laurel agita, al árbol sacro á Minerva,
y á tí, del márgen verde corona, tilo.
Las claras ondas su hermosa copa retratan,
y nuevo encanto da retratada al rio.
Mas Céfiro, el márgen, los troncos, verde
pradera,
y pura linfa, que entre la grama huye.
Todo lo vence Fílis; que amante al son de mi
avena
á mis rediles su manadilla guia.

VI.

A Fílis.

Fílis, tus adoradores
burlas alegre y festiva,
cual la ninfa fugitiva,
que juega con los amores.
Jóven beldad, los ardores,
que inspiras, aun no has sentido:
mas cuando prenda Cupido
en tu corazon su fuego,
verás cuán serio es el juego,
que empieza con un gemido.

VII.

Al amor: traduccion del italiano.

¿Por qué no tienes ojos, dulce niño,
mas bello que los dioses mas hermosos?
Responde amor: «los cielos
me los dieron vivaces y graciosos,

y á mis hijos los di, que son los celos.»

VIII.

Al amor.

Tal vez, amor, bajo el sagrado velo
de la amistad encubres tu furor:
el corazon se entrega sin recelo,
y en él clavas la flecha á tu sabor.
Tirano dios, cuya perfidia lloro,
el infortunio me enseñó á temer:
mas ¡ay de mí! si mi peligro adoro,
¿qué vale, amor, tu astucia conocer?

IX.

Lazo de blandas flores
me tegió el amor:
yo recibí inocente
la suave prision.
Mas al romperlas,
¡ay de mí! que las flores
ya eran cadenas.

X.

Ruiseñor amoroso,
vuela, y no temas,
vuela, y no te acobarden
balas ni flechas.
Dame tus alas,
verás si á mi me asustan
flechas ni balas.

XI.

Amante pecho mio,
ya llegó el tiempo
de olvidar, que pudiste
romper tus hierros:
Que amor decreta
á esclavo fugitivo
doble cadena.

XII.

Tú del bien de mi vida
el seno adornas,
¡ó rosa! donde muero,
mueres dichosa.
Que de ese cielo
te consume la envidia
y á mi el deséo.

XIII.

Me agraviaste y pretendes,
que yo me rinda:
tú, que el puñal clavaste,
sana la herida.
Que es caso fuerte
querer, que un ofendido
quejoso ruegue.

XIV.

Amoroso suspiro,

vuela á mi bella;
vuela tan silencioso,
que no te sienta:
Y si te siente,
dile que eres suspiro,
no de quién eres.

XV.

Tiende, noche benigna
tu oscuro velo,
que me importa la vida
ver á mi cielo;
Y amor me dice,
que tu sombra y su venda
me harán felice.

XVI.

Nunca esperes, ingrata,
paces conmigo:
desengañado amante
no es buen amigo:
Que aunque mas nobles,
la amistad tambien tiene
sus ilusiones.

XVII.

No te contentes, Fabio,
con ser querido:
camina á la victoria,
pues ya hay camino.
Muchos se pierden

por dormirse á la sombra
de sus laureles.

XVIII.

Jamas, Filis hermosa,
seré tu dueño:
mas si tú lo eres mio,
vivo contento:
Que en nobles almas
el merecer la dicha
casi es gozarla.

XIX.

Yo desdeñé celoso
su tierno alhago;
y ella los dulces ojos
volvió llorando:
Y juez los celos,
ella fué la inocente,
yo fui el reo.

XX.

Ven; hermosa serrana,
ven á mi selva,
que el sol por esos campos
tu rostro quema:
Ven y no tardes,
que aqui hay fuentes y sombras
y amor y amante.

XXI.

Si me niegan la dicha
de poseerte,
la gloria de adorarte,
mi bien, no pueden.
Y no la diera
ni aun por la misma dicha,
que se me niega.

XXII.

Borrar del pecho quise,
fiera, tu imágen;
y ya casi me alegro
de no olvidarte:
Que es tu recuerdo
el mas seguro aviso
del escarmiento.

XXIII.

Deja siempre una parte
libre del pecho,
y no, Filis incauta,
lo des entero.
Ten un asilo,
donde, si amor te ofende,
puedas huirlo.

XXIV.

Un desden agradable,

Fílis, no daña,
cuando de ser vencido
deja esperanza:
    Y es el mas sabio
el que al amor aviva
sin injuriarlo.

XXV.

Sufriste mis desdenes
tierno y constante,
y á olvidarme aprendiste,
cuando yo á amarte.
    ¿Cuál es tu dicha,
ingrato, si al gozarla,
ya no la estimas?

FIN.



INDICE.

Poesías sagradas.

Líricas profanas.

Poesías filosóficas.

Poesias amorosas.

Sonetos.

Romances.

Idilios.

Epígramas.



ERRATAS.

Pág.	*Línea.*	*Dice.*	*Lease.*
18.	9.	solo	polo
60.	3.	la	y
id.	4.	y	la
104.	11.	natura	naturaleza
111.	10.	nativa	natía
114.	33.	ercimia	ercinia
125.	24.	suspiras	suspira
150.	31.	tocara	trocará
213.	24.	Pindos	Pindo
224.	29.	gracias	las gracias
240.	9.	reunas	reuna
258.	7.	las	los
346.	16.	cielamor	ciclamor


UNIVERSIDAD LITERARIA
FACULTAD
DE
FILOSOFÍA Y LETRAS
SEVILLA





